

EL POETA
EN SU
TIERRA

DIÁLOGOS
CON
OCTAVIO PAZ



COMISIÓN ESPECIAL
PARA CONMEMORAR EL
CENTENARIO DEL NATALICIO
DE OCTAVIO PAZ

BRAULIO PERALTA

El poeta en su tierra

Diálogos con Octavio Paz

BRAULIO PERALTA

El poeta en su tierra

Diálogos con Octavio Paz

BRAULIO PERALTA



COMISIÓN ESPECIAL
PARA CONMEMORAR EL
CENTENARIO DEL NATALICIO
DE OCTAVIO PAZ

El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz
Braulio Peralta

Primera edición, 1966.

© Braulio Peralta

D.R. © 2014 presente edición

Cámara de Diputados, LXII Legislatura
Avenida Congreso de la Unión No. 66,
Col. El Parque, Del. Venustiano Carranza,
C.P. 15960, México, D.F.

© Pámpano Servicios Editoriales S.A. de C.V.
Avenida Paseo de la Reforma No. 505, piso 33,
Col. Cuauhtémoc, Del. Cuauhtémoc,
C.P. 06500, México, D.F.

© Guillermo Arreola

© Rogelio Cuéllar

© Enrique Díaz

© Rafael Doniz

© Marie-José Paz

COORDINACIÓN EDITORIAL | Enzia Verduchi

DISEÑO | Daniela Rocha

CUIDADO DE LA EDICIÓN | Roxana González

FORMACIÓN | Susana Guzmán de Blas

CORRECCIÓN | Julia Piastro

RETOQUE DIGITAL DE IMÁGENES | Mariana León Lambarri / Rodrigo Maawad Ahumada

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier modo o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| LA POESÍA PUEDE CAMBIAR AL MUNDO <i>Sonia Rincón Chanona</i> | 13 |
| EL POETA EN LA MEMORIA DE SU TIERRA <i>Carlos Monsiváis</i> | 17 |
| PALABRA DE PAZ <i>Braulio Peralta</i> | 25 |
| DESDE MI CUARTO, DESDE MI SOLEDAD, DESDE MÍ MISMO | 35 |
| ESA PARTE IRRACIONAL DEL HOMBRE, LA POESÍA | 39 |
| REPASO A LA HISTORIA DESDE MÉXICO | 51 |
| EL DÍA DE LAS ELECCIONES | 65 |
| CARLOS SALINAS: LA HISTORIA DE UNA DEUDA | 71 |
| ¿LES HAN DADO LA TIERRA? | 75 |
| DEL MERCADO DEL ARTE | 81 |
| ANDRÉ BRETON: ECOS DEL SURREALISMO | 87 |
| PABLO NERUDA: JUZGAR AL POETA, NO AL POLÍTICO | 93 |
| JULIO CORTÁZAR: LA VIDA COMO JUEGO METAFÍSICO | 103 |
| ELENA PONIAKOWSKA: EL PÁJARO DE LA LITERATURA MEXICANA | 109 |
| JORGE PORTILLA: EL SEMBRADOR DE IDEAS | 117 |
| FRANCISCO TOLEDO: LOS OTROS PRIVILEGIOS DE LA VISTA | 121 |
| EL TIEMPO COMO UNA ILUSIÓN | 125 |
| ¿“DÍA DE LA RAZA”? | 139 |
| EL DÍA DE OCTAVIO PAZ | 143 |
| CON LAS OREJAS DE BURRO | 145 |
| UNA POLÍTICA FUNDAMENTADA EN LA POESÍA | 149 |
| LAS LITERATURAS DE AMÉRICA | 151 |
| UNA DE VIKINGOS | 159 |
| EL POETA EN SU TIERRA | 163 |
| AGRADECER Y DEDICAR | 183 |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO | 185 |

Estoy seguro que se preparan nuevos días para México: días de luz, con sol, y de amor. Creo que en estos años no termina un periodo de México, como se piensa comúnmente; se da vuelta a una esquina para continuar. Y vamos a hacer lo que no pudimos hacer antes. No yo, mi vida es transitoria; pero sí ustedes y, sobre todo, los jóvenes...

Octavio Paz al público, el 17 de diciembre de 1997, cuando se creó la Fundación que llevaba su nombre.

Octavio Paz en la terraza de su estudio,
31 de octubre de 1991
Fotografía de Rogelio Cuéllar.



LA POESÍA PUEDE CAMBIAR AL MUNDO*

*Mi abuelo, al tomar el café
me hablaba de Juárez y de Porfirio,
los zuavos y los plateados.
Y el mantel olía a pólvora.*

*Mi padre, al tomar la copa,
me hablaba de Zapata y de Villa,
Soto y Gama y los Flores Magón.
Y el mantel olía a pólvora.*

*Yo me quedo callado:
¿de quién podría hablar?*

Este poema, titulado

“Canción mexicana”, que pertenece a “Intermitencias del Oeste” y está en el libro *Ladera este (1962-1968)*, expresa el interés vital de Octavio Paz por México, por la Revolución y por la palabra. Con estos versos, el poeta vislumbra, a mediados del siglo XX, un país sin hombres de Estado, un México sin líderes de talla histórica.

Octavio Paz nació en el año más violento de la Revolución, cuando los muchos Méxicos que conforman nuestra nación se conocieron, se reconocieron y se fundieron para formar el país en el que hoy vivimos. La muerte alcanzó al poeta en los albores de la democratización que tanto promovió con sus críticas, ideas y ejemplos.

* Discurso pronunciado por la legisladora Sonia Rincón Chanona, del Partido Nueva Alianza, en la sesión solemne de la Cámara de Diputados que rindió homenaje a la vida y obra de Octavio Paz, el 20 de marzo de 2014.

El siglo de Octavio Paz fue el tiempo de los fanatismos ideológicos, de la lucha por la democracia, del debate intelectual y la pasión por transformar la vida pública. Su pensamiento luminoso y crítico, bellamente expresado con su palabra de poeta, le confirió un papel protagónico en el controvertido México del siglo xx.

Hoy, el Poder Legislativo rinde justo homenaje al mexicano más universal, al hombre de letras que profundizó en el ser de un país trágico y generoso, y que exploró salidas virtuosas en un laberinto de aislamiento e incomunicación, para proyectarlas al mundo. Sus ideas incitan al diálogo con los otros y al debate con nosotros mismos.

Este homenaje es también una reivindicación del pensador que ejerció la crítica sin concesiones, sin detenerse a calcular las reacciones que pueden generar las palabras transparentes y firmes. Durante muchos años, políticos e intelectuales que se sintieron exhibidos en sus dogmas y privilegios por la crítica del maestro Paz intentaron minimizar su obra o distorsionar su pensamiento.

Las etiquetas que le confirieron —“intelectual de derechas” o “defensor del régimen”, entre otras— han caído por el peso de la historia.

Octavio Paz abrazó desde joven el ideario socialista y en su momento de madurez fue uno de los primeros intelectuales en el mundo que se atrevió a poner en evidencia a los regímenes comunistas autoritarios. Todos conocemos los hechos históricos que anticipó la certera visión del maestro Paz.

Cuando cayó el socialismo, Octavio Paz demostró su inquebrantable congruencia al criticar el triunfalismo de la derecha internacional que festinaba la supremacía del capital y el fin de la historia. En esta etapa, Paz manifestó la necesidad de que los intelectuales y los políticos, la letra y el cetro, tuvieran la visión histórica de conciliar los principios de igualdad y libertad. En el pensamiento de este poeta, la justicia social es un imperativo categórico sin el cual las libertades no están completas y la democracia no echa raíces.

En su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, manifestó que estaba invadido por la misma sensación que tenía desde su juventud: la insatisfacción ante el mundo y la necesidad de cambiarlo.

Lo reiteró en 1994 cuando dedicó palabras de reconocimiento a los indígenas que se alzaron en armas en Chiapas. Reprobó con firmeza los métodos violentos de los nuevos zapatistas, pero se declaró conmovido por su reclamo, manifestando que no son ellos, los indios de México, sino nosotros, quienes debíamos pedir perdón.

Octavio Paz no fue defensor del régimen político. Por el contrario, fue autor de severas y profundas críticas al autoritarismo, a las prácticas patrimonialistas, a la corrupción y a la desigualdad oceánica de la sociedad nacional.

No titubeó en poner en juego su prestigio literario y su autoridad moral para criticar al régimen y defender la democratización de México.

Como el gran promotor cultural que fue, el más importante desde José Vasconcelos, Octavio Paz siempre pensó que la cultura tiene el potencial de cambiar al mundo. Por supuesto, la política cultural mexicana le parecía inapropiada, marcada por el paternalismo, el clientelismo y el culto al poder, lo que lo llevó a plantear la necesidad de una nueva relación entre el Estado y la cultura. Hoy, por cierto, ese reclamo sigue vigente.

Sobre la obra poética de Octavio Paz se ha dicho todo. Mexicanos y extranjeros, seguidores y malquerientes, reconocen la profundidad luminosa de sus poemas, la resonancia infinita de sus versos.

Su poesía nos conduce al interior de nosotros mismos y al encuentro con los otros, con la tierra, el agua, la piedra y el sol, así como al erotismo que trasciende la geografía corporal.

Pocos poetas y escritores han merecido tanto el Premio Nobel de Literatura como él.

Octavio Paz enriquece la palabra, la inventa entre el silencio y el bullicio y encarna en la escritura. Concluyo con un deslumbrante poema suyo:

*Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.*

DIP. SONIA RINCÓN CHANONA
*Presidenta de la Comisión Especial
para Conmemorar el Centenario
del Natalicio de Octavio Paz
Cámara de Diputados
LXII Legislatura*

EL POETA EN LA MEMORIA DE SU TIERRA

CARLOS MONSIVÁIS

Un domingo de 1996,

en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, se presentó *El poeta en su tierra*. Asistieron Octavio Paz y su mujer, Marie-José. Al final de los comentarios del libro, Paz habló refrendando una convicción antigua: su diálogo continuo, primordial, había sido con la izquierda. No otra cosa afirma en su diálogo con Braulio Peralta:

[Me he considerado un interlocutor de la izquierda] Porque nací con la izquierda. Me eduqué en el culto a la Revolución francesa y al liberalismo mexicano. En mi juventud hice mía la gran y prometeica tentativa comunista por cambiar al mundo. La idea revolucionaria fue y es un proyecto muy generoso. Mis afinidades intelectuales y morales, mi vida misma e incluso mis críticas, son parte de la tradición de izquierda. No olvide que lo que llamamos *izquierda*, comenzó en el siglo XVIII como un pensamiento crítico...

Paz le confía reiteradamente a Peralta su disponibilidad: “A pesar de que mi diálogo con la izquierda se ha transformado con frecuencia en disputa, nunca se ha interrumpido. Al menos por mi parte. En mi fuero interno, converso y discuto silenciosamente con mis adversarios. Son mis interlocutores”. ¿Por qué la insistencia? Por un motivo evidente: la pasión por las ideas, tan esencial en Paz, suele hallarse en algunos círculos de izquierda y es prácticamente inexistente en la derecha. Aunque a

momentos Paz localiza en la izquierda política, más bien negada a las ideas, a la izquierda realmente existente, tiene en mente a la izquierda social y cultural, donde sí abundan los lectores y críticos. Por eso le insiste a Peralta: “Siempre creí —y creo— que mi interlocutor natural era el intelectual llamado de izquierda”. Incluso cuando Paz ya no le hallaba razón de ser a las divisiones entre izquierda y derecha, que en Europa sentía casi desvanecidas, se atuvo a ellas porque la fuerza, la arrogancia y el analfabetismo moral de la derecha constituyen el desafío que vuelve imprescindible a la izquierda. Y es, según creo, la constancia de la interlocución con la izquierda (en muy diversos temas), lo que le imprime su sentido último a las conversaciones con Braulio Peralta, interesado obstinadamente en saber el porqué de los enfrentamientos ideológicos. En el caso de la izquierda mexicana y Paz, el diálogo fecundo se dio de modo indirecto o transversal. Fue escandalosa la incompreensión de la izquierda políticamente, la crítica de Paz al socialismo real y los regímenes de Cuba y Nicaragua especialmente, y fue excesiva la generosidad de Paz al calificar las intenciones y realidades de los gobiernos priístas (en especial el de Carlos Salinas de Gortari). Pero si hubo una dimensión abrupta y rijosa en los acercamientos, también es claro que la izquierda social y cultural, aunque fuera a destiempo, leyó provechosamente a Paz y por eso sus distanciamientos con él fueron los de lectores parcialmente formados por el poeta, no los de enemigos acérrimos. Y en el caso de Paz su convicción se transparentó a lo largo de su obra: la cultura, las artes, la poesía, requieren para su asimilación, además de un entendimiento teórico y técnico, de la disposición moral que sólo por excepción se encuentra en la derecha, que al negar por principio la justicia social y la democracia para todos, es radicalmente mezquina.

Entre las características de Paz se halla su exactitud descriptiva. A Peralta le dice: “Creo que el país está destinado a convertirse en una democracia moderna, pluralista y éste con las implicaciones de orden social, cultural y económico que lleva consigo la democracia moderna. No entender esto es cerrar los ojos ante la realidad, no sólo de México sino del mundo entero”. Por desdicha para México, quienes más enconadamente

cerraron los ojos ante la realidad fueron los gobernantes priístas, que en 1998 o en 1999 han intentado conservar el poder a casi cualquier precio, y no conciben el pluralismo, como exhiben patéticamente en Chiapas y Guerrero. Pero siguen siendo muy justas las demandas de Paz. Si Reyes pidió el latín para las izquierdas, Paz les exigió el respeto a su propia tradición crítica. En rigor, esto dijo sin tregua: “Pido el pensamiento de izquierda para las izquierdas”.

Peralta conoce a Paz después de 1968, cuando el poeta es ya, a un tiempo, lectura esencial, admiración unánime, referencia moral y organizador cultural. Es complicado el diálogo con un escritor que, lo quiera o no, es una institución y es una literatura. Y por eso Peralta, forzosamente, se acerca a Paz a través de sus temas canónicos: la poesía, el erotismo, la literatura como forma de vida, el peso de la historia, las artes plásticas, el fracaso del marxismo, la cerrazón de la izquierda ante las dictaduras, las amistades literarias, la India y la cultura oriental, el budismo, la Revolución mexicana (“Y el mantel olía a pólvora”). También, el quehacer periodístico de Peralta lo impulsa a indagar en las opiniones de Paz sobre los temas de coyuntura, es testigo y divulgador de sus filias y querellas, y es cronista de la apoteosis internacional en 1990 al recibir Paz el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo. En este proceso, el periodista tiene una ventaja noticiosa: en rigor, Paz nunca fue neutral, aunque sí se propuso ser objetivo, y por eso, como es fácil observar en *El poeta en su tierra*, observó con atención incesante la que le rodeaba. Y a su mirada la determinó el afán de ser preciso, al resultarle la imprecisión un pecado, la perversión del análisis so pretexto de la vaguedad.

En una parte del libro, la tensión se sostiene con ayuda de la crítica y el señalamiento sin cortapisas. Paz se interesó por todo lo que le rodeaba (salvo los deportes y la industria del espectáculo), y su curiosidad múltiple iba de la política a la vida amistosa, de la suerte de los poetas jóvenes a las represiones en Cuba o en el Chile de Pinochet. Procedió a través de exigencias porque no conocía de momentos muertos en el diálogo o de complicidades, y sus batallas las libró con frecuencia desde

el afecto y la admiración. Era tan demandante en la poesía como en la política, y por ejemplo, le irritaba en Pablo Neruda su estalinismo y deploraba su hinchazón poética ocasional, pero reconoció invariablemente su grandeza: “Los ojos del sonámbulo nos miran a través del tiempo”.

Peralta trabajó en *La Jornada* en el periodo cubierto por *El poeta en su tierra*. Conviene señalar esto, porque, además de la relación personal con Peralta, Paz, invariablemente al día, debatió a través de Peralta con el sector de izquierda y de centro-izquierda que lee *La Jornada*. Y por eso en sus respuestas, Paz mezcla el comentario intelectual con el mensaje. Verbigracia: su desconfianza perenne de los intelectuales como grupo o “clase”. En ese sentido, fue a veces impreciso:

—¿Hay neocolonialismo hacia América Latina?

—No. Pero América Latina debe profundizar, reflexionar el papel que la clase intelectual ha jugado en estos tiempos de crisis. Porque la clase intelectual tiene una responsabilidad muy grande de lo que ocurre en nuestros países. Intelectuales que han sido irresponsables y lo siguen siendo.

—Los intelectuales no han gobernado en México.

—No, pero han opinado, han aconsejado, y lo han hecho mal: ahí está su error. Ahí es donde se debe profundizar, reflexionar...

A estas alturas, por irresponsables que sean y hayan sido los intelectuales, y por absurdos o necios que sean o hayan sido sus consejos, su responsabilidad aparece minúscula, sobre todo si se le compara con el papel realmente protagónico de gobernantes, grandes empresarios, altos clérigos. Ningún intelectual *en funciones*, es decir, dedicado a su trabajo específico, ha presidido el empobrecimiento de su país, ni ha practicado el ecocidio por afán de ganancia, ni ha reprimido salvajemente, ni ha predicado la explosión demográfica o el rechazo al condón en acatamiento de la Santa Doctrina. Y Paz, el intelectual más destacado del México del siglo XX, es un gran ejemplo de responsabilidad, lo que explica por qué su influencia es la más pronunciada entre los

que juzgan y examinan la vida pública. Debe admitirse: Paz, además de poeta, fue profeta en su tierra. La clase gobernante lo leyó con avidez, sus opiniones y juicios se discutieron y hasta donde es posible se asimilaron, su visión del socialismo resultó la más persuasiva, y sus pronunciamientos sobre democracia se siguieron apasionadamente. Otros intelectuales han influido en el siglo XX mexicano en el examen de la vida pública: Luis Cabrera, José Vasconcelos, Jesús Silva Herzog, José Revueltas, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, pero ninguno ha tenido la presencia de Paz en la prensa, los libros, la televisión. Y lo más señalado: ninguno ha estado tan presente en el debate cotidiano. Peralta le indica su carácter de “interlocutor muy incómodo para la izquierda”, y Paz responde:

No he sido ni soy más incómodo que León Trotski. El revolucionario ruso nunca dejó de ser de izquierda y, sin embargo, fue visto como un verdadero demonio. No oso compararme con Trotski sino que subrayo, con su ejemplo, la incapacidad que ha demostrado la izquierda para soportar a sus críticos.

A mediano plazo no ha sido así. Pasadas las refriegas verbales sobre Cuba y Centroamérica, en donde Paz acertó, y ya con firmes perspectivas para apreciar la situación política mexicana, en donde el PRI y sus defensores no han tenido palpablemente la razón, y despejado convenientemente el horizonte, se advierte la provechosa lectura de Paz efectuada por la izquierda, y el sedimento radical que llevó a Paz a la crítica del mercado libre como religión destructora.

“LA AVIDEZ PLURAL: LA VIDA Y LOS LIBROS”

A Peralta, Paz le refiere algunas de sus innumerables amistades literarias: Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, José Bianco, Julio Cortázar, Severo Sarduy, Pablo Neruda, Carlos Pellicer, André Breton, y al hacerlo revive

el proceso que se inicia en la ciudad de México en los años treinta, el periodo formativo que ha revivido en *Itinerario*:

Avidez plural: la vida y los libros, la calle y la celda, los bares y la soledad entre la multitud de los cines. Descubríamos a la ciudad, al sexo, al alcohol, a la amistad. Todos esos encuentros y descubrimientos se confundían inmediatamente con las imágenes y las teorías que brotaban de nuestras desordenadas lecturas y conversaciones... Leíamos los catecismos marxistas de Bujarin y Plejánov para, al día siguiente, hundirnos en la lectura de las páginas eléctricas de *La gaya ciencia* en la prosa elephantina de *La decadencia de Occidente*...

Para Octavio Paz, el amor al lenguaje lo es todo, y esto alcanza felizmente a las entrevistas. No hay delito mayor en la penalización íntima del poeta que expresarse con descuido y pensar sin orden ni concierto. En sus años finales, Paz se concentra en su análisis de la historia y la política, comprueba su razón ante la ilusión del Progreso, examina el papel de las dictaduras ideológicas y el sentido de la caída del socialismo real, rechaza las construcciones de la posmodernidad (“Los hombres nunca han sabido el nombre del tiempo en que viven y nosotros no somos la excepción a esta regla universal. Llamarse posmodernos es una manera más bien ingenua de decir que somos muy modernos”), y vuelve siempre a la poesía y al elogio de la poesía, la otra gran vertiente de las pasiones y las visiones. Rubén Darío llamó a los poetas “Torres de Dios, pararrayos celestes”; Paz ve en los poetas a los poseedores de la voz del comienzo, dentro de la historia pero no sujeta mecánicamente a sus cambios.

En *La otra voz. Poesía y fin de siglo* (1990), Paz afirma: “Toda reflexión sobre la poesía debería comenzar, o terminar, con esta pregunta: ¿cuántos y quiénes leen libros de poemas?” La situación actual de América Latina conduce al pesimismo. De entre la minoría que lee poesía, la mayoría son escritores, y de esa mayoría casi todos son poetas. Paradoja que no lo es tanto: al iniciarse el siglo XX en América Latina, la poesía es el

género reinante en las letras; al acabar el segundo milenio de la era cristiana, la poesía es un hábito cada vez más restringido.

Xavier Villaurrutia escribió: “A todos, a condición de que todos sean unos cuantos”. De esta elección que puede ser condena algunos se exceptúan sobradamente. En América Latina se ha leído de manera amplísima a Neruda, César Vallejo, Borges, Nicolás Guillén, Octavio Paz, Jaime Sabines, que, al trascender el círculo especializado, influyen en el lenguaje público. A Paz lo leen los poetas, los participantes en movimientos contraculturales, los académicos, los estudiantes, los empeñados en restablecer el trato cotidiano con la poesía.

La poesía de Octavio Paz, un gran momento del idioma español, es una reflexión intensa sobre la poesía. En ella, el vértigo, el amor, las certezas sobre el Yo que duda, la descripción del efecto de la luz sobre el paisaje, son instantes memorables del cuerpo y de la palabra que lo nombra y perfecciona.

En *El poeta en su tierra*, Peralta dialoga eficaz y cálidamente con Paz sobre algunos de sus múltiples temas. El resultado está en las manos del lector, al que sólo le queda incorporarse a la conversación.

PALABRA DE PAZ

BRAULIO PERALTA

La ilusión de una morada

en el tiempo es el deseo de hombres y mujeres. La esperanza y el instante de la felicidad, únicos asideros para vivir esta errancia sin fin. Y la cultura, para muchos, la salvación de toda tragedia: vivir en cualesquiera de los géneros teatrales pero no vivir muerto. Y reflexionar con ironía para hacer llevadera la existencia, el mejor de los caminos.

Porque la poesía alivia los pesares de la vida. Después de leer a Hölderlin uno puede entender el mundo y la patria —y perdonar—. Sin los versos de Whitman no asimilaríamos el canto al hombre y la naturaleza —y amar—. Con *The Waste Land*, de Eliot, podemos comprender esa sociedad sórdida y enajenante que destruye y contradice el concepto de modernidad —e intentar cambiar al mundo—. La buena poesía es principio y síntesis de artes que aún están conformándose. Es la sobreviviente en milenios. Modas van y vienen, pero el territorio de los poetas —los verdaderos poetas— es inalterable: en ellos encontramos la verdad y la mentira de las cosas.

Siglo de guerras y dictaduras, de ideologías y xenofobias, de intransigencias sin paso a la democracia... Pareciera que vivimos en la *Era del Vacío* pero computarizados. Pareciera que el hombre es el único destructor de la vida en el reino animal. Pareciera más bien ser un demonio escéptico que un trasnochado Dios que no otorga justicia ni libertad. Luego, Dios no existe, pero hay un ser demoníaco que destruye, con

sus actos, el concepto de civilización: el hombre. O, existe Dios, pero no sabemos encontrarlo en nuestro interior.

Sin embargo, la poesía alivia. No corrompe. Purifica. No tiene más ideología que un alma y un espíritu en confrontación con todo lo que le rodea. Heraldos de sí mismos, los poetas viven un mundo aparte: mensajeros del destino, en los tiempos modernos, pocos, muy pocos los escuchan, los leen y atienden. Vivimos con los ojos abiertos pero ciegos ante las premoniciones que se anuncian. ¿De qué sirve pensar y sentir si todo ello no ayuda a vivir más y mejor? El ser y la nada nos arrojan al vértigo de la ignorancia. ¿Tendrá el poeta que gritar sus versos por teléfono, enviarlos por fax, a través de Internet, o leerlos por televisión? Hasta eso, en los tiempos actuales, le está vedado; nadie quiere oír verdades a fin de siglo. Eliot seguirá inédito para los *mass media*.

Hemos perdido el misterio animal que nos haría perfectos para rehacer la sociedad. Hemos perdido la intuición y la percepción que nos permitirían no destruir la naturaleza. Dejamos de escuchar la voz de los poetas y vivimos abrazados a la noche oscura, sin luna, sueños o esperanzas. Somos sociedades muertas creyendo en un progreso que sólo existe en las estadísticas de los políticos apoyados por intelectuales orgánicos...

Pero algo queda: el mejor ruido a toda esa animadversión social es el silencio, la prudencia, o el grito desaforado en el desierto (cada quien su carácter); la risa, nuestra salvación; la ironía, nuestro único placer social; la sobrevivencia, nuestra lucha interior. Porque la ideología pura, como la ignorancia, corroe y mata. Y el pensamiento en constante contradicción, sana, perdura como una religiosa antítesis para existir.

Leer poesía a fin de siglo es una sana invitación: poesía, no mentiras poéticas. Poetas, no poetastros. Reconocer nuestro erotismo y sensualidad en Cavafis —y ejercitarlo—. Recorrer el mundo de los miserables con Victor Hugo —e invocar justicia—. Introyectar las flores del mal por medio de Baudelaire —¿para no caer?—. Encontrar la canalla maldición en Rimbaud —y salir del infierno.

La poesía —la palabra del poeta— ha sido menospreciada en este siglo xx. Pero no ha muerto. Dicen que cada 50 años nace un poeta —poeta mayor, con ideas— en cualquier país. Poetas que defienden la poesía, porque los versos son inseparables de la defensa de la libertad. Sí: la poesía no se lee en los estadios. Pero no agoniza. En medio de las turbulencias del fin de siglo, algo queda: un puñado de hombres que describen el mundo con versos y prosa poética.

Un ejemplo en México: Octavio Paz.

* * *

Octavio Paz ha vivido y analizado los momentos históricos más notables de nuestro siglo xx. Cada 31 de marzo desde 1914 cumple un año más en que inicia la siguiente estación de su vida y obra, hasta su muerte en 1998.

En sus 84 años ha visto transformarse, nuevamente, al México que lo apasiona, entusiasmo y del que aspira largamente el aire cargado de porvenir, como lo hacen aquellos que saben amar porque pueden sentir el despertar en las montañas con la misma emoción de cuando se era niño.

Continuamos viéndolo como lo que siempre será y resumió Elena Poniatowska:

Una tea encendida de razones y argumentos, jamás de sofismas porque eso sí, sabes lo que dices, y con los años se acrecienta la lucidez con que has asombrado a propios y extraños, alrededor del mundo a lo largo de ocho décadas.

Esperamos con ansia las sorpresas que nos quiera dar, como su más reciente libro, *Vislumbres de la India*, alrededor de aquel país que visitó en los años sesenta y donde conoció a Marie-José. Y de su pensamiento —esa inteligencia fresca que contempla a un siglo—, con el que no siempre estamos de acuerdo, queremos la necesaria confrontación de sus ideas. Porque Paz es, esencialmente, un poeta, pero también un hombre de ideas.

Apenas en 1993 hablaba de amor en *La llama doble*. Y discute apasionadamente, y con toda la frialdad del caso, los sucesos de Chiapas y el subcomandante Marcos, desde 1994... Ya en 1995 defendía su pasado, argumentando que no estuvo en Tixtla en 1931, apoyando al general Gabriel R. Guevara, como lo hace ver Ignacio Retes en su novela *Nostalgia de la tribu*. No en balde ha dicho: “No me arrepiento de mi pasado ni me doy golpes de pecho”.

Es un hombre con mirada de niño, con los ojos abiertos. Rebelde, siempre rebelde.

Con la poesía como coordenada principal, es un lector ávido de lo que sucede en el mundo: los fanatismos religiosos, la exacerbación de los nacionalismos, la caída del comunismo y la decadencia del capitalismo... Eso lo hace un poeta eficaz pero también un “traductor universal que transforma las equivalencias matemáticas e intelectuales en símbolos sensibles”, como asegura Roberto Tejada; el latinoamericano que “representa la fase última de la historia intelectual de la América Latina: la fase de ‘exportación’ de ideas-matrices”, a decir de Juan Marichal.*

Definitivamente, no sería el Paz que conocemos si sólo hubiera escrito poesía. Porque sus ensayos, su pensamiento político, sus reflexiones sobre la identidad e idiosincrasia mexicana son fundamentales para cualquier debate presente y futuro de *El laberinto de la soledad*. Porque como dice Carlos Monsiváis, “en *Itinerario*, Paz relata una vez más y con gran precisión el trazo de su vida como historia de las ideas”.

Por eso es imposible separar al poeta de su pensamiento político, como pretenden los ideólogos en su contra. Ya se sabe: el hombre es uno y su circunstancia.

Paz polemista, Paz pacifista, Paz renovador del lenguaje, Paz haciendo chillar a las palabras —y silenciándolas—. El Paz ensayista que tiene, como dice Fernando Savater, “un punto de sal poética, humorística,

* Juan Marichal, *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*, Fundación Juan Marichal, Cátedra, Madrid, 1978.

irónica? También, el Paz amante de las artes plásticas (y uno sigue sin explicarse ¿por qué en *Los privilegios de la vista* no ha escrito sobre Francisco Toledo?).

El mismo Octavio Paz que aquí presentamos. El poeta en su tierra que ha tenido que soportar a algunos representantes de la Iglesia católica que le critican su *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Dios es más feliz salvando a un pecador que a un santo, dice la Biblia. Pero los representantes de la cristiandad nunca han podido contemplar a sus feligreses como personas: condenan a quienes usan el condón, orillándolos a la muerte por sida; condenan al cura Hidalgo — el padre de la Independencia de México —, la unión libre, la homosexualidad, a quienes deciden su derecho al aborto... Fustigan la libertad de pensamiento. Son ideólogos, no pensadores libres. Son — los representantes de Dios — un mal de siglos. Y no aprenden. Lógico: la libertad de un intelectual siempre se topará con la cerrazón, la moralina y el prejuicio. La búsqueda de la verdad no es propósito de curitas.

No son los únicos: a Paz lo han criticado también, desde la izquierda más radical hasta la derecha más conservadora... Paz, que se considera interlocutor ante la izquierda —“nacé con la izquierda”—, es desoído sin inteligencia y denostado con ignorancia. Y sin embargo, muchas de las críticas sustentadas por él hasta hoy son tomadas en cuenta, sin que se le brinde el debido crédito. La Unión Soviética primero, y Cuba, ahora. La democratización de los partidos, sean de la tendencia que sean... Paz en la tormenta de las discusiones de este siglo.

* * *

Estas entrevistas se hicieron en el tiempo. No fueron planeadas. Un amigo, René Nájera Corvera, llegó un día y me entregó la mayoría de las entrevistas realizadas al poeta y dijo: “ya es hora de que hagas algo con este material”. La sorpresa fue enorme porque, al leerlas, destacaba la coherencia de las palabras de Paz en el transcurso de estos años. Su

defensa apasionada de la democracia, sus conceptos de poesía, los autores latinoamericanos que, para él, han pasado el necesario purgatorio literario, listos para el siglo venidero: Juan Rulfo, Pablo Neruda, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges. Las duras críticas al gobierno mexicano y al partido en el poder: el Revolucionario Institucional (PRI). Y las claras peticiones a la izquierda para que también acuda a la escuela de la democracia, sin omitir los crímenes que han perpetrado personajes de la talla de Stalin porque, dice Paz, “las ideologías nacen y mueren. Son más resistentes las ideas y aún más las creencias”.

Paz advierte sobre los nacionalismos, el fanatismo y la xenofobia. Paz apuesta por la tolerancia. Paz pide acabar con el mercado del arte en el capitalismo. Opina de todo pero siempre, como dice Arthur Lundkvist —miembro de la silla número 18 del jurado que decide la nominación de los Nobel de Literatura, en Estocolmo—, su “política se fundamenta en la poesía”. O, como él mismo señala: “no tengo un sistema hecho de conceptos... Mis ideas son opiniones. Las defiendo y las he defendido por fidelidad a mi verdad relativa... No postulo ningún absoluto... Yo soy apenas, si algo soy, un poeta...”

Entrevistas realizadas entre 1981 y 1996 que el propio Octavio Paz ha revisado y autorizado para su publicación. Entrevistas realizadas a lo largo de 15 años en los diarios mexicanos *Unomásuno* y *La Jornada*, mi antigua casa de trabajo. Entrevistas hechas algunas veces al fragor de los acontecimientos, como aquel 1988 en que Carlos Salinas de Gortari se enfrenta a la más fuerte oposición que haya tenido el partido en el poder: Cuauhtémoc Cárdenas —hijo de Lázaro Cárdenas—, quien estuvo a punto de arrebatarse la presidencia en las elecciones de ese año (hay quienes hablan de un fraude descomunal). O en instantes muy particulares para el poeta: en 1990 Paz se convierte en el primer mexicano que obtiene el Nobel de Literatura. Allá, en Estocolmo, pedía claramente la devolución de las tierras a los campesinos mexicanos y que se les diera el trato de mayores de edad. Allá, en la tierra de los vikingos, Paz reconocía sentirse contento con el premio Nobel como si fueran unas orejas de burro, en alusión a la primera entrevista realizada con

este reportero, cuando decía: “No me pregunte nada del premio Nobel de Literatura. Parecemos colegiales de fin de año en que se nos ponen orejas de burro, o de oro. Es una lata hablar de los premios”.**

Con ustedes, la palabra de Paz.

** *Unomásuno*, 25 de agosto de 1981.

Octavio Paz, ca. 1938.
Fotografía de Enrique Díaz
Archivo General de la Nación.



DESDE MI CUARTO, DESDE MI SOLEDAD, DESDE MÍ MISMO

“Cuando yo era joven, estaba poseído, como todos los jóvenes, de la idea de mi propia importancia. Creía que el lector no existía. Que lo que existía era mi mensaje. Lo que yo iba a escribir. Lo que yo iba a decir. Ahora, me doy cuenta de que no es así: toda literatura es un diálogo con un interlocutor —al que no conocemos—. Ahora, ya mayor, pienso siempre en el lector. En este sentido, en la prosa, me gustaría ser claro, preciso. Por lo que se refiere a la poesía, a lo que yo aspiraría es a ser simple. Decir lo máximo en un mínimo de palabras: esto es lo que es, para mí, la literatura.”

El escritor dialogaba con sus lectores en la IV Feria Internacional del Libro de la Ciudad de México. Sus palabras eran escuchadas con interés. Las miradas del público lo seguían con atención:

“La poesía no es un género popular, actualmente. Pero la poesía es un género que dura más; cuando se hayan olvidado casi todas las novelas y los ensayos contemporáneos —incluido el mío sobre sor Juana Inés de la Cruz— quedarán algunos poemas de algunos poetas.”

Era una conferencia del poeta, sin diálogo con el público. Extrañamente, sin ningún medio de comunicación de por medio. De repente, llegó Televisa —el consorcio televisivo más poderoso en México— con sus cámaras a presenciar el acto. La reportera de Televisa le pidió al poeta hablar un instante con los lectores ahí reunidos. Y surgieron las preguntas. Nadie se atrevía, hasta que este reportero en ciernes —como si fuera un estudiante— se arriesgó.

—Desde dónde escribe usted, ¿desde el centro, desde la izquierda, desde dónde?

—Desde mi cuarto, desde mi soledad, desde mí mismo. Nunca desde los otros.

—¿Qué opina del Premio Nobel de Literatura a Gabriel García Márquez?

—Es un buen escritor.

—¿Y de sus ideas políticas?

—Me parecen deplorables. Pero yo no creo que sean ideas políticas. Yo creo que son opiniones políticas. Pues bien, como opiniones, son deplorables.

—A los estudiantes nos llamó mucho la atención las declaraciones que a favor de Nicaragua hiciera Julio Cortázar. Usted, ¿qué opina?

—Mi punto de vista lo he expresado muchas veces y no quiero entrar en discusiones con Julio...

En ese momento, el micrófono de Televisa, instalado en la mesa donde el poeta conversaba con el público, cayó al suelo. Octavio Paz se agacha a recoger el artefacto, para decir inmediatamente:

“Ve usted, el espíritu de Julio Cortázar me dijo que no hablara sobre eso. ‘—Por favor, Octavio, recuerda nuestros años de amistad—’... Así que cambiemos de tema.”

Y el ensayista aprovecha para anunciar la publicación de dos nuevos libros: uno sobre crítica literaria y arte; otro más, relacionado con el orden político y la moral, en el que se recogen artículos publicados en los últimos años, además de algunos inéditos.

Y como el público no se animaba, el reportero seguía preguntando: “Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y otros escritores han llamado la atención pública sobre el problema del alza de los libros y el posible freno a la creatividad. ¿Está usted de acuerdo?”

—En primer lugar: eso de “freno” me suena represivo. Mejor habría que decir: la dificultad de publicar puede desanimar —para poner en buen español lo que usted acaba de decir— a los escritores jóvenes. Sin embargo, no estoy muy seguro de eso. Creo que los que tienen vocación

seguirán escribiendo. La obsesión moderna de favorecer a los escritores y convertirlos en una clase privilegiada, a mí, me repugna profundamente. Después de todo, Cervantes tuvo mucho menos facilidades para escribir que la mayor parte de nosotros. Creo que los escritores modernos deberíamos ser más humildes. Lo que sí es grave es que la carencia de libros impida que la gente pueda leer. A los lectores sí hay que defenderlos.

Aún así, el libro va a continuar. El libro representa algo precioso: un diálogo silencioso con el autor. Y la posibilidad de reflexionar. Platón, por ejemplo, estaba en contra de la palabra escrita. Era partidario de la palabra hablada. Esto es imposible en sociedades tan grandes como las nuestras. Además, el tipo de diálogo que uno tiene en la conversación no es el mismo que el que existe entre el autor y el lector. La lectura nos da un conocimiento distinto. No va a ser posible acabar con ella.

—Pero, ¿y los precios de los libros?

—Eso es otra cosa. Eso debe hacer pensar a los mexicanos que una de las grandes fallas de nuestra sociedad es la ausencia casi total de bibliotecas en México. Cuando yo oigo a los escritores protestar por tantas cosas, pienso: ¿por qué no protestan por lo más urgente: que haya bibliotecas? Tanto guía de la humanidad que anda por allí suelto, bueno, pues que se ocupen de cosas mucho más prácticas como es el fundar bibliotecas, a las cuales uno pueda ir y, con una pequeña cuota, sacar libros.

“Hace falta que la gente lea. Y la gente no tiene dinero para leer. Pero no es la única razón: hay que decir que la gente rica de México —y también la clase media, en general— no compra libros. No por falta de dinero sino por sobra de pereza e ignorancia.”

Y el público rió junto con Octavio Paz, que se abstuvo de seguir dialogando. Prefirió firmar sus libros.

Y todos compran títulos del escritor.

Y hacen colas para obtener la rúbrica del poeta mexicano.

Y este reportero había logrado —sin que el poeta lo supiera— una de sus primeras entrevistas periodísticas con Octavio Paz.

ESA PARTE IRRACIONAL DEL HOMBRE, LA POESÍA

—Empecemos con las palabras,

tema recurrente en su poesía. Ha llegado a decirles “chillen, putas”.

—La relación de un escritor con el lenguaje es polémica, guerrera, porque es pasional, erótica. Recuerde el verso de Góngora: “a batallas de amor campos de plumas”. Las palabras, para el poeta, son criaturas vivas, que nos desafían y nos seducen.

—Las palabras y el lenguaje. ¿Y el poeta que se ve a sí mismo haciendo poesía?

—Es como el pintor que se pinta pintando. El poema en que el tema es la poesía misma comenzó con los poetas románticos. Es una actitud moderna que introduce al yo, el sujeto y, en consecuencia: la crítica en la creación poética.

—Fuera del diccionario, ¿qué es en esencia, y en la forma más sencilla, la poesía?

—Una interrogación con multitud de respuestas. La respuesta depende de cada poeta —y de cada lector.

—Habla usted de interrogantes. ¿Ésa es la razón por la cual Platón pretendía expulsarlos de la República?

—Para los griegos los poetas eran los autores de los mitos y él estaba en contra de los mitos. La hostilidad frente a la poesía es de origen moral: la poesía es peligrosa porque expresa la parte irracional del hombre, sus pasiones, sus deseos, sus sueños. El poeta inventa imágenes y

figuras más o menos reales con sentimientos y pasiones humanas que rompen el orden social. De pronto, un mito poético, Don Juan, se vuelve más real que un tratado de sociología.

—¿Hay alguien, ahora, que pretenda expulsarlos?

—Hay una oposición radical entre los valores de la sociedad moderna y la poesía. La cultura de la sociedad capitalista está basada fundamentalmente en la moral de la utilidad. Y la poesía siempre es un gasto, un desperdicio. Hay incompatibilidad entre la moral burguesa —que es la moral del ahorro— y la moral poética, que es la moral del dar, del despilfarro.

—Cabe la pregunta: ¿cuál es el territorio ideal del poeta; qué país, qué espacio es el adecuado para la vitalidad de la poesía?

—Un lugar en el cual la autoridad se redujera al mínimo y la imaginación tuviese un lugar de preferencia. Sin embargo, es una fortuna que no exista ese lugar ideal. La poesía está viva todavía, a pesar de todo, porque vive mal. Y vivir mal, incómodamente, le ha dado la capacidad de sobrevivir y de decir No a los poderes sociales. Todos los grandes poetas de nuestra época han sido, a su manera, rebeldes, incluyendo a los más conformistas. Por ejemplo Neruda, que se volvió conformista de izquierda. O Borges, que fue un conservador.

—Hay quienes discuten y afirman que el arte es inútil. ¿Cuál es la utilidad de la poesía?, ¿cuál es, insisto, el territorio ideal del poeta?

—Un lugar ideal sería aquél en el que la utilidad dejase de ser el valor máximo de la sociedad, y en el que la imaginación —el deseo— fuese uno de los valores esenciales. La utilidad de la poesía consiste en recordarnos la suprema utilidad de las cosas inútiles. La pasión erótica, la libertad, la capacidad de decir No a los poderes, la contemplación. Todo lo que llamamos el mundo pasional, incluyendo lo más negro, es la materia prima de la poesía, sin faltar la alegría, la alegría de existir. Y la contemplación desinteresada.

—Todo eso que dice está bien, pero eso no...

—Eso no es útil. Desde el punto de vista social, no, no es útil. La utilidad de la poesía consiste en exaltar aquello que, siendo esencial en el hombre, en apariencia es inútil.

—¿Un poeta es un inútil?

—Un poeta, cualquier poeta, dice: lo que cuenta verdaderamente no se puede medir. La poesía expresa ciertas experiencias que no son utilizables. La fascinación ante la muerte. O la fascinación ante la vida, que es igualmente poderosa e inútil.

—Hay lectores que, en momentos críticos de su existencia, se acercan siempre a la poesía. Y cuando uno termina de leer el poema, cambia el estado de ánimo.

—Tiene usted razón. En las épocas de guerra, la gente lee más poesía. Cuando la gente se enamora, lee poemas; cuando hay peligro, cuando se enfrenta a la muerte, la gente lee poesía. En esto consiste la utilidad de la poesía.

—Y los poetas, ¿sienten, o intuyen? Hay un decir popular que dice que un poeta es más lo que siente que lo que piensa...

—La cualidad esencial de los matemáticos y de los poetas es la intuición. Lo que distingue al poeta del filósofo y del hombre de ciencia es que en el poema el pensamiento y el sentimiento están juntos. El pensamiento encarna en una frase, en una metáfora, en una imagen teatral o plástica. Y cuando digo poeta, también hablo de los novelistas y los dramaturgos que, a su manera, son poetas.

—Ejemplificando: cuando dice uno: “este hombre está pensando con el estómago”, ¿qué se quiere decir?

—Es una imagen, una metáfora que identifica la actividad y la personalidad de un hombre con su interés personal. En lugar de esta metáfora podría hacerse una descripción psicológica y sociológica. Lo interesante es ver cómo en la literatura estas imágenes y descripciones encarnan. Shakespeare no describe la ambición: la muestra en un ser pasional y concreto, Macbeth. En la literatura la división entre sentimientos y pensamientos tiende a desaparecer.

—Ahora que toca el tema de la política cabe la pregunta sobre la poesía comprometida, la poesía política.

—Es inadmisibles la confusión entre poesía y propaganda. Si me he negado a hacer anuncios de publicidad, también me niego a hacer poesía

de propaganda política. En el siglo xx, desgraciadamente, se ha intentado —y a veces logrado— someter a los poetas a los dictámenes de un partido. Esto ha sido una mutilación: el arte moderno nació como una rebelión contra la Iglesia, el poder y la moral social. Y ahora, en el siglo xx, nos han querido imponer ¡el realismo socialista! Un realismo que tenía que ser, además, “positivo”. ¡El realismo ha sido siempre crítico! Y en nombre de ese catecismo se quiso someter al arte. El arte del realismo socialista dio poquísimas cosas de primer orden; en cambio, malogró a muchos poetas. Algunos se salvaron porque su talento fue más fuerte que su ideología.

—Por ejemplo.

—Mayakovski, Neruda, Vallejo. Y en el campo opuesto: Ezra Pound.

—Mencionó a Vallejo y recordé uno de los poemas de usted dedicados a España: “Has muerto camarada en el ardiente amanecer del mundo”. Un poema de carácter social.

—Es verdad: es un poema de juventud. Tal vez fue un error estético, aunque no reniego del impulso que me llevó a escribirlo. Por eso lo he incluido en el volumen que reúne mis obras poéticas. Por otra parte, mis poemas responden (o corresponden) a ciertas circunstancias de mi vida y esas circunstancias, a veces, están teñidas de política. La poesía nace de la sociedad y está hecha con palabras que son el alma de la sociedad. Si hay algo colectivo en el hombre, es el lenguaje: una propiedad común. Ésa es la verdadera propiedad colectiva. Es natural que un poema que está hecho de palabras tenga que ver con las pasiones colectivas, con las situaciones colectivas.

—*Libertad bajo palabra* ha sido modificado por usted, reescrito constantemente. ¿Por qué?

—Por razones de orden poético. Por fidelidad a mí mismo. Los cambios tienden a decir las cosas mejor. Nada más.

—¿*Águila o sol?* no ha sido modificado. ¿Por qué?

—Me parece que está bien hecho. Dice lo que yo quería decir. Uno tiene el anhelo de la perfección. Y es legítimo querer mejorar lo que se ha escrito. Claro, uno no es dueño de lo que escribe. A lo mejor las

primeras versiones son mejores que las últimas. A lo mejor lo imperfecto es mejor y más vivo para el lector.

—Uno no es dueño de lo que escribe, dice usted. Me gustaría preguntarle qué queda: ¿el poeta o la obra del poeta? Muchas veces, los poetas se vuelven personajes de sí mismos y su obra...

—Es grave si el personaje invade al poeta, porque entonces la obra se corrompe y, aun, desaparece. Hay muchos poetas y pintores que han devorado su propia obra. Salvador Dalí es un ejemplo. Otro es Diego Rivera.

—¿Cómo se contempla Octavio Paz a sí mismo?

—Le contestaré solamente que tengo admiración por aquellos poetas que desaparecen detrás de su propia obra. Son los verdaderos maestros. Es cierto que en toda obra hay narcisismo. Hay un Narciso en cada uno de nosotros. Admiro al Narciso que rompe el espejo.

—Hablemos de *Poesía en movimiento*, una antología de poesía publicada en 1966, y en la que usted participó. Una antología en la que no está incluido Jorge Cuesta. Si hubiera que hacer alguna revisión...

—Esa antología fue un compromiso entre varios criterios. Es un libro que hicimos Alí Chumacero, José Emilio Pacheco, Homero Aridjis y yo. Acepto que faltan algunos poetas. La ausencia más notable es la de Jorge Cuesta. No creo que fuera un gran poeta; fue una gran inteligencia y escribió con gran lucidez y profundidad sobre la poesía. Cuesta fue un indudable poeta... un poeta abstracto. Una falla para mí. La poesía es la encarnación del pensamiento en una forma. Cuesta fue, sobre todo, un maestro de poetas. ¿Otras ausencias? A mi juicio, dos: el padre Manuel Ponce y Nefalí Beltrán, injustamente olvidado. Hay otras omisiones. Fue algo inevitable. Es el destino de las antologías.

—Han pasado 20 años. Ha cambiado la poesía.

—Sí. El panorama ha cambiado. Han aparecido dos generaciones o, como decía Xavier Villaurrutia, dos promociones. Una compuesta por poetas que tienen más de 40 años y otra que está llegando a los 30. Estos dos grupos no están representados en *Poesía en movimiento*.

—¿Haría una nueva antología?

—No. *Poesía en movimiento* es una antología histórica y representa el gusto de un momento. Fue y es un libro que, con todas sus fallas, estuvo bien. Ahora debe hacerse una antología de la nueva poesía mexicana. El movimiento poético mexicano es muy rico. Quizá es el más variado en nuestro idioma. No digo que no haya buenos poetas en España, Argentina, Uruguay o Chile, pero no hay la diversidad de voces que hay en México. La literatura mexicana vive un buen momento. Cada época tiene que descubrir a sus clásicos, cada poeta tiene que descubrir a sus antecesores y cada generación tiene que hacer su propia antología.

—Habló usted de Villaurrutia y las “promociones”, los grupos, las “mafias” que...

—La palabra *mafia* es una palabra infame. Es confundir a la República de las Letras, que es algo noble, con los bajos fondos de la sociedad.

—Bueno, quitemos esa palabra y...

—No: hizo usted bien en utilizarla porque debe discutirse ese término. Hay dos palabras infames en nuestro vocabulario literario: *mafia* y *boom*. *Boom* es una palabra comercial y *mafia* designa una asociación de malhechores. La literatura no tiene nada que ver con la delincuencia, aunque algunos grandes poetas hayan sido delincuentes, como Villon.

—Regresando a Villaurrutia, las promociones, los grupos, ¿siempre han existido?

—Es natural y saludable la existencia de grupos. Sin grupos no hay vida literaria. Los grupos significan revistas, tendencias estéticas, afinidades en el gusto o en las ideas. Si sólo hubiese un grupo, todo sería muy aburrido y la literatura se empobrecería. Por fortuna no es así. Además, en cada grupo hay individuos distintos y aun opuestos. La literatura está hecha por seres humanos. Nada más normal, nada más legítimo que la existencia de grupos y personalidades. Lo que no es legítimo es lo otro: ningunear al vecino.

—La revista *Vuelta* es un grupo, se dice. Se habla del grupo de Carlos Monsiváis o el de *Nexos*, de Héctor Aguilar Camín, o...

—El grupo de *Vuelta* no es un grupo, en el sentido estricto de la palabra. Son conocidas las afinidades estéticas, filosóficas y políticas que

nos unen. Esas afinidades no son realmente una doctrina sino una tendencia que nos orienta sólo de una manera muy general. *Vuelta* no es un grupo cerrado: la entrada es libre. Sin embargo, el que ingresa debe contar con la admiración o la estimación de los otros.

—¿Y cómo ve a los otros grupos?

—No coincido con ellos. Pero en esos grupos hay obras y personalidades que estimo profundamente. Se puede admirar el talento de una persona sin compartir sus opiniones. Por fortuna, la literatura está hecha no solamente de ideas sino de obras: ahí es donde hay que coincidir.

—Aunque esta entrevista es para hablar de literatura, fundamentalmente, a Octavio Paz siempre se le pregunta sobre política, irremediablemente. ¿Se cansa Octavio Paz de hablar de política?

—Nunca he condenado a los escritores que no hablan de política. Algunos de los escritores que he admirado y querido más, se rehusaron a expresar opiniones políticas. Ahora bien, mi generación tuvo una vocación política y yo, como ciudadano, la tengo. Aquí debo subrayar algo esencial: las cosas que digo en materia política son opiniones. Y el mundo de la opinión es lo más sujeto al error. Siempre he querido ser honrado conmigo mismo y decir lo que pienso; sin embargo, nunca he pretendido ser el dueño de la verdad. Pienso que una de las mejores maneras de participar en una sociedad más o menos democrática y moderna, es a través de la actividad intelectual. A los escritores que más admiro son a los que han tenido el valor y la honradez de hacer la crítica de sus propios partidos e instituciones. Un Las Casas que defiende a los indios de la dominación española, me parece admirable. Trotski cuando escribe *La revolución traicionada*, me parece ejemplar. Acuérdense que yo vengo de una familia muy antigua de México, y mi abuelo, Ireneo Paz, y mi padre participaron en la vida política. Es un poco por herencia esta vocación política mía. Sólo que no hay que confundir acción política con vocación política: yo nunca he participado activamente en la política; tengo opiniones políticas y las expreso, eso es todo.

—Hablemos de su prosa poética.

—No me gusta eso de prosa poética. He escrito prosa y poemas en prosa. Es saludable la contaminación de los géneros. A la poesía le hace

falta siempre una buena dosis de prosa; la eficacia de un poema puede medirse por la cantidad de prosa que puede asimilar sin desnaturalizarse. Y a la inversa: la buena prosa tiene que tener una dosis de poesía. Como la prosa de Borges, una prosa de poeta.

—¿Y la de Cortázar?

—También.

—Pero no era un gran poeta.

—No. Julio no. Lo mejor de él fueron los cuentos.

—Y sus memorias, don Octavio, ¿no piensa nunca escribir sus memorias, hablar de sus amigos, de las generaciones que ha visto, de su vida personal?

—Lo he pensado sólo que... Sí, ya sé que hacen falta memorias en nuestra lengua.

—Hablemos de *Árbol adentro*, su último libro de poesía.

—Un libro hecho, como casi todos los libros de poesía, de la lenta acumulación de poemas que nacieron espontáneamente. Por eso el libro se llama *Árbol adentro*. Esto no quiere decir que el libro no tenga una forma. Al contrario: está dividido en cinco partes y hay una relación entre cada una de las partes. La primera está compuesta por poemas en que el eje es el yo del poeta, frente a sí mismo y frente al tiempo. La quinta parte, la última, la forman poemas de amor, es decir, el eje es el tú. La segunda parte son poemas acerca de otro gran sentimiento humano —la amistad— y de otra gran realidad de nuestras vidas: la ciudad. O sea: el tema de la segunda parte es el nosotros. La cuarta parte tiene por tema las obras de varios pintores que admiro; de nuevo, el nosotros, no el nosotros de la amistad sino el del arte. Por último, la tercera parte, el centro del libro, está compuesto por poemas cuyo tema es la muerte. Uno de ellos contiene una rememoración del Valle de México que desearía, en mis momentos de vanidad, salvar del olvido. Así, la forma del libro corresponde a una imagen del hombre como un árbol con raíces, tronco, ramas, follaje...

—Una última pregunta. ¿Si tuviera que escoger en su obra un poema, un libro, con cuál se quedaría?

—Un poeta no puede contestar esa pregunta. Nos equivocamos siempre. Recuerde que Cervantes creía que *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, no *Don Quijote de la Mancha*, era su mejor libro. A mí me gustaría dejar media docena de poemas que, tal vez, de tiempo en tiempo, fuesen recordados por un futuro lector. Ser leído como yo he leído a algunos poetas. Nada más.

Fotografía de Rafael Doniz, 1987.



REPASO A LA HISTORIA DESDE MÉXICO

En 1984 Ronald Reagan

iniciaba su reelección como presidente de los Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, todavía existía. Reagan intervino militarmente en Granada y Libia y financió las guerrillas contrarrevolucionarias en Centroamérica. Era la época de la “Guerra de las Galaxias”. (Por entonces, un grupo de países latinoamericanos buscaba la paz en Centroamérica a través del Grupo Contadora, integrado por Colombia, Panamá, Venezuela y México.) La URSS desapareció de la faz de la tierra dando lugar a Rusia, y la consabida caída del comunismo...

1984: México era gobernado por Miguel de la Madrid Hurtado y las fuerzas de oposición eran exiguas. Hoy, el conservador Partido Acción Nacional (PAN) gobierna varios estados de la República Mexicana, y el antiguo Partido Socialista Unificado de México, PSUM, sigue luchando por el poder a través del ahora Partido de la Revolución Democrática, el PRD (desde que este partido se fundó en 1989, han muerto 423 militantes: 299 durante el periodo del presidente Carlos Salinas de Gortari y 124 durante el actual mandato de Ernesto Zedillo. Las investigaciones al respecto, aún sin resultados).

Octavio Paz publicaba un libro en 1984: *Tiempo nublado*, un repaso a la historia contemporánea de aquellos tiempos que, al leerlo hoy, no ha variado del todo, a excepción de las fechas y los personajes que dominan el mundo de la política y la economía mundial. México, desde luego,

sigue en el laberinto, tratando de encontrar un lugar en la democracia y el respeto de su país vecino: los Estados Unidos. Rusia ya no representa ningún peligro para nadie. En 1984, Octavio Paz decía:

—Es hora de que en México haya una auténtica democracia. Éste es el problema al que se enfrenta el país —sobre todo la clase gobernante— desde hace más de 20 años. Los sucesos de 1968 y la reforma política, que fue su consecuencia, son signos y avisos. Lo primero, de lo que podría ocurrir dentro de algunos años; lo segundo, de la manera de evitar trastornos y revueltas en lo venidero.

Si se deja que se acumulen las quejas año tras año —ése fue el gran error del Porfiriato—, las soluciones violentas terminarán por desplazar a las civilizadas y pacíficas. Lo que está en el orden del día —incluso si queremos enfrentarnos con eficacia a la crisis económica, que es asimismo una crisis de confianza— es la democracia: independencia real del Poder Judicial, descentralización, respeto al voto, reforma de los medios de comunicación.

El PRI debe aprender a compartir el poder con los otros grupos y partidos. Una democracia que no conoce la rotación en el poder es una democracia tullida. Naturalmente, esta tarea es inmensa y no le incumbe únicamente al gobierno y al PRI. Es una tarea nacional. Pero la reforma debe comenzar por el gobierno, por los partidos de oposición (del PAN —el de derecha Partido Acción Nacional— y el PSUM —la izquierda agrupada en el Partido Socialista Unificado—) y, *the last but not the least*, por los medios de comunicación (opinan demasiado e informan poco y mal).

—¿Y nuestra relación con Estados Unidos?

—Con ellos estamos condenados al diálogo. Un diálogo difícil. Si mañana cambiase la situación en el continente —por ejemplo, nosotros poderosos y ellos débiles— el diálogo continuaría siendo difícil. Lo es porque se trata de dos civilizaciones distintas o, más bien, de dos versiones distintas de la misma civilización. Con todo, es necesario dialogar porque estamos unidos por la geografía y la historia.

“Ha sido notable en México, en los últimos quince o veinte años, la falta de sensibilidad de las clases dirigentes —también de los intelectuales—

para ver los cambios en el mundo y especialmente los ocurridos en América Latina. El ejemplo mayor es la revolución cubana: acabó, en efecto, con la dictadura de Batista y con la hegemonía yanqui. Fue saludada como un triunfo del antiimperialismo pero abrió las puertas a otro imperialismo: el soviético... También es notable, como fenómeno psicológico y social, que la clase intelectual mexicana haya vuelto a los viejos dogmatismos teológicos disfrazados de marxismo e ideología. Una situación impensable, hoy en la Francia y la España socialistas?

Tiempo nublado de Octavio Paz, editado por Seix Barral —y motivo de esta entrevista—, es “una tentativa para pensar la vida internacional desde México y desde América Latina”. En general, dice el director de la revista *Vuelta*, los latinoamericanos o reflejamos las corrientes internacionales en una forma mecánica o nos encerramos en nosotros mismos:

“Siempre he pensado que no se puede entender la historia de México sin la de América Latina; no se puede entender la historia de América Latina sin la del continente; y la del continente sin la de Europa y del mundo a partir del siglo XVI. Tampoco es lo mismo ver la historia cuando se está en Moscú o en Nueva York que cuando la observamos desde México. Yo he querido ver al mundo desde México.”

—¿Cuál debe ser la relación con Estados Unidos?

—Una política en la que tengamos presentes los intereses mexicanos, ante todo. Los problemas entre Estados Unidos y México son económicos, sociales y políticos: la emigración, los indocumentados, la situación de nuestros trabajadores en aquel país, el comercio, los mercados. Además, hay problemas culturales. Por ejemplo, la defensa de la cultura mexicana entre los estadounidenses de origen mexicano. Todos estos problemas tienen una dimensión política. Lo mismo digo de la acción estadounidense en México. En suma, se trata de las relaciones entre dos países de civilizaciones distintas; además, y sobre todo, en una posición de gran desigualdad. Nuestra política ha sido por tal razón tradicionalmente defensiva. Pero hoy tenemos más recursos. Han cambiado el sistema de relaciones internacionales y el equilibrio mundial.

—¿Y América Central?

—México tiene que defender la autodeterminación de las naciones centroamericanas y la democracia. Son inseparables las dos cosas. Las dictaduras militares no han sido amigas de México, pero tampoco lo serían regímenes de tipo comunista. Estos últimos combinan la ortodoxia ideológica con la organización militar. Por esta razón esos regímenes son constitucionalmente, por decirlo así, expansionistas. Un gobierno comunista en Guatemala reclamaría Belice con mayor violencia que el actual gobierno. También quizá reclamaría Chiapas. El socialismo totalitario no es una vacuna contra el nacionalismo. No olvidemos las experiencias de Vietnam, Laos y Camboya.

—¿Y las fuerzas armadas estadounidenses?

—Estados Unidos no es un Estado militarista. Los militares no mandan en Estados Unidos.

—Por eso estamos condenados al diálogo.

—Sí. Un diálogo difícil porque ellos no saben oír. Tienen que aprender a oír: les va en ello su futuro como gran potencia.

—A México le ha costado mucho que nos oigan.

—Sí.

—Le ha costado sangre, muertes: la mitad de su territorio.

—Es cierto. Pero cuando hablo de diálogo hablo de un diálogo contradictorio, en el que los interlocutores sostienen puntos de vista muy distintos. No tenemos otro recurso: hay que dialogar porque somos vecinos. Ya señalé que una excesiva desigualdad de fuerza impide el diálogo. Pero la situación ha cambiado un poco, como lo muestra el ejemplo de Contadora. Además, tenemos amigos allá. Hemos descuidado a la población de origen mexicano. Fueron los chicanos los que nos recordaron sus orígenes, no nosotros. Yo fui uno de los pocos que, en *El laberinto de la soledad*, hablé de los mexicanos de fuera. También es necesario conocer la historia de Estados Unidos: sólo así podremos entenderlos.

—Y ellos, ¿no tendrían que conocer nuestra historia para entendernos y respetarnos?

—Aunque hay historiadores que han escrito libros notables sobre México —de Prescott a Womack—, los intelectuales norteamericanos nunca se han interesado en Latinoamérica. No cesa de asombrarme su ignorancia. Pero también la de los mexicanos sobre Estados Unidos.

En esta parte de la entrevista, Octavio Paz se clasifica como “un caso curioso: viví parte de mi infancia en Estados Unidos. Pero mi familia, burguesa e intelectual, miraba hacia Francia, Europa. A mis abuelos Estados Unidos les parecía un país bárbaro. Un error enorme”.

—¿Y nuestra identidad, la nacionalidad?

—Somos un país con una inconfundible fisonomía. Que ya no fastidien con eso de la identidad mexicana: basta con ver nuestros monumentos, leer nuestros libros, oír nuestra música, gustar de nuestra comida, para darse cuenta de que somos una nación con un estilo de vida propio, con una tradición muy antigua. México tiene antigüedad.

—En *Tiempo nublado* habla usted de un nacionalismo enfermo, que corroe...

—Una cosa es la nación y otra la ideología nacionalista. El nacionalismo ideológico me parece terrible porque niega a los otros. Además, es una ceguera: no deja ver al mundo. Es una mutilación.

—¿No estamos viviendo esos tiempos en México?

—No... todavía. Pero corremos el riesgo de volvernos a encerrar.

—¿Por qué?

—La crisis económica puede aislarnos aún más. En América Latina hay dos extremos: el del argentino, que siempre está con los ojos fuera de su país, mirando hacia Europa; y el del mexicano, que está demasiado metido en sí mismo. Nos falta ver un poco más hacia afuera. La xenofobia es una enfermedad mortal y que a veces se alía, curiosamente, con la manía opuesta: la adoración al extranjero. En México muchos son, al mismo tiempo, xenófobos y malinchistas.

—¿Cómo se cura la enfermedad nacionalista?

—Es una ceguera del entendimiento y se cura con la crítica y la auto-crítica. Es decir, con la democracia. Aunque parezca una pesadez, lo repito: México debe consolidar y perfeccionar su embrionaria democracia:

rotación en el poder, independencia del Legislativo y el Judicial, descentralización (esto es fundamental: hay que acabar con los enormes privilegios y abusos del centro). Se trata, debo decirlo otra vez, de una tarea nacional. Es difícil porque apenas si tenemos una tradición democrática: los pocos años de la república restaurada de Juárez y el corto aunque tumultuoso periodo de Madero. Nuestra burguesía nunca ha sido democrática y tampoco lo han sido la clase gobernante, el PRI y los intelectuales. Nuestros intelectuales, herederos de una doble tradición de intolerancia: el dogmatismo de los teólogos católicos y el de los jacobinos del liberalismo, han perpetuado actitudes inquisitoriales. No todos: algunos, dedicados a su especialidad, no se interesan en los asuntos públicos, otros son cruzados y pocos, poquísimos, los que practican la verdadera crítica, que casi siempre comienza por ser una autocrítica. Aunque la democracia no es una panacea, es una vía de salud moral y política. La crisis económica, por ejemplo, podría haberse evitado —en parte, claro— si hubiera existido un sistema de controles y una opinión pública alerta y capaz de influir en el gobierno. Por esto son importantes los medios de comunicación —que no han cumplido con su papel— tanto como la acción de los partidos políticos y de los intelectuales.

—Entonces, ¿está en peligro la democracia?

—El PRI debe ir a la escuela de la democracia. También deben matricularse en esa escuela los partidos de la oposición.

* * *

Octavio Paz invita café. La mañana ha terminado. El tiempo está nublado. La entrevista cambia de tema: Estados Unidos, la Unión Soviética y la izquierda mexicana:

“Vivimos en una sociedad en crisis. La crisis es mundial, no de esta o aquella nación ni de un sistema particular, sea el capitalista o el socialista. A pesar de que no tengo remedios para nuestros males, hay mucho que defender, especialmente en Occidente y en algunos países llamados

del tercer mundo (una expresión que deberíamos desterrar del vocabulario político: engendra confusión). Esto que debemos defender se llama la democracia o, más bien, los gérmenes de democracia, que brotaron en el siglo xv, cuando nació la Edad Moderna, y que no han cesado de desarrollarse a pesar de terribles obstáculos.”

El poeta precisa:

“La democracia no es una forma consubstancial a este o aquel modo de producción, como tampoco lo es el despotismo. En los países inexactamente llamados socialistas hay que luchar por instaurar la democracia, y éste es el sentido de la lucha de los pueblos dominados por la burocracia comunista. En Occidente y en países como México, con incipiente democracia, hay que defender el ejercicio de la crítica, la libertad de asociación, el derecho de huelga, la libertad de prensa, la de creencias, el derecho a equivocarse. Porque la democracia es el único sistema que nos pone relativamente a salvo de los abusos y errores. O que al menos nos permite rebelarnos contra ellos.”

—Algunos sistemas democráticos generan corrupción, son expansionistas.

—La democracia no es un sistema perfecto. Pero los hombres no han inventado otro mejor. Es verdad que la democracia muchas veces genera corrupción. También lo es que las democracias pueden ser expansionistas y belicistas. Lo fueron Atenas y Roma, las repúblicas italianas del Renacimiento, la democracia francesa y la estadounidense. Sin embargo, en plena guerra contra Esparta, Aristófanes se burló del partido belicista. Cuando Estados Unidos invadió México, Thoreau se negó a ser cómplice de una agresión (¿por qué Thoreau no tiene una estatua en México y ni siquiera una calle lleva su nombre?). En Francia los intelectuales se opusieron a la guerra de Argelia y en Estados Unidos cientos de miles se manifestaron en contra de la intervención en Vietnam. Olvidar todo esto es olvidar demasiado.

—En *Tiempo nublado* habla de las revueltas como resurrección de los pueblos. ¿Y las revoluciones en el mundo no han sido justas? ¿No habrá una revolución donde el hombre no sea el lobo del hombre?

—Las revoluciones del siglo XX fueron en su origen revueltas, es decir, resurrecciones populares. Casi todas esas revueltas se han petrificado en despotismos, que son nuevas formas de explotación y opresión. A mi generación le ha tocado hacer la crítica —una crítica incompleta y que debe ser continuada por los jóvenes— de las revoluciones petrificadas en burocracias.

—En su libro da la impresión de que justifica a Estados Unidos y sataniza a la Unión Soviética. Habla del primero como hegemonía y de la URSS como “imperialismo arcaico”.

—Uso esas dos palabras porque deseo ser un poco más exacto... hasta donde se puede serlo en esta materia.

—¿Y por qué hegemonía y no imperialismo?

—Porque todas las palabras respetables de la tierra —socialismo, libertad, democracia— han sido con frecuencia mal empleadas. Prefiero *hegemonía* para describir al imperialismo norteamericano porque, como todos los imperialismos modernos, tiene características distintas a las del antiguo imperialismo. En estos últimos lo militar, lo económico y lo ideológico estaban unidos. La expansión de Estados Unidos ha sido, en su origen, de orden económico, subsidiariamente militar y nunca, excepto negativamente, ideológico. Por eso hablo de hegemonía. El imperialismo clásico implica casi siempre la dominación territorial directa, o indirecta. Ejemplos: Ucrania y Afganistán como ocupación directa, Polonia y Checoslovaquia como indirecta. Además, el imperialismo clásico era una dominación a un tiempo política, militar, ideológica y económica. Todos esos elementos se dan en la dominación rusa. Llamo *arcaico* a ese imperialismo porque me recuerda a los del pasado, antes de la Era Moderna. Los españoles conquistan América e imponen el catolicismo y la monarquía; los musulmanes conquistan medio mundo e imponen su fe allí donde incursionan. El ruso es un imperialismo de este tipo.

—¿Y Granada? ¿Cambiaron mucho las reglas del juego con Ronald Reagan? Usted no habla de Reagan en su libro.

—Tampoco hablo de Andropov. El libro lo escribí antes de ellos. Además, apenas si hablo de personas. La política de Reagan puede ser

distinta a la de Carter (no tanto, en realidad) pero las reglas democráticas de Estados Unidos siguen vigentes. Yo estaba en Nueva York cuando lo de Granada y *The New York Times*, el *Washington Post* y la televisión (privada) criticaron esa intervención. Los senadores demócratas estadounidenses también la condenaron. A los pocos días hubo una encuesta y se descubrió que la mayoría aprobaban la intervención... Los demócratas tuvieron que cambiar sus puntos de vista...

—¿Y no es triste que una nación aplauda a Reagan por la invasión a Granada?

—Podemos deplorar que los ingleses hayan apoyado a Chamberlain o a la señora Thatcher, pero no podemos negar que al hacerlo ejercían un derecho democrático. La democracia implica también el derecho a equivocarse, como en estos casos.

—Y el ejercicio de la crítica pareciera que está terminándose, ¿no lo cree usted?

—No creo que en los últimos tiempos se haya limitado la libertad en Estados Unidos. Acuérdesse usted de Watergate. Las fallas del régimen estadounidense son otras y son grandes. Hay dos contradicciones básicas que desgarran a Estados Unidos: la primera es la cuestión racial y la segunda, que afecta a su política exterior, es que, al mismo tiempo, es una democracia y un imperio. Hay una contradicción entre capitalismo y democracia, la lucha de los obreros durante el siglo XIX y gran parte del XX lo prueba. Pero esa contradicción no se ha resuelto, como en Rusia, a favor del poder opresor: hay democracia en Estados Unidos. Hay que defender esa democracia como hay que defender a la democracia mexicana, a pesar de sus imperfecciones. En fin, ¿usted cree que lo que estamos hablando lo podríamos decir en Checoslovaquia o en Polonia?

—Insisto con el ejercicio de la crítica: se está cerrando. O existe la crítica, pero no se le hace caso.

—La democracia —como todo lo que está vivo— está siempre en peligro. Sin embargo, la democracia abre la posibilidad de remediar los errores, mientras que el despotismo es incorregible. Si el pueblo estadounidense piensa mañana que fue un error lo de Granada, eso se reflejará

en las próximas elecciones. En cambio, los cubanos no pueden decir una palabra sobre la política de Fidel Castro en Angola ni los rusos sobre la intervención en Afganistán.

—Una pregunta que puede parecer una locura. Si, como dice en su libro, Estados Unidos es un país con rasgos propios y acentuada originalidad; si la URSS es un conglomerado de pueblos, cada uno con sus rasgos peculiares, ¿no le parece que América Latina puede ser una sola nación en un momento de su historia, sobre todo si se desliga de esas dos potencias? ¿América Latina tiene o no mayores posibilidades que esas dos naciones? O, ¿habrá uno —país o caudillo— que domine a los demás?

—Pregunta difícil. No soy profeta. Cuando era muchacho y estudiaba en la Preparatoria, creí en el iberoamericanismo. La figura de Vasconcelos sedujo a los jóvenes, porque nos habló del destino de América Latina y quiso resucitar el ideal de Bolívar. El iberoamericanismo es hermoso y es deseable, pero ¿es viable? Es verdad que nos unen la historia, la lengua y la cultura; también es verdad que nos dividen muchas cosas. No podemos cerrar los ojos ante las querellas de las naciones latinoamericanas y ante sus guerras estúpidas. Hay un ejemplo que me hace temblar: el de la Antigua Grecia. ¿Somos mejores que los atenienses y los espartanos?, ¿mejores que los antiguos mesoamericanos, en continua guerra entre ellos? Piense en el Templo Mayor de México, monumento de la guerra sagrada. Además, como usted dice, se corre el riesgo de que una nación monopolice el poder en Latinoamérica. Pero no hay que perder la esperanza. La salvación está en la unión.

—¿Cómo lograr esa unión, esa salvación, esa esperanza de América Latina? ¿Por dónde empezar?

—Con acciones concretas y limitadas. Por ejemplo, hay naciones que no son viables ni política ni económicamente. Parte de sus fracasos vienen de su falta de viabilidad. Las Antillas (Cuba, Puerto Rico y los otros pequeños países) son fragmentos rotos que un día volverán a asociarse. Entonces dejarán de ser instrumento del extranjero, sea Estados Unidos o Rusia. Lo mismo ocurre en los países de América Central.

Por una parte, sus economías —como las de Cuba y Puerto Rico— no son autosuficientes. Tampoco, salvo Guatemala y Costa Rica, tienen una identidad nacional y cultural acusadas. Por todo esto han sido víctimas de las grandes potencias. La unidad centroamericana —económica y política— sería el comienzo de la salud. La democracia podría ser la vía hacia la unidad. En Sudamérica los problemas son otros. En fin, hay un campo en el que la acción puede iniciarse desde ahora: el de la cultura. En esta esfera los gobiernos han hecho poco por la unidad del continente. En cambio, los escritores han hecho mucho. Hemos conservado la unidad de la lengua y le hemos dado vitalidad y universalidad. Hay una literatura latinoamericana desde Rubén Darío y aun desde antes. Esto es, me atrevo a decirlo, lo mejor que ha ocurrido en nuestros países.

Octavio Paz es considerado, por un grupo de intelectuales, como reaccionario. Le hacemos la pregunta y la respuesta es escueta:

—Reaccionario es un adjetivo, no una razón. Siempre creí —y creo— que mi interlocutor natural era el intelectual llamado de izquierda. Pero esos intelectuales no hablan con razones: contestan con adjetivos. ¿Son de izquierda?

—Quiere decir que no hay polémica.

—No la hay. No importa: de alguna manera mis amigos y yo somos oídos. En la revista *Plural*, la auténtica, criticamos a las guerrillas y nuestra crítica provocó un horrible escándalo. Sin embargo, dos años después nuestros escandalizados críticos repetían lo que nosotros dijimos, con la diferencia de que, cuando lo dijimos nosotros era reaccionario decirlo y ahora, cuando ellos lo repiten, es revolucionario. Igual pasó cuando denunciábamos los sistemas represivos soviéticos: se nos llamó agentes de Estados Unidos. Hoy el PSUM denuncia la intervención de Afganistán (aunque su declaración fue incompleta). Muchas de las posiciones que nosotros teníamos han sido adoptadas por nuestros críticos, aunque ellos nunca lo confesarán. ¡Hay tantos ejemplos! Durante mucho tiempo no se podía hablar de la persecución a los homosexuales en Cuba...

—¿Qué es lo que necesitan los intelectuales mexicanos de izquierda?

—Lo mismo que el PRI: ir a la escuela de la democracia, que es una escuela de crítica y tolerancia. ¿Por qué la izquierda no tiene votos y está encerrada en pequeños grupos universitarios? En primer término, porque el lenguaje que hablan no es el del pueblo mexicano, ni el de los obreros. Ahora han hecho una profesión de fe democrática; para que se les crea tienen que hacer una crítica severa de la Unión Soviética y de Cuba. También de Nicaragua. ¿Por qué la izquierda mexicana nunca les dijo a los sandinistas, con amistad, pero con energía, que eran alarmantes las tendencias de carácter burocrático y militarista del régimen? ¿Por qué no han hablado de la situación real de la clase obrera en Cuba? Naturalmente, para hablar de todo esto tienen, primero, que hacer un examen de conciencia. La democracia empieza en casa.

—Con todo y todo, ¿se siente usted de izquierda?

—Vengo del pensamiento llamado de izquierda. Fue algo muy importante en mi formación. No sé ahora... lo único que sé es que mi diálogo —a veces mi discusión— es con ellos. No tengo mucho que hablar con los otros.

La entrevista, por finalizar, es para que Octavio Paz explique el motivo de su libro, *Tiempo nublado*:

—Hay momentos en que se siente la necesidad de fijar nuestras ideas en un libro. La historia siempre me ha interesado. Este libro es el resultado de preocupaciones tan antiguas como yo mismo y de mi vida en el extranjero.

A Paz le ha tocado estar presente en acontecimientos mundiales: el nacimiento de las Naciones Unidas, la guerra civil en España, parte de la guerra en Estados Unidos. Ha sido diplomático y ha viajado por todos los continentes. Todo esto, nos dice:

—Ha marcado mi vida intelectual. Mi libro ha nacido de muchas reflexiones y experiencias.

Salimos de la casa del poeta. El tiempo sigue nublado. Leemos al cruzar la calle la dedicatoria al reportero: “Las diferencias no son enemistades...”



Fotografía de Rogelio Cuéllar,
ca. 1982.

EL DÍA DE LAS ELECCIONES

El seis de julio de 1988

el pueblo mexicano acude a las urnas para elegir presidente de la República Mexicana. Tres fuerzas opositoras se enfrentan: el Partido Revolucionario Institucional, PRI, con más de 60 años en el poder; el Partido Acción Nacional, PAN, de derecha, y el Frente Cardenista (hoy Partido de la Revolución Democrática, el PRD). Ese día, Octavio Paz, como cualquier ciudadano, cumple con los requisitos civiles que una nación reclama.

De traje azul, zapatos negros y camisa blanca, sin corbata, el poeta se presentó a votar, a las 12:22 horas, en Río Nilo 80, colonia Cuauhtémoc, a sólo una cuadra de su casa.

Era un domingo y apenas el lunes había regresado de Europa, después de los homenajes que por su obra le hicieron en España, Inglaterra y Francia. Tras dos meses de ausencia en México, el autor de *Árbol adentro* —su compilación poética más reciente— habla sobre las elecciones presidenciales. Esta es la síntesis de la conversación.

—No le voy a decir por quién voté: el voto es secreto.

—Pero sí me puede decir qué opina de la unificación de la izquierda (antes PSUM y ahora PRD) en torno a un candidato: Cuauhtémoc Cárdenas.

—Estoy contento porque se ha ido cumpliendo lo que ya algunos habíamos dicho hace ya muchos años, y por lo que fuimos injustamente criticados. Primero: que hay una evolución gradual —pero firme e

intensa— hacia la democracia. Segundo: por lo que toca a los partidos de izquierda, es positivo que se hayan unido en torno a un candidato: ojalá que más adelante se logren unir en torno a un programa común. Todavía los distintos grupos que apoyan al señor Cárdenas tienen programas muy heterogéneos.

—¿Usted cree que puede ganar Cuauhtémoc?

—No lo sé: no soy profeta. Pero sí puedo decirle que México vive un cambio gradual, irreversible, hacia una democracia moderna. Lo que estamos viviendo es una prueba de que las verdaderas reformas, los cambios profundos de un país vienen de abajo para arriba, y nunca de arriba para abajo; y que los cambios sociales implican también revoluciones culturales.

—¿Qué quiere decir con eso de revoluciones culturales?

—Revolución en las ideas, en la sensibilidad, en la manera de vivir, en las formas de relación. Lo más urgente para que esa gran reforma social se realice plenamente, aparte de lo puramente político, es hacer una reforma de las actitudes fundamentales de los mexicanos y, sobre todo, de la clase intelectual: que olvide el gusto por las generalizaciones excesivas, que se vuelva más tolerante. En una palabra: que deje de ser heredera de los teólogos neotomistas del siglo XVII.

—¿Por qué, a poco los intelectuales no...?

—A mi juicio, la clase intelectual mexicana no ha hecho una auto-crítica profunda de sus actitudes en los últimos 40 años.

El escritor llegó a la casilla 186 a las 12:15 horas. Mostró su credencial de elector. Se le reconoció inmediatamente, pero se le invitó a esperar su turno en la fila. A las 12:22 ya había terminado de votar. Después vendría la entrevista:

“La tendencia en todo el mundo es ir hacia el centro como tendencia política. Lo mismo en España —donde los socialistas tienen el poder—, que en Francia, e incluso en un país donde el Partido Conservador ha ganado hace muchos años: Inglaterra con Margaret Thatcher. Si se le observa bien, su política ha ido cambiando gradualmente. Ya no favorece sólo a las clases ricas, sino a otros grupos. Además, el Partido Laborista

británico ha modificado sus puntos de vista de hace algunos años. Lo mismo ocurre en Italia. Todo esto es positivo. Ojalá que las organizaciones de izquierda en México —aunque sea tardíamente— se den cuenta de esta evolución del mundo.”

—Pero los cambios más importantes se están dando en la Unión Soviética y...

—En la Unión Soviética y en China: es ahí donde han sido decisivos los cambios en materia económica y política. Estos cambios me parecen importantísimos. Confirman lo que ya habíamos dicho algunos y por lo cual fuimos muy injustificadamente atacados: estoy esperando que alguna de la gente que me ha calumniado de un modo tan violento en los últimos años, rectifique.

—Se habla de Carlos Salinas de Gortari como el “último emperador” del PRI. ¿Así lo siente usted?

—Me niego a llamarlo emperador, desde luego. Creo que ha habido una evolución gradual en el sistema político mexicano, que empezó con la rebelión estudiantil, en 1968, continuó con la apertura del señor Luis Echeverría y, de alguna manera, con la política de los señores José López Portillo y Miguel de la Madrid. Hemos dado pasos hacia la democracia.

—¿Cuál democracia?

—Creo que el país está destinado a convertirse en una democracia moderna, pluralista, y esto con las implicaciones de orden social, cultural y económico que lleva consigo la democracia moderna. No entender esto es cerrar los ojos ante la realidad, no sólo de México sino del mundo entero.

—¿Y cuál es ese modelo de democracia, hay algún país como ejemplo?

—Creo que todo está en crisis en el mundo moderno, incluido el concepto de democracia: entre todos tenemos que inventarla. Las bases están dadas. Ya se lo dije antes: el cambio es irreversible hacia esa nueva democracia moderna y pluralista.

Paz no acepta más preguntas. Promete, muy pronto, que hablaremos en otra ocasión; no de política, sí de lo que está más interesado: la literatura y la poesía.

Fotografía de Rogelio Cuéllar,
ca. 1981.



CARLOS SALINAS: LA HISTORIA DE UNA DEUDA

En Madrid, corría el año de 1989

cuando el presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, pedía desde aquí al mundo comprensión y ayuda para el pago de la renegociación de la deuda externa mexicana que, en esos momentos, ascendía a 76 mil 59 millones de dólares. “Tecnócrata audaz y pragmático”, según el *Diccionario enciclopédico Asuri*, logró la presidencia de México en 1988 “en dura pugna con Cuauhtémoc Cárdenas, representante del Frente Cardenista” (que después se convertiría en el Partido de la Revolución Democrática, PRD). Salinas, desde el principio de su mandato logró consenso internacional de los gobiernos más poderosos de la tierra y el apoyo de los bancos internacionales y el Fondo Monetario Internacional, el FMI. Para el 4 de febrero de 1990, desde la residencia de Los Pinos, en México, Salinas de Gortari anunciaba al pueblo mexicano, a través de la televisión, la firma de un convenio de renegociación de los plazos de vencimiento de la deuda. Pedro Aspe, secretario de Hacienda, afirmaba que la deuda había dejado de ser un problema para México. Hasta marzo de 1996, la deuda externa mexicana es de 90 mil 698.5 millones de dólares.

Aquel año de 1989, Octavio Paz se encontraba en España participando como presidente del jurado del Premio de Poesía Internacional Fundación Loewe. Su opinión alrededor de la deuda mexicana era contundente:

“Ni el Fondo Monetario Internacional, ni los bancos privados a los que México debe tienen por qué condonar la deuda. Condonar no,

pero sí debemos pedir que la pagaremos a su precio real: la mitad de lo que nos cobran; porque la deuda se ha devaluado; y cobrarnos la mitad de esa deuda de México, sería lo justo.”

“El problema de la deuda no sólo es de carácter económico, sino también político: porque lo que está en juego es, ahora, la estabilidad de toda América Latina. No creo que a ningún país —Estados Unidos, la Europa occidental, otro cualquiera— le convenga una América Latina inestable, de perpetua revuelta, como está ocurriendo ya en lugares como Argentina...”

—Respecto a México...

—Respecto a México, quiero decir que la política del gobierno —antes con Miguel de la Madrid y ahora con Carlos Salinas de Gortari—, ha sido la más acertada para tratar el tema de la deuda. Y que la política de los críticos del gobierno, que pretendían que no se pagase, no sólo era disparatada, sino suicida. Creo que ya algunos se han arrepentido de sus declaraciones prematuras que hablaban de no pagar la deuda...

—¿Perú es un mal ejemplo al no pagar la deuda?

—Sí, por supuesto: creo que Perú, lo que ha hecho el gobierno de Alan García, es lo que no debemos hacer en México. Lo que pasa en Perú es lo que nos pasaría en México, si no existiera una política mexicana como la actual.

—Mario Vargas Llosa ha proclamado oficialmente su candidatura a la presidencia peruana. ¿Tiene alguna opinión?

—Es heroico lo que hace Vargas Llosa, es admirable, aunque no creo mucho en la actividad política de los intelectuales. Esperemos que le vaya bien, por el bien de Perú.

—El caso es que las recetas del Fondo Monetario Internacional y de los bancos privados siguen siendo duras contra los países pobres.

—Sí, pero mire, creo que el gran problema es saber si nuestros acreedores van a tener visión histórica, visión política... o no la van a tener: provocarían una catástrofe extraordinaria. Pero si tienen esa visión política, tendrán que ceder, tendrán que entender que es absurdo pagar esas sumas que piden, es absurdo; y tendrán que aceptar que pagaremos

lo justo, y lo que podamos, si no quieren exponerse ellos —y nosotros— a males más graves.

—Los males ya están en América Latina y...

—La responsabilidad de la deuda es colectiva, es de todos; es una responsabilidad que no debe negarse como mexicano, de los gobiernos mexicanos que usaron mal ese dinero; lo gastamos mal. No solamente en la corrupción —aunque hubo mucho de eso— sino en una política económica equivocada. Pero, hay que decirlo, tampoco la política económica de los grandes países industrializados ha sido sabia: ellos han provocado muchas crisis mundiales. Y van a seguirlas provocando. Además, ellos, los banqueros, prestaron con poca precaución esas sumas. Lo hicieron porque era un negocio para ellos, porque tenían dólares de sobra que venían de los árabes, del petróleo árabe. Eso es todo: quisieron especular y les salió mal la inversión.

—¿Hay neocolonialismo hacia América Latina?

—No. Pero América Latina debe profundizar, reflexionar el papel que la clase intelectual ha jugado en estos tiempos de crisis. Porque creo que la clase intelectual tiene una responsabilidad muy grande de lo que ocurre en nuestros países. Intelectuales que han sido irresponsables y que lo siguen siendo.

—Los intelectuales no han gobernado en México.

—No, pero han opinado, han aconsejado. Y lo han hecho mal: ahí está su error. Ahí es donde se debe profundizar, reflexionar...

Paz pide terminar la conversación. Aurelio Asiain gana el Premio Internacional de Poesía de la Fundación Lowe. Paz comenta el avance de la novela sobre la poesía, pero afirma que la poesía es lo que el ser humano busca cuando hay crisis, crisis de orden mundial. Y denunció el “afán comercial” de convertir a la literatura en parte de “un mercado, un mercado del arte literario, contra lo que hay que luchar”.

¿LES HAN DADO LA TIERRA?

Desde Estocolmo,

habla de la política de Carlos Salinas de Gortari, “que ha sido demasiado lenta”; de la Revolución mexicana, “que son muchas revoluciones”; del Partido Revolucionario Institucional y la oposición, “que deben aprender a democratizarse”; y de un tema fundamental, los campesinos: “a los que hay que devolverles la tierra y tratarlos como adultos y no como menores de edad”, ni “agentes políticos” en manos del PRI.

El Nobel de Literatura 1990 reconoce que “hay que mantener una distancia con el *Príncipe*, desde luego”. Pero “no hay que negar los aciertos que el gobierno pueda tener. No sólo hay que ejercer la crítica negativa”. Y hace un repaso al papel de los intelectuales frente al poder.

—Recuerdo una entrevista suya, en *Proceso*, hace ya muchos años. Ahí hablaba de la necesidad de los intelectuales de “mantener la distancia frente al *Príncipe*”, el poder, el gobierno. ¿Cuál es esa distancia de un escritor frente al gobierno, un presidente, el poder?

—Los escritores no son voceros de nadie. Son su propia voz. Sí, hay que mantener la distancia frente al *Príncipe* pero eso no significa tener una posición puramente negativa frente a todo lo que haga el poder. Cuando el Estado hace algo bien, hay que tener el valor de decirlo. La política es una cuestión de decisiones concretas, particulares, más que ideológicas. No tiene uno por qué tener miedo a decir lo que se piensa. Siempre ha habido dos actitudes de los intelectuales frente al poder. Por

ejemplo, en los Estados Unidos, ellos casi nunca han tenido posiciones políticas. Y en México, más bien, ha sido al revés: todos los intelectuales, o casi todos, opinan de política. Lo mismo sucede en el resto de América Latina y, en menor medida, en España, aunque últimamente cada vez menos.

—Le preguntaba esto porque hay quienes piensan que usted no ha mantenido esa distancia ante el poder: quienes señalan que usted está, hoy, muy cercano al gobierno. Incluso alguna prensa española lo califica de “salinista”. ¿Qué respondería a todo esto?

—Que apruebo gran parte de la política del presidente Salinas. Me parece que su política económica ha sido acertada, en general. Y, desde el punto de vista democrático, Salinas, lo que ha tratado de hacer es, fundamentalmente, introducir la Reforma Política.

—Eso ya lo ha dicho otras veces. Pero ¿cuál es la crítica al actual gobierno?

—Mi crítica a la política de Salinas es que ha sido demasiado lenta. Eso sí. Y que todavía hay muchas irregularidades. Eso sí.

—¿Qué irregularidades?

—No es perfecto, ni sano, lo que ocurrió, según parece, en las elecciones pasadas de algunos estados de México. Pero ya que hablamos de esto, eso no es sólo un tema del Estado mexicano, o del gobierno. Es difícil de corregir todo porque todo viene de lejos, es muy antiguo. Tiene raíces históricas. El pueblo mexicano muy pocas veces ha gozado de libertades, de democracia. No tenemos tradición democrática. Lo mismo ocurrió en la España del siglo XIX.

—En México, el PRI...

—En México, el PRI nació para evitar las dictaduras y las asonadas militares. Eso es un hecho. Pero con los años, la hegemonía del PRI creó una clase política que, además, era una clase burocrática, la que tenía un enorme acceso al poder económico: eso es lo que ha sido difícil de corregir. Eso es lo que produjo la corrupción.

—Nació el PRI en un país sin tradición democrática. Sigue el PRI y continúa la “democracia imperfecta”. ¿Cuándo vamos a tener una democracia plena, moderna?

—Eso es lo que yo me pregunto. Eso es lo que quiero, lo que quisiera.

—La lentitud, ¿viene por la hegemonía del PRI, o por el gobierno actual?

—Es un problema del aparato del partido. Y, en segundo lugar —pero no menos importante—, por los propios partidos de la oposición, y la sociedad en su conjunto. Creo, sin embargo, que la sociedad mexicana va adelante del gobierno y de los partidos, adelante del PRI y de los partidos de oposición.

—Vayamos por partes. Dice usted partidos de oposición. La izquierda, ¿cómo la contempla?

—La izquierda mexicana tiene que aprender, también, a democratizarse. Desde luego, el PRI tiene que democratizarse, tiene que modernizarse: no lo está haciendo. O lo hace, pero muy lentamente. Pero la izquierda también debe democratizarse.

—¿Y la derecha, el PAN?

—El PAN es un partido conservador. Bueno, ellos sí hicieron una autocrítica de sus orígenes autoritarios. Han sido mucho más democráticos que los otros partidos. Pero hay cosas, desde luego, que no puedo compartir, con las que no puedo estar de acuerdo con el PAN. Por ejemplo: uno de los grandes problemas de México es la natalidad. Y ellos están contra el control de la natalidad: yo estoy a favor de ese control, sin excluir la despenalización del aborto. Pero el PAN ha sido autocrítico. Lo que no ha hecho la izquierda: sus intelectuales, sus dirigentes, nunca han hecho una crítica de su política pasada. Y tampoco tienen mucha autoridad moral cuando hablan de democracia. Porque los partidos políticos que siguen pensando que hay que defender a Fidel Castro, por ejemplo, y que hay que defenderlo por sobre todas las cosas; esos partidos tienen poca calidad moral para hablar de democracia.

—¿Se atrevería a decir que es el PRI el que nos va a llevar hacia una democracia moderna?

—No: el PRI tiene que cambiar. Debe ser un partido como los otros. O desaparecer.

—Si el PRI cambia, si la izquierda también se democratiza, ¿hacia dónde vamos?

—Hacia un Estado democrático, moderno, pluripartidista. Y no sólo eso: México caminará rumbo a una sociedad moderna.

—En su discurso ante la Academia Sueca, habló de la Revolución mexicana. Pero no tocó el problema agrario de los campesinos de México. El campo ha sido uno de sus temas, en ensayos. Háblenos de eso. ¿El campo es un problema aún sin resolver, o sí?

—Mire usted: mi padre fue zapatista, y recuerdo que en el programa de Zapata no se habló nunca del ejido bajo el control de los bancos y menos de un partido político oficial. Ése fue el programa de Lázaro Cárdenas. Él, con buena fe, hizo una adaptación de los “koljos rusos”, las comunidades estatales soviéticas. La colectivización de la agricultura arruinó a Rusia y el ejido, en México, casi siempre es improductivo.

—¿No estará usted en contra del ejido?

—No. El ejido es bueno, pero hay que darles autonomía a los campesinos. Porque a los campesinos se les ha sometido económica y políticamente. Los han convertido en permanentes menores de edad. Los primeros fueron los españoles, con los mejores propósitos: las Leyes de Indias. La monarquía española quería disminuir el poder feudal — como todas las monarquías absolutas— y también el de la Iglesia. De ahí que haya reconocido la propiedad de los pueblos sobre la tierra. Después, la Revolución en cierto modo restauró las Leyes de Indias con la Reforma Agraria. De nuevo y con las mejores intenciones los campesinos volvieron a ser tratados como menores. Les concedieron el usufructo de las tierras sin la propiedad plena: los han convertido en instrumentos de la política oficial.

—El gobierno, el PRI, los tiene en su poder.

—Sí. Y parte del poderío del PRI se debe a ese monopolio sobre los campesinos. Una de las formas de democratizar a México sería devolverles las tierras a los campesinos.

—¿Me lo repite?

—Claro: hay que devolverles a los campesinos la propiedad de la tierra.

—Sería como regresar otra vez a uno de los principios de la Revolución mexicana.

—Los campesinos dejarán de ser menores de edad y así comenzaría su modernización. No olvide que no hay una Revolución mexicana: hay muchas. Una, la revolución democrática de Madero, que aún no se realiza. Otra, la modernización económica que comenzó Plutarco Elías Calles y que está ahora en vías de realizarse. Ésas son las dos grandes herencias de la Revolución.

—También hubo una revolución cultural, ¿o no?

—Por supuesto. Fue un fenómeno cultural al que le debemos algunas de las cosas más importantes que han sucedido en nuestro país. Es una herencia de la que no se debe renegar. En primer lugar, la literatura, como la poesía de Ramón López Velarde, que no es concebible sin la Revolución mexicana. A su lado, la pintura, no sólo la de los muralistas, sino la de los otros también: Tamayo, María Izquierdo, Frida Kahlo, etcétera. Y, finalmente, la literatura mexicana moderna, que es nieta de la Revolución mexicana.

—¿Ejemplos de la actual literatura?

—Hay muchos: las novelas de Carlos Fuentes... la novela de Juan Rulfo... la poesía de los jóvenes...

Octavio Paz sonríe. Llega su esposa Marie-José. Termina la entrevista. A menos un grado de la temperatura, el frío no se siente en el Grand Hotel. Pero afuera, el Báltico sólo es parte del paisaje gris, gélido: ¡Cuánta falta nos hace un abrigo!

DEL MERCADO DEL ARTE

Junto a algunos poetas,

escritores y artistas, luchó contra las ideas del llamado “realismo socialista”, primero y después, contra la idea de Sartre alrededor de la “literatura comprometida”. Pues bien, desde El Escorial, en Madrid, en julio de 1990, el poeta y ensayista mexicano Octavio Paz empezó otra lucha. Lo dice él mismo:

“Hoy las artes y la literatura se exponen a un peligro distinto: no las amenaza una doctrina o un partido político omnisciente, sino un proceso económico sin rostro, sin alma y sin dirección... Es el mercado del arte... ciego y sordo, no ama a la literatura ni al riesgo, no sabe ni puede escoger. Su censura no es ideológica: no tiene ideas. Sabe de precios, no de valores... ha llegado la hora de comenzar una forma radical, más sabia y humana, de las sociedades capitalistas liberales... y disipar la pesadilla circular del mercado.”

En el discurso inaugural de los cursos de verano de la Universidad Complutense de Madrid, celebrados en El Escorial, Paz arremete contra el mercado del arte y, muy especialmente, contra la concepción de la poesía como un valor nulo desde el punto de vista económico. Dijo:

“Poemas: forma verbal de poca utilidad y vil precio. Poesía: gasto, dispendio, desperdicio. No obstante, contra viento y marea, la poesía circula y es leída. Rebelde al mercado, apenas si tiene precio; no importa: va de boca en boca, como el aire y el agua. Su valía y su utilidad no son

mensurables: un hombre rico en poesía puede ser un mendigo. Tampoco se pueden ahorrar poemas: hay que gastarlos. O sea: decirlos.”

Una semana dedicaron a la vida y obra de Octavio Paz en estos cursos de verano. Haroldo de Campos, Anthony Stanton, Maya Shärer-Nussberger, Manuel Ulacia, Luis Rosales, Enrico Mario Santi, Ernesto Franco, Eduardo Milán, Pere Gimferrer, Blas Matamoros, José Luis Panero y el propio Paz estuvieron en los debates.

Las ideas estéticas del poeta mexicano, su teoría poética, su pensamiento político y filosófico y su vida fueron los temas a dilucidar.

Sin duda su discurso, por novedoso al arremeter contra el mercado del arte, fue tema de discusión: Paz se pregunta:

“Hoy somos testigos, según todos los signos, de otro gran cambio. No sabemos si vivimos el fin o la renovación de la modernidad... ¿Cuál podrá ser la función de la poesía? Si, como creo y espero, nace un nuevo pensamiento político, sus creadores tendrán que oír la *otra voz*. Fue inoída por los ideólogos revolucionarios de nuestro siglo y esto explica, en parte al menos, el gran fracaso de sus proyectos... cada poema es una lección práctica de armonía y de concordia, aunque su tema sea la cólera del héroe, la soledad de la muchacha abandonada o el hundirse de la conciencia en el agua quieta del espejo.

”La poesía es el antídoto de la técnica y del mercado. A esto se reduce la que podría ser, en nuestro tiempo y en el que llega, la función de la poesía. ¿Nada más? Nada menos.”

Octavio Paz leyó su texto intitulado *La otra voz*, ante alrededor de 500 personas inscritas en los cursos de verano. La defensa de la poesía era su contenido. Defender la poesía frente al mercado. Y concluía con cierta incertidumbre:

“Mientras haya hombres, habrá poesía. Pero la relación puede romperse. Nació de la facultad humana por excelencia, la imaginación, puede quebrarse si la imaginación muere o se rompe. Si el hombre olvidase a la poesía, se olvidaría de sí mismo. Regresaría al caos original.”

¿Se unirán a esta lucha aquellos que creían en el “realismo socialista” o en la “literatura comprometida”? ¿Aceptarían que Octavio Paz puede

tener razón en la necesidad de “reformas radicales de las sociedades capitalistas liberales” para quitar el peligro que se cierne por hacer del arte y la literatura vil mercado? ¿Tiene la razón el poeta cuando dice que aquellas cuestiones ideológicas, “que hubo necesidad de fumigarlas con crítica”, ya están finiquitadas?

Nuevamente el polémico Octavio Paz levanta el debate.

Fotografía de Rafael Doniz, 1987.



ANDRÉ BRETON: ECOS DEL SURREALISMO

“El acto surrealista más simple consiste en bajar a la calle, revolver en mano, y disparar al azar tanto como se pueda contra la multitud...”

“Yo escribí esa frasecita pensando en los guerrilleros mexicanos y en el humor negro que se manifiesta en México por todas partes.”

ANDRÉ BRETON

Los franceses siempre

han sentido fascinación por un México que era real y era inventado, fantástico. Los casos más notables son: Antonin Artaud, André Breton y Benjamin Péret, que vivió en México, marido de Remedios Varo; este último tradujo el *Chilam Balam* y *Piedra de sol* y escribió un libro sobre los mitos de los indios americanos y un gran poema sobre nuestro país: *Aire mexicano*. Editorial Aldus lo publicó junto con una antología de sus cuentos. (*Aire mexicano*, por cierto, es una muy buena traducción de José de la Colina.)

Octavio Paz comenta, en el centenario del nacimiento de André Breton (1896-1966):

—... Esta fascinación llega con el nacimiento de la poesía moderna en Francia: en Baudelaire ya hay alusiones, cuando se refiere al pintor Delacroix habla del sacrificio ritual, del sacerdote azteca y de los sacrificios humanos...

Después, hay muchos poetas que se han interesado profundamente en nuestra tierra: Robert Desnos, por ejemplo, que murió en un campo

de concentración (alemán) y fue un gran amigo de Alejo Carpentier. En realidad, el primer surrealista que conocí fue Desnos, por Carpentier, en Europa, allá por los años treinta.

En el caso de Breton esa fascinación viene desde su infancia: siendo adolescente, leyó un libro del siglo pasado: *La vie sauvage au Mexique / Costal l'Indien ou les lions mexicains / Grand Roman dramatique par Gabriel Ferry*,* publicado por una editorial francesa el siglo pasado. Es una historia que sucede en México, de un autor que en su época fue muy popular entre los adolescentes y en la cual el héroe, el personaje principal, es un indio, una especie de ser mítico... A Breton todo esto se le quedó grabado en su memoria afectiva, no solamente intelectual, sino en la memoria del corazón, de los sentimientos. De ahí viene en Breton esa especie de sueño mexicano ligado a su infancia.

Creo muy importante ver los mitos de un escritor que vienen de sus sueños, por una parte, y de sus obsesiones infantiles o adolescentes, como el caso de Breton. Aunque él participa de esta gran tradición francesa de interés por México —Artaud, Péret, Bowsler, Rimbaud—, en Breton tomó una forma mucho más extraña, no diré más intensa, pero sí en la forma del sueño, de la ensoñación. Breton encontró en México, en primer lugar, lo que él llamó el humor negro y, además, descubrió a José Guadalupe Posada; le pareció que Posada era uno de los grandes creadores de ese género del humor negro.

—Perdón pero, ¿no fue otro francés, Jean Charlot, el descubridor de Posada en México?

—Es cierto: Jean Charlot fue el descubridor de Posada. Pero Breton le dio una dimensión distinta. Como lo hizo con el arte mexicano en general y con los retablos en particular. La casa de Breton en París —un departamento muy pequeño donde no cabían los objetos, muchos estaban a veces debajo de la cama, por ejemplo— estaba llena de cuadros. Ahí me enseñó a José María Estrada, en una obra que luego vendió. Breton fue un gran

* *La vida salvaje en México / El indio costal o los leones mexicanos / Una gran novela dramática* de Gabriel Ferry. Editorial Library Ilustré.

aficionado al arte precolombino y, especialmente, al mexicano. Él escribió de Rufino Tamayo, cuando tuvo su primera exposición en París.

La primera exposición de arte mexicano la organizó él. En la revista *Vuelta* le dedicamos hace un año (1995) un número especial donde publicamos el texto de presentación que André Breton escribiera para aquella muestra que incluía fotografías de Manuel Álvarez Bravo —otro descubrimiento de Breton—, muchos objetos de arte popular, arte precolombino, prehispánico... y Frida Kahlo.

La exposición fue realizada en la Galería de Pierre Colle, un aficionado a la pintura moderna que fue amigo de Max Jacob y de Balthus, el pintor; estaba casado con una muchacha mexicana, Carmen Corcuera. Aquella muestra fue un acto de admiración y de respeto de Colle a Breton... y un homenaje a su mujer. Toda una constelación de circunstancias que explican los fenómenos, ¿no lo cree usted?

—¿Y esas cartas en las que Frida Kahlo habla mal de André Breton?

—Son unas cartas dirigidas por Frida a un amigo americano, donde la pintora pone verde a Breton. Sí, existen, pero están escritas después del pleito de Diego Rivera con Trotski. Recuerde usted que Trotski cometió la ingenuidad de escribirle a Frida pensando que se iba a poner de su lado en aquella disputa. Este tema ha sido mal usado en México por algunas personas, que no sé por qué razones han adoptado esa actitud usando esta carta, estas expresiones bastante bajas, por lo demás, de parte de Frida. La misma Frida que vivió alguna época en la casa de los Breton y después se fue. Insisto: fue una carta escrita cuando ya Diego Rivera se había peleado con Trotski. Breton continuó fiel a la memoria de Trotski. Ésa es la explicación a todas estas cosas.

—¿Y qué tan cierto es que Frida sea surrealista? Hay quienes dicen que no.

—Frida es una pintora que tiene mucho que ver con la tradición surrealista. No se es surrealista porque uno escoja ser surrealista; se es surrealista —en general— por fatalidad. En el caso de Frida fue por eso. Hay en Frida, en primer lugar, la influencia enorme de la pintura académica; por otra parte, cierto mexicanismo con Diego, pero sobre todo esa fantasía,

ese humor que tiene ligas con el surrealismo. Por eso le impresionó a Breton. El primer artículo importante de la crítica internacional sobre Frida fue de André Breton.

—¿Qué “fatalidad” llevó a Octavio Paz al camino surrealista?

—Mi caso fue muy distinto. Lo explico en el pequeño libro *Estrella de tres puntas. André Breton y el surrealismo*, que *Vuelta* publicó este año [1996]. Yo llegué en un momento de crepúsculo del surrealismo. Hablando alguna vez de esto con Luis Buñuel —él, que había entrado en el mediodía del surrealismo—, nos preguntamos: “¿Por qué entraste tú?” “¿Por qué entré yo?” Llegamos a la conclusión de que los dos habíamos entrado por razones no únicamente de orden estético, sino también de orden moral. Nos parecía que era una moral profunda la moral surrealista. Porque hubo una moral surrealista.

—¿Era una respuesta a la violencia?

—En cierto modo, el surrealismo también era violento.

—Sí, pero pacífico.

—Era una violencia de otro tipo. Quizá no una renuncia a la violencia, pero sí una respuesta al callejón sin salida en que nos había colocado la historia, que no ha cambiado sustancialmente. Sin embargo, el surrealismo agotó su poder magnético, aunque creo que el surrealismo no se puede reducir a una escuela pictórica, a una escuela artística... El surrealismo forma parte de la historia de la literatura del siglo XX, pero en otro sentido. En un sentido más profundo, corresponde a ciertas actitudes del espíritu humano.

—¿Qué queda de nostalgia y qué de actualidad?

—Lo que queda de actualidad del surrealismo es su porvenir, que es una actitud del espíritu, una actitud de la conciencia que va a resucitar. No sé cómo, pero va a resucitar un buen día. Muchos de los grandes artistas del pasado tienen rasgos, diríamos, surrealistas. Y lo que más se parece al surrealismo es el romanticismo.

En realidad, el surrealismo es la última expresión del romanticismo. Si uno lee a los poetas románticos o ve a los pintores románticos, encuentra inmediatamente que hay una especie de línea subterránea que

va del romanticismo al surrealismo, pero que tiene explosiones a lo largo del siglo XIX. De pronto surgen escritores o pintores o poetas que tienen que ver con la tradición surrealista.

—¿Nunca será nostalgia?

—No sé si pueda haber nostalgia cuando, en realidad, el surrealismo nace de la nostalgia: la nostalgia de la edad de oro, de la edad inocente. En el fondo del sueño surrealista existe el sueño del paraíso pero, al mismo tiempo, es un acto del espíritu, con una gran rebeldía frente a las normas racionales de la sociedad occidental.

—Le pregunto esto porque creo que todos los movimientos artísticos tienen líderes para llevar a cabo sus propuestas. ¿Existe en la actualidad un liderazgo hacia cualquier propuesta surrealista?

—Lo que pasa es que el surrealismo ya no existe. Fue oficialmente nuestro amigo Jean Shuster quien declaró que el surrealismo desaparecía como actividad surrealista y quedaba como aventura interior, individual. Y de esa manera sigue. Por ejemplo, hay ecos del surrealismo en los poetas *Beat* (Kerouac, Burroughs, Ginsberg), hay muchos actuales en el arte moderno, la pintura moderna, la moral moderna: el gusto por la espontaneidad, por la inspiración.

—El *performance*, la instalación...

—Todo arte como provocación tiene que ver con el surrealismo, pero sobre todo, yo diría, con la inspiración.

PABLO NERUDA: JUZGAR AL POETA, NO AL POLÍTICO

No hay mejor manera

de conocer a un poeta que a través de su poesía. Y así fue el primer encuentro con Neruda. Una prima de Paz declamaba en su casa los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

—¿*Quién es?*, preguntó.

—*Un chileno*, le contestaron.

Pasó el tiempo. Octavio Paz estudiaba en la Preparatoria. Se interesó por leer a Neruda en revistas, entre otras en *Contemporáneos*, donde se publicó una vez su poesía. Al final, llegó la revelación de su gran libro: *Residencia en la tierra*. “Con otros poetas un poco mayores que yo, hablamos mucho del poeta chileno.”

“Xavier Villaurrutia reprochaba la *facilidad* con que estaba escrita la poesía de Neruda. Incluso llegó a escribir una serie de anotaciones en torno a *Residencia en la tierra* e hizo una especie de parodia que decía más o menos así:

”*Sobre la luz artificial blanca; sobre el cono de la sombra, y el cuadrante con la etiqueta del sol vienes volando...*

”Era jugar un poco con lo que Neruda escribió:

”*Alberto Rojas Jiménez viene volando entre plumas que asustan, entre noches de magnolias, entre telegramas, entre el viento y el sur y el oeste marino, vienes volando...*

”Neruda tuvo una gran influencia en muchos poetas. También en mí, sin duda, y en mis amigos. Cuando se habla de Pablo, se habla del realismo y del surrealismo. Pero todo eso no es tan cierto; más bien veía la realidad de un modo extraño, fantástico y cotidiano. Neruda tenía los ojos abiertos y cerrados al mismo tiempo. Los ojos del sonámbulo. Y con esos ojos penetraba en la realidad”. Octavio Paz publicó *Raíz del hombre*. Se lo envió a Neruda y supo, posteriormente, que le había gustado. El primer encuentro entre ellos fue en París, ya iniciada la Guerra Civil, durante el Congreso Antifascista de Escritores. La comisión organizadora en la que estaba Neruda invitó a dos poetas mexicanos: Octavio Paz y Carlos Pellicer.

En París hablaron por primera vez: “Esa noche nos llevó a cenar y declamó un poema suyo. Ya no era el mismo tono de *Residencia en la tierra*, aunque la técnica, el lenguaje y la retórica eran parecidos. Los temas eran de orden social, la lucha de los milicianos españoles. Al día siguiente fuimos a la embajada de España. Ahí conocí a Luis Buñuel.

”En España surgió nuestra gran amistad. Descubrí que Pablo era muy celoso de sus amigos; que tenía aires de gran pez, enorme pez de las profundidades, con un sentido del humor extraño que, muchos años después, se reflejaría en uno de sus libros que más me gustan: *Estravagario*. Ese sentido del humor lo tenía también en sus conversaciones.

”Era un hombre generoso, celoso, de humor extraño, extravagante, de ninguna manera corrosivo, sino el humor del que ve la parte insólita de la realidad. En él había dos temperamentos: uno romántico y otro humorístico; la unión de esta mirada extravagante y pasional es lo mejor y lo peor de su poesía.”

En 1940 llegó Neruda a México como cónsul general: “Uno de sus primeros amigos fui yo. Lo veía con mucha frecuencia. Y de ahí vienen las primeras dificultades con Pablo, que fueron de orden personal, y político; de eso no quiero hablar: ya he dicho lo que había que decir en algunas ocasiones”.

La amistad de Octavio Paz y Pablo Neruda terminó en 1941. Pasaron 20 años para que se volvieran a encontrar. Y, al contrario de lo que muchos creen, volvieron a ser amigos después de 1967.

—¿Qué fue lo que pasó entre ustedes?

—Me molestaron varias cosas de Neruda: sus celos amistosos; sus reproches porque, me decía, yo era amigo de todos los que cultivaban el arte purismo. Él era enemigo de todo eso. Hubo largas discusiones de orden estético, agravadas por la publicación de *Laurel* por la editorial Séneca, dirigida por su enemigo Bergamín. Claro, las discusiones estéticas en el fondo eran discusiones de orden político. Pablo padeció la enfermedad del estalinismo. Por esto fue intolerante e injusto. Aquél que no estuviera con él, era un reaccionario. Los trotskistas eran agentes de Hitler. Todo esto provocó el estallido entre los dos. Me lanzó algunas flechas en *Canto general*. Yo también le contesté en algunos artículos. No volvimos a vernos sino hasta 20 años después. Sabía que de vez en cuando me honraba con su profunda antipatía. Furioso, se levantaba de la comida si alguien hablaba bien de mí.

—¿Y cómo se volvieron a encontrar?

—Con los años, él cambió. Vino el Vigésimo Congreso del Partido Comunista, en el cual se habló de los crímenes de Stalin. Esto seguramente debió haber hecho reflexionar a Neruda. Supe por un amigo escritor francés que Neruda le había dicho a Louis Aragon: “Bueno, Kruschef nos ha bajado del caballo”.

En 1967 hubo un festival en Londres al que estaban invitados muchos poetas, entre ellos Neruda y yo. Nos hospedaron en el mismo hotel. Un día, en un corredor, tropecé con su mujer, Matilde Urrutia:

—*Tú eres Octavio Paz, ¿verdad?*

—*Sí. Y tú eres Matilde ¿verdad?*

—*Sí. Y ella, ¿es tu mujer Marie-José?*

—*Sí. Mucho gusto.*

—*¿Ya saludaste a Pablo?*

—*No me atrevo a saludarlo.*

—*Pero tú eres más joven que él... tú eres el joven, tienes el deber.*

—*Bueno, sí, pero yo no sé si me va a recibir con un disparo.*

—*Tè va a recibir con un abrazo... Vengan conmigo.*

Neruda estaba en una pequeña suite en el hotel. Matilde le llamó:

—*Pablo, aquí está Octavio Paz, que te viene a saludar.*

Neruda se levantó y dijo:

—*¡Hijito! Pero, no has cambiado nada. Te ves muy joven.*

—*Tú eres el que no ha cambiado nada.*

Todo era mentira, los dos estábamos muy cambiados: habíamos envejecido. Le presenté a mi mujer. Conversamos de cosas insignificantes. La música por dentro. Todo fue muy conmovedor. Él se tenía que ir ese día. Desde entonces jamás dejamos de enviarnos saludos con amigos comunes. Lo último que recibí suyo fue su libro: *Las piedras del cielo*, con una pequeña dedicatoria que decía: “Un abrazo, quiero saber de ti”, fechada en 1971.

Esto fue lo último. Murió al poco tiempo. Siempre lo recuerdo con cariño. No puedo olvidar que fue uno de los primeros que habló bien de mi poesía, que fui al Congreso Antifascista de Escritores un poco por él. Y, claro, es una de las figuras esenciales de nuestra poesía.

Recordarlo es emocionante. Antes de nuestro rompimiento, un día que era el de mi cumpleaños, se presentó a la puerta de mi casa con Delia del Carril, María Izquierdo y un organillero que nos tocó un viejo vals. Le encantaba comer y beber. Era un gran propagandista del vino chileno —era cónsul de su país—. Asocio esos días con la paella en el jardín de Pablo, el vino tinto y con los juegos. Se había puesto de moda el juego de los personajes. ¿Lo conoce? Se trataba de imitar a Alejandro, a Galileo, a Buster Keaton, a Greta Garbo... Neruda era muy bueno para imitar a los personajes de la época. Iba mucha gente a esas reuniones: María Izquierdo, Luis Enrique Délano, varios españoles.

“En Neruda hay que juzgar al poeta, no al político”, sostiene Octavio Paz.

—¿Por qué?

—Porque en política todos nos equivocamos. Y si usted me pide que hablemos del político Neruda, tenemos que ser bastante duros: él no fue muy reflexivo en lo que hizo. Fue un hombre apasionado pero poco crítico y muchas de sus actitudes fueron deplorables.

—¿Por ejemplo?

—No hablemos de su estalinismo y lo demás. Es mejor dejarlo como lo que fue: un gran poeta. Si quiero leer un texto acerca de un tema político, no leo a Rubén Darío. Es verdad que grandes poetas han incurrido en la política y lo han hecho muy bien. Dante es un ejemplo: no sólo es un poeta central de nuestra tradición sino que es el autor de libros de filosofía política y estética esenciales. ¿Otros? Milton. Otro caso, aunque fue un político tortuoso es el de Quevedo. Su prosa es única, es espléndida. No la de Neruda ni la de Alberti ni la de Vallejo. Las ideas políticas de Borges también fueron lamentables.

En el caso de Pablo hay que reconocer que entre sus libros de contenido político, los mejores son dos: el *Canto general* y *España en el corazón*. En ambos libros hay poemas muy hermosos. Insisto en que, por desgracia, él tenía pasiones políticas... pero no *ideas* políticas. Lo mejor suyo es cuando nos habla de los árboles, de las piedras, del agua, del cuerpo femenino, del mar, de la noche, de un pájaro o un pescado.

—¿Y nadie lo podría acusar de que influyó negativamente en la poesía de otros?

—Todos los grandes poetas ejercen una influencia doble: buena y mala. La de Neruda no es una excepción. Primero, la confusión entre política y propaganda, la falta de rigor intelectual y poético. Ésas son las grandes fallas de Pablo. Pero no es el único caso: todos los poetas han ejercido influencias catastróficas, como Juan Ramón Jiménez y García Lorca. Lo que sí no es válido es juzgar a un gran poeta por sus imitadores, ¿no le parece?

—¿Por qué se mistifica al poeta, por qué ese afán de mistificarlo, de no encontrarle errores?

—Neruda era un ególatra. Sin embargo, también era un hombre profundamente humano. Por ejemplo, en *Residencia en la tierra* o en las *Odas elementales* —hay algunas preciosas—, aparece el ser humano. La “Oda al calcetín” es uno de los poemas más bellos y más divertidos que he leído. En Pablo hay a veces hinchazón, otras auténtica inmensidad. Y, junto al sentimiento de la inmensidad natural —incluso en las criaturas más pequeñas, como un colibrí—, una enorme melancolía. El Pablo melancólico y humorístico están juntos siempre.

—¿Cuáles son sus objeciones en su poesía?

—Ya lo dije. Fue abundante y no supo distinguir entre la escoria y lo extraordinario. La gran facilidad que tenía, el confiarse demasiado en sus dones, también le hizo daño. En fin, cierta sordera. La poesía, al fin de cuentas, es música, encanto verbal. En Neruda hay una imaginación poderosa, un poder verbal que no es exagerado llamar genésico.

—¿Es, entonces, un poeta desigual?

—Todos los poetas somos desiguales, pero unos son más que otros. Victor Hugo, Lope de Vega, Darío, fueron grandes poetas desiguales. Neruda no fue la excepción. Sin embargo, creo que en un poeta como Baudelaire o Góngora el desperdicio es menor que en Neruda o en Victor Hugo. Pero en esos poetas a veces excesivos hay acentos que no se encuentran en poetas perfectos como Góngora o Mallarmé. ¿Con quién quedarse?

Neruda es dos en uno, igual que Juan Ramón Jiménez. Fueron grandes enemigos, no por razones políticas sino poéticas. Los dos escribieron muchísimo y mucho de lo que escribieron no se sostiene. En cambio, casi todo lo que hizo Machado se quedó. Pero no hay que desvariar: siempre habrá diferentes tipos de poetas y no tenemos por qué preferir a uno o a otro. ¿Por qué el eucalipto va a ser mejor que el fresno?, ¿por qué el sol va a ser mejor que la luna, o la luna mejor que la constelación?

—Neruda tuvo dificultades, en principio, para que publicaran su poesía.

—Al igual que muchos otros, como yo, Neruda tuvo la buena o mala fortuna de que nos rechazara un libro el editor y poeta español Guillermo de Torre. En mi caso, fue con *Libertad bajo palabra*; en Neruda, con *Residencia en la tierra*. En México, Alfonso Reyes, con dificultades, logró que se publicara mi libro en el Fondo de Cultura Económica.

—Y de Chile, del gobierno de Pinochet, que se ha negado a darle la dimensión que el poeta tiene en su patria, ¿qué nos puede decir? Usted sabe: la Isla Negra, sus libros donados a la Universidad, su colección de conchas marinas, la edición de sus libros, el que lo entierren en el lugar que él pidió...

—El pueblo chileno quiere a Neruda porque fue un poeta muy integrado a su patria. La dictadura de Pinochet, una dictadura iletrada, impide darle el lugar que el poeta merece. El día que la democracia regrese a Chile, Neruda será devuelto a su pueblo, que tanto lo ama. Los ojos del sonámbulo nos miran a lo largo del tiempo.

*Adolfo Bioy Casares, Octavio Paz,
Marie-José Paz y José Bianco*
Fotografía de Silvina Ocampo
Colección de Marie-José Paz.



JULIO CORTÁZAR: LA VIDA COMO JUEGO METAFÍSICO

Así describe la impresión

que le causó Julio Cortázar, la primera vez que se conocieron físicamente:

“Me sorprendió porque yo ya conocía bastante bien al escritor; era amigo a través de una correspondencia muy abundante. En esa edad uno escribe largas cartas, con afirmaciones y negaciones apasionadas.

”Y de pronto, veo a un muchacho que me pareció altísimo, larguísimo: parecía más alto de lo que realmente era; con un cuerpo un poco delgado y un traje que parecía quedarle chico. Estaba vestido como empleado de una tienda comercial de principios de siglo, no muy moderno.

”Su cara, un poco de gato, un poco como la de un adolescente que no correspondía a su edad: tenía ya más de 30 años y unos ojos claros de una extraordinaria inocencia, de una extraordinaria curiosidad... Todo esto fue lo que me sorprendió al conocer a Cortázar.”

Aquel primer encuentro fue en París, después de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces, la amistad nunca terminó, hasta la muerte de Cortázar. Una intensa correspondencia entre los dos escritores —aún inédita— da pruebas de ello.

—¿Y cuál es la última impresión que conserva de él?

—Dejamos de vernos mucho tiempo, pero nunca dejamos de hablarnos. La última ocasión en que conversamos fue en Cuernavaca. A pesar de nuestras diferencias políticas de los últimos años, nuestra amistad no se quebrantó.

En alguna ocasión hizo críticas a la revista *Vuelta*, que yo contesté. Pero nada cambió entre nosotros. Una vez, de paso por México, escuché su voz en el teléfono: “Me voy dentro de una hora, pero quiero que sepas que seguimos siendo amigos”. Le respondí: “Qué bueno que me dices eso, porque yo siento lo mismo”.

—En *Rayuela* hay un poema de usted: “Mis pasos en esta calle / Resuenan / En otra calle / Donde / Oigo mis pasos / Pasar en esta calle / Donde / Sólo es real la niebla”. Página 582 de ediciones Alfaguara. Hábleme de ese libro.

—Es muy curioso lo que voy a decirle de *Rayuela*. Julio tenía una amiga: se llamaba Edith Aron, una chica judía argentina de origen germano, simpática e inteligente. Ella es una de los modelos del personaje que en *Rayuela* se llama La Maga. También fue amiga mía; fue la primera que me habló del poeta alemán Paul Celan. Una mujer inteligente que ahora vive en Londres, trabajando como maestra en letras. Los primeros textos míos y de Julio que aparecieron en idioma alemán fueron traducidos por ella. Le estoy hablando de los años cincuenta. Julio, en su creación literaria como novelista, se inspiraría en Edith Aron para La Maga.

Julio tenía un talento inmenso. Cambió el español, con sus novelas y cuentos cambió a la prosa. La de Julio fue la más notable de su época. Le dio agilidad a la lengua española: soltura, ironía, la hizo brincar, saltar, volar, bailar... Y muy pocas veces, al caer, se dio un golpe. El peligro de los saltos es que la caída puede ser muy peligrosa. Y Julio supo saltar muy bien; conocía el arte de saltar y, el arte más difícil: el arte de caer con gracia.

—Hay muchos novelistas y cuentistas en América Latina. ¿Qué lugar ocupa Cortázar en la literatura del continente?

—Un lugar de primera fila. Argentina nos ha dado a cuatro prosistas notables en el siglo XX: Jorge Luis Borges como autor de cuentos; José Bianco, desgraciadamente poco conocido pero autor de novelas cortas impecables como *Las ratas* y *Sombras suele vestir*; Adolfo Bioy Casares y Julio Cortázar.

Pero Julio Cortázar tuvo audacias que no tuvieron los otros —excepto Borges, en su primera época—. El gusto por la aventura verbal, por la aventura poética y por la aventura metafísica. En realidad, *Rayuela* es un juego en que nos va la vida: la vida como juego metafísico. Y luego está ese otro libro que es como una *Rayuela* más sintética y densa, *Modelo para armar*, que me gusta tanto como el primero. De sus cuentos, puedo decir que están entre los mejores del siglo xx. En España no hay mucho comparable con él.

Nuestra aventura literaria se cruzó. Julio siempre lamentó que yo no hubiera continuado unos pequeños textos que escribí bajo el título de *Arenas movedizas*, que hoy se encuentran en *¿Águila o sol?* No son poemas, son cuentos, casi todos. Julio me llegó a decir: “¿por qué no seguiste por ahí; por qué no has vuelto a eso?” Siempre me lo decía. Creo que eso le tocó, creo que se cruzaron nuestros intereses y que mis textos en prosa le ayudaron a Julio a encontrarse. Fue magnífico: le dio aire al idioma; es lo que importa. Porque la prosa española es demasiado pesada, y él le dio aire...

—¿No le parece injusta la muerte? Fallecido Cortázar ha bajado el interés por su lectura.

—Los autores tienen que pasar, necesariamente, por un purgatorio. Y creo que el purgatorio de Borges va a empezar —el de Neruda también—, y el de Cortázar y el de Juan Rulfo. Pero esos cuatro van a triunfar, se van quedar: pasarán la prueba del purgatorio.

—El triunfo contra la muerte física.

—Sí, tras la muerte de un escritor, tras el purgatorio, viene la salvación. Y Julio va a sobrevivir porque no es aburrido, es un escritor inteligente que nos ayuda a vivir.

—Independientemente de la literatura, ustedes tenían diferencias políticas. *El libro de Manuel* podría ser una diferencia política y, quizá, hasta literaria. Igual *Nicaragua tan violentamente dulce*.

—Eso fue posterior. Cuando iniciamos nuestra correspondencia no existía Castro ni el Che. Fuimos realmente amigos, junto con su esposa Aurora Bernárdez. Cuando se casó con ella fue muy divertido porque

construyeron una casa —que todavía existe en París— que era como él. Una casa muy alta pero muy estrecha, una casa como una chimenea. Su casa era una traducción a la arquitectura del cuerpo y la figura de Julio.

Julio era más europeo que hispanoamericano y por eso decidió vivir en París más que en Buenos Aires. En aquellos años no le interesaba la política. O si le interesaba, era de un modo sentimental, como el hombre bueno que era... Hasta años después vendría la fascinación por la figura de Castro. Pero el que más le impresionó fue el Che Guevara, argentino y heroico. Se proyectó, se vio en él. Eso puede explicar, psicológicamente, muchas cosas.

Cuando hubo una conferencia internacional de la UNESCO en la India —Julio y Aurora trabajaban allí—, vinieron a vivir con Marie-José y conmigo, por dos meses, en nuestra casa, en Delhi. Fue la época en que murió Guevara, y a Julio le dolió mucho esa muerte. Ahí, en Nueva Delhi, se iniciaron nuestras discusiones políticas. Julio, poco antes, había descubierto la política. Aunque preferíamos esquivar el tema. La literatura y el arte, también la metafísica, llenaba nuestras horas, paseos y conversaciones. Y la realidad enorme de la India.

Creo que Julio descubrió la política tarde. Le pasó un poco lo que a Jean Paul Sartre. Eso explica muchas de sus actitudes, ingenuas y poco críticas. A mí, la política me interesó desde la adolescencia; a Julio, en la edad madura. Sin embargo, convivimos con las diferencias. Aurora no aprobaba las ideas de Julio; por esto, sus relaciones no eran tan armónicas. Meses después de aquel encuentro, Julio me escribía para anunciarme su separación de Aurora.

No le voy a contar todo, la vida íntima es la vida íntima. Pero vea usted hasta qué punto fuimos amigos. En 1968, de regreso de la India y después de haber dejado la Embajada, llegué a París. Habíamos hecho un viaje por barco, larguísimo, porque el Canal de Suez estaba cerrado por el conflicto árabe-israelí. En Barcelona me había sentido mal y lo primero que hice, al llegar a París, fue ver al médico. Al terminar la consulta, el médico me dijo:

— *Usted está muy enfermo y lo que tiene que hacer es dejar de fumar, si no se quiere morir.*

— *¿Ni siquiera puedo fumar un puro?*, pregunté.

— *Por un mes o dos, fume puros*, contestó.

Ese día tenía que ver por la tarde a Julio, que tenía la misma edad que yo: 55 años. Le conté lo que me había dicho el médico. Inmediatamente me respondió: “Hombre, Fidel Castro me ha regalado una caja de puros habaneros. Yo no fumo y te la regalo.”

Acepté y durante una temporada me fumé la caja de puros que Fidel había regalado a Julio Cortázar. Así pude pasar del tabaco a la abstinencia.

A partir de los setenta empezamos a alejarnos uno del otro. La situación se fue haciendo cada vez más difícil. Dejamos de vernos pero no de hablarnos. Todavía lo vi por esos años en México. Había cambiado: el hombre sin barba, delgado, se había dejado la barba revolucionaria.

— *¿Perdió su rostro de adolescente?*

— Un poco. La barba parecía una máscara. Pero conservaba la misma cara de adolescente con sus ojos claros de una extraordinaria inocencia, asomados al mundo con una curiosidad también extraordinaria. Como cuando lo vi por primera vez.

Siempre lo voy a recordar. Conocí a Julio Cortázar probablemente mucho antes de que fuese un escritor conocido. Yo era muy amigo de José Bianco, secretario de redacción de la revista argentina *Sur*, a donde yo colaboraba, como Julio. Cuando publiqué *Libertad bajo palabra*, la primera nota que se escribió, larga y benévola, fue de Julio Cortázar. Me animó mucho. Le escribí dándole las gracias. Y así empezó una amistad epistolar que, con los años, creció.

— *¿Nunca se han publicado esas cartas?*

— No, pero algún día lo haré porque en las cartas de Julio hay cosas muy interesantes, como sus proyectos literarios, algunos abandonados; y sus juicios sobre la cultura en general. Cartas fundamentalmente de literatura y, a veces, de la vida diaria, de las penas, alegrías y latas de ser escritor.

ELENA PONIATOWSKA: EL PÁJARO DE LA LITERATURA MEXICANA

Al finalizar los años

cincuenta, después de un largo periodo de residencia en París, Octavio Paz regresa a México. En la página 253 del tomo cuatro de sus Obras Completas, en la edición del Círculo de Lectores, leemos: “Terminé por regresar... Un México distinto. Nuevos amigos: Carlos Fuentes, Jorge Portilla, Ramón y Anna Xirau, Elena Poniatowska, Jaime García Terrés...”

Durante la entrevista, no recuerda con exactitud el año en que conoció a Elena Poniatowska:

—No lo sé, pero hace mucho tiempo. Era una chica encantadora, inteligente, que me sorprendió, primero, por su vivacidad y por su inmensa simpatía; inmediatamente después, porque empecé a leer sus textos, que me encantaron: había introducido en el periodismo mexicano una frescura, una gracia, una imaginación que la hacían algo muy distinto. Única.

—¿En algún género en especial?

—Sobre todo en sus entrevistas. Ella dijo alguna vez que las entrevistas eran luchas mortales, que había que matar, que había que matar al entrevistado. O a la inversa: que el entrevistado mataba a la entrevistadora. Bueno, a mí me ha hecho muchas entrevistas, no tengo idea de cuántas, pero hemos conversado mucho. Y yo nunca quise matarla, ni creo que la hayan matado otros entrevistados. Tampoco ella me ha matado, pero esas conversaciones sí han sido verdaderos duelos de espadas.

Julio Scherer, en una entrevista con Paz (*Proceso*, 5 y 12 de diciembre de 1977), pregunta:

—*En la entrevista que te hizo recientemente, Elena Poniatowska dijo que siempre has sido anticomunista...*

Paz ataja:

—*Yo me atrevo a corregir un poco a mi querida amiga Elena Poniatowska: Octavio Paz no ha sido nunca anticomunista pero es, desde hace mucho, un enemigo de la burocracia que ha convertido a la URSS y a otros países “socialistas” en ideocracias totalitarias. Pensar así no me convierte en un anticomunista: el que asesinó a los comunistas fue Stalin, no sus críticos...*

(Y nos invita a leer *El arco y la lira* para ampliar sus conceptos.)

El 23 de diciembre de 1977, Octavio Paz regalaría a la escritora su libro de poesía, *Pasado en claro*, una edición de lujo del Fondo de Cultura Económica, con la siguiente dedicatoria:

Elena:

En mi libro imaginario
de signos, tu ideograma es

Sol y Viento,

por eso te queremos los árboles humanos,
entre el asfalto y
el smog de esta ciudad.

Octavio.

—Don Octavio, la imagen de esta mujer cándida, ingenua...

—En apariencia...

—En apariencia, que ha logrado conjuntar al periodismo con la literatura y cuya obra...

—Bueno, lo ha juntado de tres diferentes maneras: es periodista, es autora de cuentos y novelas, y ella misma se ha convertido en un personaje literario.

—¿Cuál es el personaje literario Elena Poniatowska?

—Como todos los personajes, es cambiante. Yo no coincido con la

mayor parte de sus opiniones políticas —y esto hay que decirlo—, aunque eso no impide verla siempre con interés y con afecto.

—Usted escribió el prólogo al inglés, en 1973, de *La noche de Tlatelolco*.

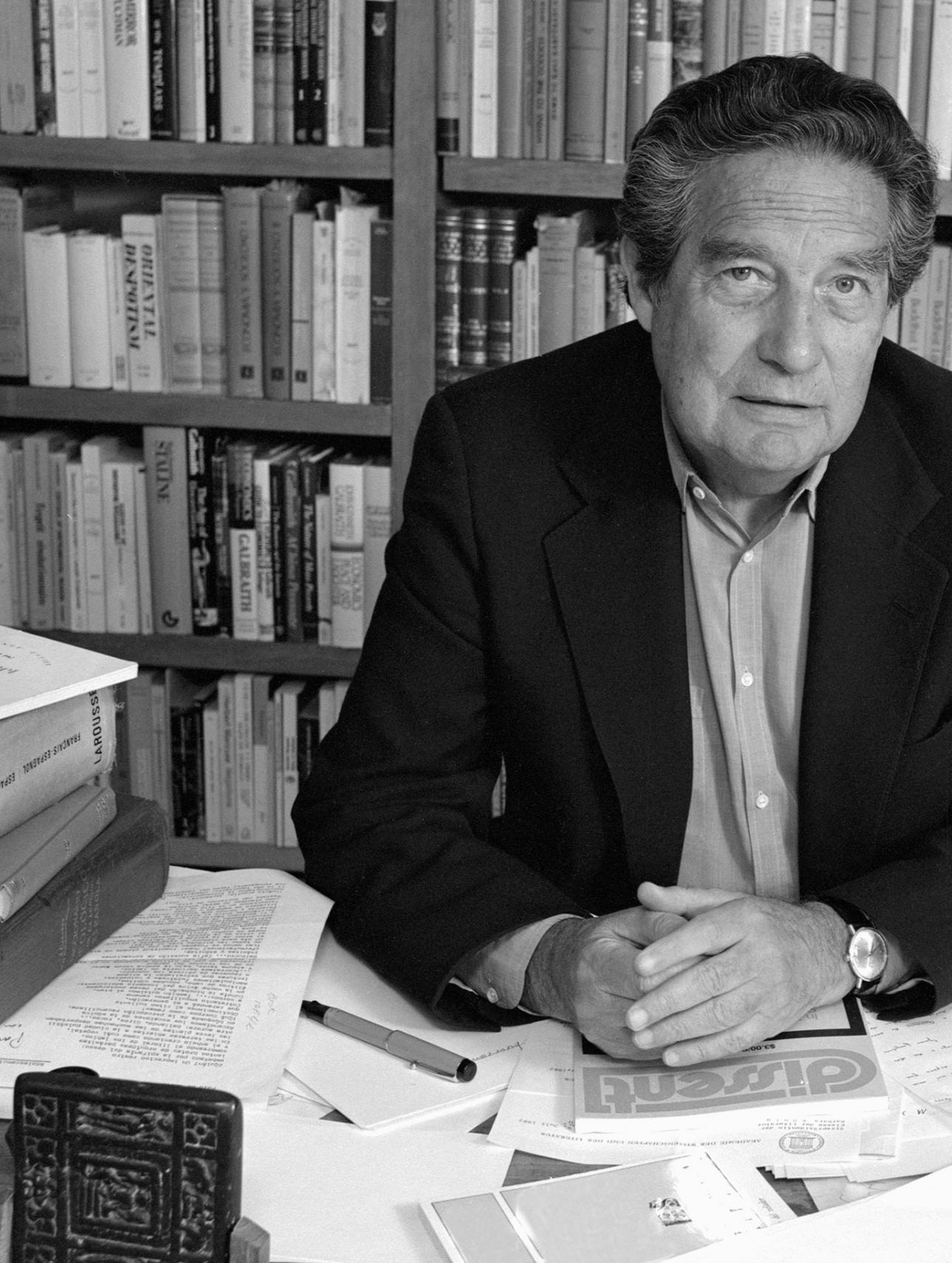
—Sí... Me sorprende el lenguaje de Elena Poniatowska. No es un lenguaje puramente coloquial. El coloquialismo por el coloquialismo es un error literario. Pero cuando el escritor logra transformar el idioma de todos los días en literatura, entonces se logra esa especie de musicalidad, que lleva esa cosa alada, cierta, como poética, que observamos en el lenguaje de Elena Poniatowska.

En el prólogo de Paz a *La noche de Tlatelolco* leemos:

Elena Poniatowska se dio a conocer como uno de los mejores periodistas de México y un poco después como autora de intensos cuentos y originales novelas, mundos regidos por un humor y una fantasía que vuelven indecisas las fronteras entre lo cotidiano y lo insólito. Lo mismo en sus reportajes que en sus obras de ficción, su lenguaje está más cerca de la tradición oral que de la escrita. En *La noche de Tlatelolco* pone al servicio de la historia su admirable capacidad para oír y reproducir el habla de los otros. Crónica histórica y, asimismo, obra de imaginación verbal.

Finaliza el poeta la entrevista con las siguientes palabras:

—Usted me preguntó que cuál es el personaje de Elena en la literatura mexicana. Pues bien: si uno está en un parque, donde hay gente que se pasea, niños que juegan, obreros que caminan, novios que se besan, gendarmes que vigilan, vendedores de esto y de lo otro; hay enamorados, hay nodrizas, hay mamás y señoras viejas que tejen, hay vagos que leen el periódico o que leen un libro, y hay pájaros... Bueno, Elena es eso: un pájaro en la literatura mexicana.



ORIENTAL
BRISQUTINI

SHIVINI

CALIBRATH

L'AROUSSE

FRANÇAIS-ESPAGNOL

Disent
53.000

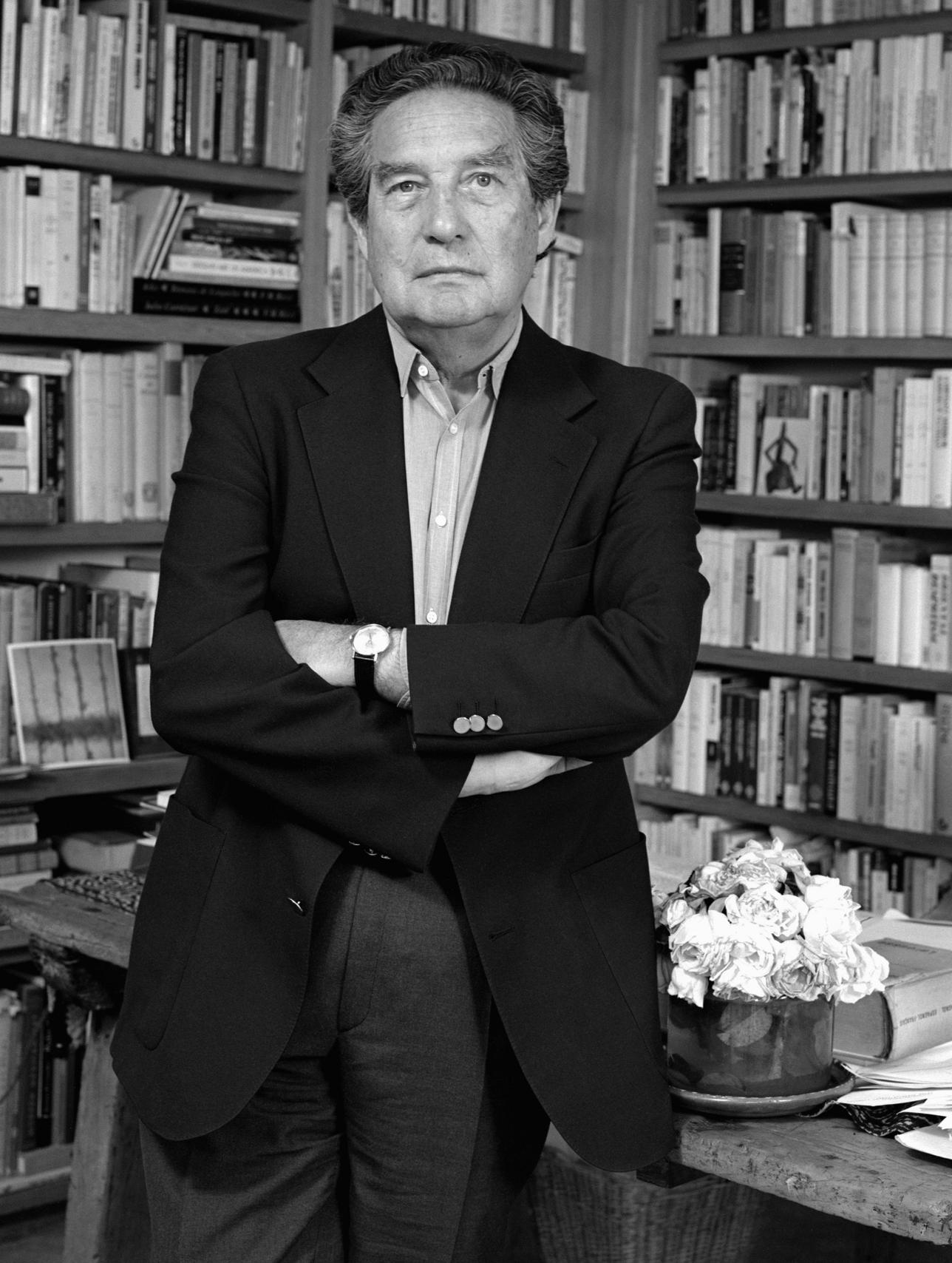
ANSPHIERE ISEM WAGNENKAPFERER ISEM ZEIM FEFERWEYER
BRUNNEN





pp. 112-113
El poeta en su biblioteca, 1987
Fotografía de Rafael Doniz.

Fotografía de Rafael Doniz, 1987.



JORGE PORTILLA: EL SEMBRADOR DE IDEAS

Nació en 1919

y murió el 18 de agosto de 1963. Su libro, *Fenomenología del relajo*, lo publicó editorial Era en 1966. Agotada su edición, Víctor Flores Olea, Alejandro Rossi y Luis Villoro se dieron a la tarea de reeditarlo, en 1984, con textos inéditos, bajo el mismo nombre, en la serie Biblioteca Joven, del Fondo de Cultura Económica, con apoyo de la Secretaría de Educación Pública y el desaparecido CREA. Su libro (textos redactados entre 1948 y 1962) y los de Octavio Paz (*El laberinto de la soledad*, 1950) y Samuel Ramos (*El perfil del hombre y la cultura en México*, 1934) se consideran de necesario estudio para el conocimiento de lo mexicano. El grupo Hiperión del que habla Paz en este testimonio nació alrededor de 1947 y Portilla era fundamental, según reconocen muchos de sus seguidores, como publicamos en el reportaje del *Unomásuno*.

Dice Paz en entrevista:

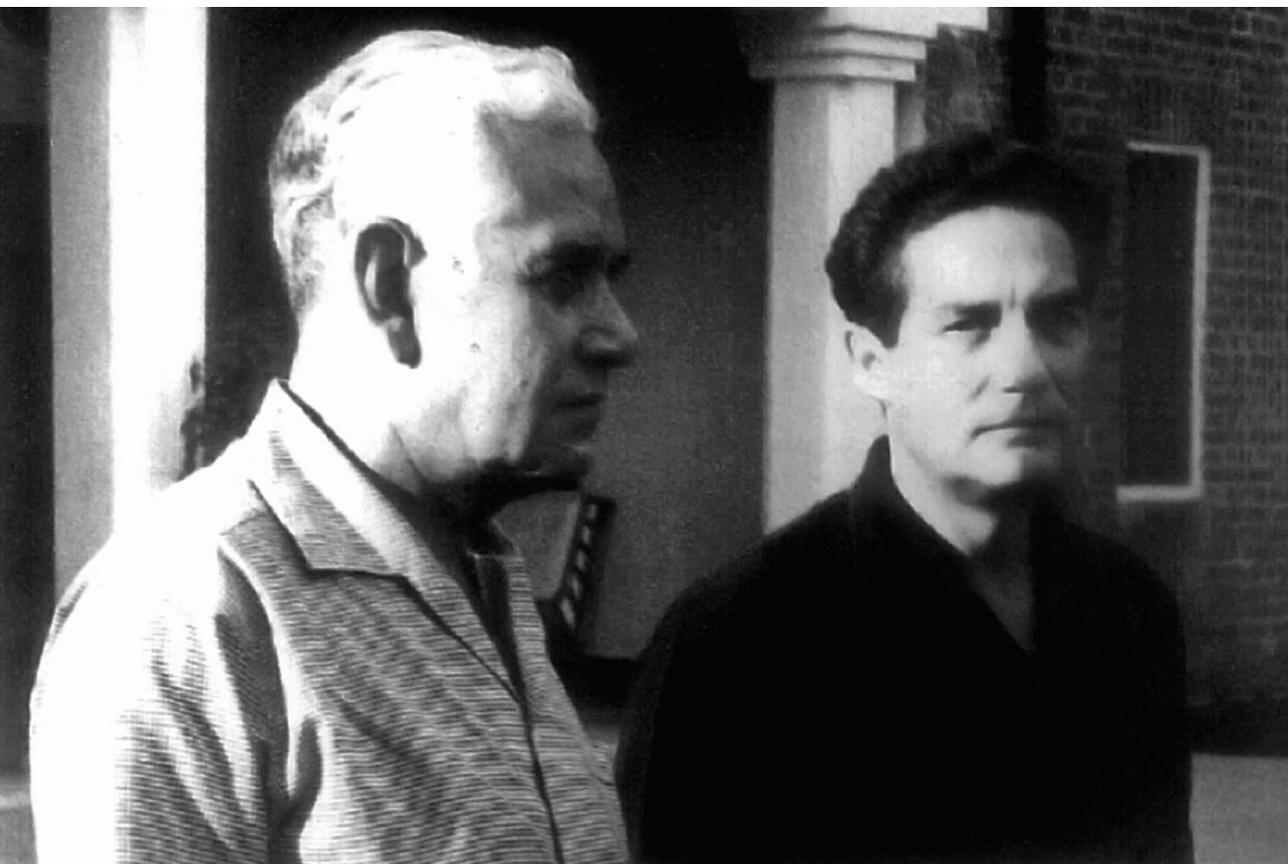
—Conocí a Jorge Portilla en 1953. En esa época, había aparecido en México un grupo de jóvenes que se distinguía por su inteligente interés en la filosofía moderna —todos habían sido formados por José Gaos, una figura central en la historia de las ideas de México en este siglo, aunque algunos de sus discípulos, menos fieles que San Pedro, lo hayan negado... y más de tres veces.

El grupo se llamaba Hiperión y lo componían Portilla, Emilio Uranga, Luis Villoro, Ricardo Guerra y Fausto Vega, entre otros. Conocí a

Portilla una noche en casa de unos amigos. Era católico pero admiraba a Jean Paul Sartre. Mis amores intelectuales eran otros; yo era amigo de André Breton y de Albert Camus — dos nombres con olor de azufre para Portilla—. Nuestro primer encuentro fue una larga discusión que me hizo llegar a mi casa a las 5:00 de la mañana.

Nuestras diferencias de ideas nos unieron, curiosamente. Mejor dicho: la pasión por las ideas nos hizo amigos. Me sedujo la inteligencia exaltada de Portilla; una inteligencia para la que sencillamente no existían todas las cosas bajamente utilitarias. Un hombre encendido por el amor al pensamiento, algo muy difícil de encontrar. Además, tenía corazón y creía profundamente en la amistad. Aunque su cultura artística y poética era más bien limitada, había leído a Machado, y tenía cierta sensibilidad artística. Cantaba muy bien canciones populares mexicanas y españolas.

Jorge Portilla era un hombre que sobresalía en la comunicación oral y solamente publicó un libro: *Fenomenología del relaxo*. No importa demasiado: lo que cuenta fue lo que dijo, no lo que escribió. Era un hombre de diálogo, un personaje socrático que sembró ideas en sus amigos. Es un ejemplo más de esas inteligencias que no dejan una obra, sino una influencia. Influyó en el primer Carlos Fuentes, en el de *La región más transparente*. Su conversación, como la de Jorge Cuesta, es una obra dispersa que hay que reconstruir. Sus conversaciones con Fuentes, con Alejandro Rossi, con Uranga, conmigo mismo, son parte de esa obra no escrita pero viva.



*Rufino Tamayo y Octavio Paz en Nueva Delhi,
India, 1962*

Fotografía de Olga Tamayo
Colección de Marie-José Paz.

FRANCISCO TOLEDO: LOS OTROS PRIVILEGIOS DE LA VISTA

Apenas unas palabras

para el pintor juchiteco Francisco Toledo, después de insistirle en por qué Toledo no existe en su libro *Los privilegios de la vista*. Estos fueron sus comentarios:

“En París me entusiasmó su aparición. Tuvo algo de milagroso en el mundo de aquellos años. Su pintura me gusta mucho. ¿Cómo definirlo? Temo decir una banalidad. Preferiría escribir algo y no dar opiniones de tipo periodístico. ¿Compararlo con Rufino Tamayo o cosas así? No, es muy distinto. Es un temperamento de una gran originalidad.

”Estábamos hablando de las relaciones del mundo antiguo, del mundo precolombino con ciertos artistas mexicanos, no con todos.

”Yo creo que los muralistas, sobre todo Diego Rivera, tenían una comprensión intelectual, pero no profunda ni emocional como la que tuvo Tamayo. En el caso de Toledo son más visibles la extrema modernidad de Toledo y la extrema antigüedad de Toledo; además, en él se mezclan sus intereses por las artes primitivas de otras culturas, no sólo de la mexicana.”

Y hasta ahí el comentario a Toledo, tras lamentar la omisión a éste y otros pintores ausentes en *Los privilegios de la vista*, como el caso de Vicente Rojo, de quienes espera “la media hora favorable” para escribir de ellos. Por lo pronto, fue la primera vez que el Nobel de Literatura expresó sus comentarios en torno a Francisco Toledo, al menos públicamente,

y en un día muy especial: la presentación de su libro *Los privilegios de la vista*, el tomo dos de sus Obras Completas que viene editando el Fondo de Cultura Económica (lo mismo hacen en España en el Círculo de Lectores).



Octavio Paz en Afganistán, 1965
Colección de Marie-José Paz.

EL TIEMPO COMO UNA ILUSIÓN

—Don Octavio, ¿cómo que

no va a hablar de política?

—Ahora no.

—¿No quiere comentar el México que estamos viviendo?

—Ya he hablado...

—Todo mundo espera sus comentarios sobre los últimos acontecimientos políticos y...

—Hoy todo el mundo habla de política. Se habla mucho y se dice poco. Hoy, hablemos de *Vislumbres de la India*. De todos modos tocaremos los temas mexicanos porque México está presente en el libro. Mi visión es la de un mexicano en la India, de modo que con frecuencia acudo a ejemplos de la historia de México y de su presente.

Octavio Paz nos recibe en su departamento de la Avenida Reforma. Nada ha cambiado desde que se convirtió en el primer Nobel de Literatura mexicano (1990). Elegancia y discreción. Muchos libros. Objetos de la India, en su mayoría. Su esposa, Marie-José, ordena oporto para el reportero y jugo de manzana para el poeta. Desde la ventana, un gato se asoma al estudio. Es Paz el que comienza con las interrogantes:

—Dígame, ¿qué quiere usted preguntar?

—Lo primero que percibí en *Vislumbres de la India* es su resistencia a las memorias, a una autobiografía. ¿Por qué dejarlo al azar si finalmente usted es un escritor?

—Siempre he tenido la tentación de escribir mis memorias. No las he escrito, es verdad; no obstante, poco a poco, alrededor de mis escritos, puede verse, adivinarse una biografía. Por ejemplo, mis experiencias de la India están reflejadas en un libro de poemas, *Ladera este*. Hay algunos poetas entre los cuales la poesía es una suerte de diario. Ése es mi caso. *Ladera este* expresa mis experiencias y reacciones en y ante la India. En otro, *El mono gramático*, el eje es el erotismo, asociado al lenguaje. Una visión del mundo pero una visión vivida. En *Vislumbres de la India*, mi tercer libro indio, el propósito fue otro.

Cuando llegué a la India todo me asombró y me extrañó. Durante todos los años que viví ahí, de 1962 a 1968, quise entenderla. Este libro es el producto de esa tentativa. Por eso se llama *Vislumbres de la India*. Y lo escribo muchos años después porque voy como 10 ó 15 años atrasado en mis proyectos. Un buen día, si todavía tengo vida, a lo mejor escribo esas memorias que usted me pide.

—Toca el tema del budismo en el libro y a uno se le ocurre pensar si Octavio Paz tuvo inclinación hacia esa disciplina. Muchos poetas modernos la tuvieron y...

—Eso es más para biografía... Pero se lo voy a confesar: sí, yo sentí, en un momento dado, la tentación del budismo. No he sido el único: Eliot también la sintió. Y Schopenhauer. En mi caso me detuvo, entre otros motivos, uno fundamental y que es una creencia central del budismo: la idea de existencias anteriores. Después, vino algo no menos decisivo: la gran rebelión juvenil de 1968, que me tocó vivir en la India, y que yo seguía desde los Himalayas. Nos habíamos instalado en la montaña para soportar el terrible verano de aquel año. Las noticias de los sucesos de París me enseñaron que la acción no era vana. Esta experiencia fue mi crítica a la idea de la liberación solitaria: no hay salvación sino con los otros, entre los otros. Es lo que yo había dicho hacía muchos años en un poema, *Piedra de sol*. (“Porque mi libertad —escribe Paz— tiene un límite: la libertad de los otros. De otro modo mi libertad se transformaría en despotismo..”)

—Advierto a las claras que *Vislumbres de la India* es un ensayo, no memoria, pero uno se pregunta cómo vivió allá, cómo fue el encuentro

de lo que denomina su “segundo nacimiento”: conocer y casarse con Marie-José. También sobre sus amigos de la India...

—No habría podido escribir este libro sin mis amigos indios. Leí bastante, viajé mucho, recorrí todo el territorio de la India con Marie-José en automóvil, ino en avión! Fuimos a bastantes lugares. ¡Imagínese!, salíamos de Delhi a recorrer todo el centro y el sur de la India; vivimos una temporada en Ceilán. Por el otro lado, visitamos varias veces Afganistán. Teníamos que atravesar todo Pakistán, un país prodigioso en muchos aspectos. Todo esto fueron experiencias importantes para conocer —y reconocer— a la India, ese país inmenso que, realmente, es un subcontinente. Quizá hubiera podido escribir memorias; me detuvo el temor de que fueran sólo relatos de viaje. Tuve el privilegio —pocos diplomáticos lo consiguen, y muy pocos escritores extranjeros— de ser amigo de los nativos. Pintores, poetas, políticos, escritores, periodistas y, también, gente de todo tipo y en muchos lugares: Delhi, Bombay, Calcuta, Madrás, Colombo... Sin esos amigos no hubiera podido escribir...

—Al parecer, es el primer libro testimonial sobre la realidad de la civilización de la India hecho por un escritor moderno de la lengua española.

—Ya hubo en México un antecedente: José Vasconcelos. Escribió sus *Estudios indostánicos* en 1920; fue sólo un acercamiento al pensamiento de la India, sin ninguna experiencia desde la India. Un libro escrito a través de autores de lengua inglesa. Si no recuerdo mal, lo escribió en Nueva York... Experiencias, vivencias como las mías, no. Sí, mi libro es el primer testimonio en lengua española de un escritor hispanoamericano que ha vivido en la India.

—Usted ha escrito sobre la influencia sentimental, artística y espiritual que la India le dejó. En *Ladera este* escribió poesía sobre lo que vio y vivió en la India...

—Sí, incluso hay varios epigramas.

—Y en *El mono gramático* tiene una pequeña visión en prosa de la India...

—Bueno; pequeña, no sé si sea pequeña...

—No, no es pequeña, pero ¿qué agrega *Vislumbres de la India* a esos dos libros anteriores?

—*Ladera este* es poesía: no hay reflexión, no me planteo problemas históricos, no hay historia ni ensayo... Aunque sí lo hay porque la poesía siempre tiene un pensamiento. Lo mismo puede decirse de *El mono gramático*, que tiene por tema: el amor y ciertas preocupaciones —tal vez obsesiones— sobre el lenguaje y sobre los lugares. Por ejemplo, hay una continua contraposición entre el paisaje inglés de Cambridge y el de Galtá, en la India. Ambos libros se inscriben en el contexto del tercero, es decir, de *Vislumbres*... hay una introducción autobiográfica pues yo no conocí a la India como un erudito, como un especialista: la viví, simplemente. El resto del libro es una tentativa de explicación de la historia y de la civilización de la India. Creo que mi libro contiene datos esenciales para todo aquél que quiera conocer a ese mundo con sus luces y sus sombras. Me detengo sobre tres aspectos básicos: la institución de las castas, que no son realmente clases en el sentido que le damos a esa palabra; la pluralidad étnica, cultural y lingüística; y por último la cuestión religiosa, la rivalidad entre una religión estrictamente mono-teísta, el Islam, y el politeísmo hindú.

Para entender a la India hay que comprender que las castas no son clases en el sentido occidental. Las castas constituyen una sociedad rígidamente jerárquica fundada en nociones religiosas. La idea de *karma* es determinante: nacemos, vivimos y morimos en una casta como en la Edad Media se nacía noble, comerciante, siervo o artesano. Las castas esencialmente son categorías religiosas, desde la perspectiva de la ideología hindú, pero también son de orden profesional —castas de joyeros o de labradores o de soldados—, económico, dietético —unos son vegetarianos y otros no— y, en fin, siguen las relaciones de parentesco: un miembro de la casta X puede casarse con una mujer de la casta Y pero no con una de la casta K. Al lado de las castas, la pluralidad de lenguas. Es un fenómeno que no se da en México, salvo de una manera muy limitada. Aquí no hay millones de personas que hablen maya o náhuatl. En cambio, en la India hay catorce lenguas reconocidas

constitucionalmente, aun cuando en 1927 se reconocían 179 lenguas y 544 dialectos. Sin embargo, hay ciertas similitudes...

—Ya regresaremos a esas similitudes. Antes, quería preguntarle por qué al final del libro, cuando deja la India en 1968, no brinda las razones de su renuncia como embajador de México en aquel país. Se sabe que fue a propósito de la masacre de 1968 en Tlatelolco y, aunque está todo dicho en su libro *Posdata*, pues...

—Creo que se equivoca. En el capítulo final expliqué claramente la razón, aunque de una manera sucinta. Pedí que se diese una solución pacífica y política al conflicto. No me hicieron caso y me fui.

—Llama la atención que, desde entonces, no haya vuelto usted a ocupar un puesto público, al menos visible.

—Visible e invisible.

—¿Por qué no amplió un poquito más el tema del 68, su despedida de la India?

—Todo está en *Posdata* y con gran amplitud. En *Posdata* he explicado bastante claramente mi posición que, fundamentalmente, no ha variado.

—¿Extraña la vida diplomática?

—Nooo. Nunca la he extrañado. Yo entré al servicio diplomático por casualidad. Yo no quise ser diplomático, aunque siempre me pareció que era una oportunidad para conocer mundo y para poder escribir un poco. Tuve más bien una carrera desastrosa. Nunca me tomaron en cuenta realmente. Uno de los mejores amigos que tuve en el servicio exterior fue José Gorostiza. Ingresé al servicio gracias al que era entonces secretario de Relaciones Exteriores, el doctor Francisco Castillo Nájera, un viejo revolucionario, amigo de mi padre. Antes, me lo habían sugerido dos escritores: Alfonso Reyes y Pablo Neruda. No me arrepiento: algo ha salido de todo aquello.

* * *

La mañana es lluviosa pero el estudio del poeta es acogedor. Octavio Paz toma otro vaso con jugo de manzana y el reportero aprovecha para

una segunda copa de oporto. La conversación continúa sin interrupciones. El gato ha desaparecido.

—Entremos a las similitudes entre México y la India. Hace usted una serie de comparaciones, no valoraciones, entre ambos países: habla del chile y del chicozapote, de los diversos curries y nuestros diversos moles, de la tortilla y del *chapati*, de la china poblana y su posible origen indio...

Paz sonríe. Explica:

—Todo eso me interesó muchísimo. Y también la religión. Apenas lo digo en el libro: entre los mexicanos la figura central, probablemente, es la Virgen de Guadalupe. Por ella el catolicismo enraizó en México. En la India, las divinidades femeninas son también centrales.

—Pero no como la virgen de los católicos de México.

—No, es muy distinto. El nombre lo dice: “Virgen”. Las diosas hindúes son muy amorosas.

—La conquista de los españoles en América terminó con la imposición de una lengua y una religión. En la India, lo único que impusieron fue el idioma. ¿Está de acuerdo?

—No. En primer término, no lograron acabar con las lenguas nativas. No se lo propusieron, por lo demás. Al mismo tiempo, introdujeron muchas cosas en la India: el pensamiento europeo, la ciencia, la crítica filosófica, la administración pública, un ejército moderno y, gran logro, la democracia política y el secularismo del Estado.

—Pero usted dice que el inglés es un punto de unión actualmente en la India; se comunican por medio de este idioma. Y se atreve a preguntar en la página 87 si la India es realmente una nación.

—México, como la India, es un proyecto de nación. Dos proyectos que han encarnado en la historia y que han demostrado que son viables. En la India, a través del secularismo del Estado y de la tolerancia de las religiones; en México ha ocurrido algo semejante. Lo que explica la diferencia reside en lo siguiente: el politeísmo de los mesoamericanos se enfrentó al monoteísmo de los españoles. Ahora bien, el monoteísmo católico tiene el culto a la Virgen, y a los santos y los mártires; todo

esto, que es un compromiso entre el estricto monoteísmo judaico y el antiguo politeísmo de los paganos, fue un puente para los indígenas mexicanos. Y lo más importante a mi juicio: la religión y la política mesoamericanas están fundadas en el mito de que el mundo fue creado por dioses guerreros —combates del Sol contra las estrellas—, y sobre todo por dioses que se sacrifican para crear al hombre. Los españoles católicos trajeron una idea no idéntica, pero sí parecida y que sirvió también de puente: la visión de un dios que se sacrifica por nosotros. Jesús y la cruz. En la India el monoteísmo que llegó fue el musulmán, que rechaza todo tipo de politeísmo. La ruptura entre las dos religiones fue total e irremediable.

—¿Piensa que le hizo bien a Latinoamérica la ausencia de cruces con otras culturas aparte de la española? Se lo pregunto porque en la India las mezclas fueron diversas.

—Sí, en la India fueron múltiples. En Mesoamérica, no. Ésa fue la gran originalidad y la gran debilidad de las antiguas culturas de América. En la India, desde el principio, estuvieron en relación con los griegos, con los romanos, con los chinos. Después, hace más de mil años llegaron los musulmanes; después, los europeos, y especialmente los ingleses, que sometieron y unificaron a las naciones de la India. Y sin embargo ¡cómo se ha conservado esa civilización! Sólo hay tres ejemplos de civilizaciones que han resistido de tal modo al tiempo: los judíos, los hindúes y los chinos.

—En un capítulo de *Vislumbres de la India*, “Un proyecto de nación”, toca el tema del extremismo que nos lleva a las guerras, mientras las palabras nos llevan al diálogo, y deja entrever que el tiempo puede ser muy largo para que este diálogo lleve a la India hacia la justicia, el progreso y la modernidad. No establece aquí similitudes con el caso de México. ¿Podría usted...?

—En México ha sido lento el proceso aunque los obstáculos para la modernización son menores. Tenemos, sí, una singularidad: las comunidades indígenas. Es un problema difícil de resolver. No sé todavía cuál sería la solución adecuada. Estoy por la conservación de las culturas tradicionales, pero me pregunto si esas sociedades, que son

muy pequeñas y están aisladas, pueden enfrentarse con éxito a la opción moderna sin correr el riesgo de convertirse en algo parecido a las reservas de los Estados Unidos. El proyecto de México, desde el siglo XVI, ha sido distinto: el mestizaje. En fin, mestizaje o no mestizaje, lo que hace falta en México es la aceptación de la pluralidad. En nuestro país esa pluralidad comienza por la democracia política, algo que aún no hemos alcanzado del todo. En la India la pluralidad se funda en las distintas lenguas e historias de cada grupo así como por razones religiosas. La India es mucho más compleja. Es un país mucho más grande. En realidad es un subcontinente.

(Paz ya había abundado sobre este tema en una entrevista publicada por nosotros. Decía: “Apruebo con calor la idea de las autonomías para las comunidades indígenas, si se trata de preservarlas y de vivificarlas y de renovarlas; las repruebo, si se pretende otorgar a grupos minoritarios un estado jurídico, legal y político distinto al del resto de los mexicanos. No puede haber dos leyes ni dos naciones. Sería traicionar un proyecto nacional, un proyecto que comenzó en el siglo XVI y al que las constituciones de 1857 y 1917 dieron plena actualidad y vigencia”)*

—Le preguntaba esto porque en la India existen castas, pero en México históricamente hay 300 familias, clases sociales altas o aristócratas o provenientes del criollismo, que han detentado un poder político fuerte, lo que crea un problema incluso de carácter racial en relación con los indígenas.

—Yo no lo creo.

—Es una teoría.

—Es una teoría equivocada. En primer lugar, los millonarios de hoy no son descendientes de la aristocracia criolla; además, los ricos de México, como todos los de Occidente, justifican su riqueza con ideas que nada tienen que ver con los criterios religiosos de las castas. Hay que pensar que en la India un *brahman* puede ser rico o pobre y va a ser siempre un hombre muy respetado. Es verdad que las castas tienen intereses

* Este fragmento está extraído de la última entrevista “El poeta en su tierra”

económicos y políticos, pero el origen de la institución, la idea que la inspira y la justifica (ante los indios) es religiosa. México entró a la modernidad antes que la India, pero ha tenido graves dificultades, guerras civiles y extranjeras y, en fin, ha tropezado con obstáculos muy distintos a los de la India. Y ya que hablamos de modernidad: la India comenzó con una modernidad más moderna, por decirlo así, que la de los españoles: la de la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX.

—Allá no existe el problema de caudillaje que tenemos aquí.

—No. La India moderna, gracias a la herencia inglesa, es una democracia. También en otros campos es más moderna: han tenido importantes matemáticos y físicos. Pero es muy difícil comparar a los dos países.

—En su libro habla de sacrificio: Gandhi, Indira y su hijo Rajiv, asesinados. Una desgracia histórica: la muerte de los líderes marca el camino para el progreso de los pueblos en algún momento. A mí me parece muy lamentable.

—A mí me parece trágico. Por desgracia, la historia de la humanidad abunda en esos horrores. Desde el principio: Caín mata a Abel. Es un acto que se repite a través de toda la historia.

—Como en México.

—Cuando se habla de la situación de México —del México actual—, a la gente se le olvida que en 1920, y durante mucho tiempo, hubo revoluciones cada cuatro años. Los fusilamientos cesaron en la época de Cárdenas, el primer presidente que en lugar de matar a Calles, lo desterró. Antes, los presidentes mexicanos fusilaban a los enemigos.

—Pero seguimos mandando al destierro.

—Una cosa es desterrar y otra matar. Además, ya no hay destierro, ningún presidente ha cogido a sus enemigos y los ha enviado en un avión, como Cárdenas hizo con Calles.

—Autoexilio, pues.

—Autoexilio, sí... Pero más bien: exilio interior. Durante seis años cada presidente es rey; después es una sombra.

* * *

Vislumbres de la India termina con 25 poemas sánscritos clásicos (Kavya). Oportunidad única para los lectores mexicanos, dado que la primera edición española de Seix Barral no contiene este último capítulo: poemas traducidos por Octavio Paz que, dice, “no tienen un valor filológico” porque son traducciones de traducciones:

—La poesía escrita en sánscrito —hay otras en otras lenguas— es una de las grandes creaciones del hombre. Al lado de esta poesía clásica están la arquitectura musulmana, la escultura hindú, la música y la danza... El aspecto político es perecedero. La cultura de un pueblo reside en su capacidad de resistir a la erosión de la historia.

Leemos uno de los poemas, “Fama”:

—¿Quién eres?

—Soy la Fama.

—¿En dónde vives?

—Vagabundeo.

—¿Y tus amigas,

Elocuencia, Riqueza y Hermosura?

—Elocuencia vive en la boca de Brahma,

Riqueza duerme en los brazos de Vishnú,

Hermosura brilla en la esfera de la luna.

Sólo a mí me dejaron sin casa en este mundo.

Paz comenta:

—La crítica más radical frente al tiempo la han hecho los hindúes. Para ellos el tiempo es una ilusión, el tiempo es *maya*...

—¿*Maya* como mentira?

—No es mentira: es ilusión. Todo es una realidad que se evapora, se va y no queda nada. Hay dos posiciones extremas ante el tiempo: la hindú, que dice que el tiempo es *maya*, y la occidental, donde lo único verdadero es el tiempo, es decir, el progreso y la conquista del futuro.

Los antiguos griegos y romanos no tenían la noción del tiempo sucesivo y progresivo: es un concepto judeocristiano que después se ha secularizado y convertido en la idea del progreso. Es una filosofía que proviene de la noción del tiempo sucesivo y rectilíneo. Para otras civilizaciones el tiempo es circular. Es lo que pensaban casi todos los hombres de la antigüedad y es lo que pensaban los chinos y los hindúes.

—Usted hace fuertes críticas a la democracia occidental; habla del “pan y circo” romano y lo compara con la televisión. Lamenta usted la vulgaridad general de los países capitalistas. ¿Existe solución? La India o un país como México, o algunos países que no se consideran desarrollados, ¿pueden aportar algo a Occidente?

—Sí. Uno de los temas recurrentes en *El laberinto de la soledad* es la fiesta. La fiesta es un hecho inscrito en el tiempo —las fiestas religiosas es tiempo—, pero es algo que se sale del tiempo. A partir de la fiesta, que es simultáneamente una *interrupción* y una celebración del tiempo, nosotros podríamos contribuir con una crítica del tiempo moderno occidental. No es que crea que el tiempo es ilusión pero sí creo que se ha convertido en una grosera idolatría. *Time is money*. Hay que calmar un poco a los hombres que quieren jugar carreras con el tiempo.

—¿Y qué vamos a hacer con los “hijos de la televisión”, como usted les llama?

—Podría llevar a una división del mundo en dos grupos sociales: los que leen y los que no leen y ven televisión. Esto implicaría una oligarquía de letrados, que tendrían las llaves del poder. Una esclavitud tecnológica frente a la que la de los mandarines en la antigua China sería un juego de niños.

Octavio Paz pide terminar. Pasada ya la mañana, la conversación declina. Quedan pocas preguntas.

—¿Gustará *Vislumbres de la India* a los hindúes y a los ingleses que colonizaron ese territorio? Va a ser un libro muy controvertido.

—Es muy posible. Aunque los ingleses son flemáticos, no les importa mucho lo que opinan sobre ellos la gente de fuera. En la India, en las grandes ciudades los nacionalistas van a estar muy en contra. Sí,

habrá críticas. Pero hay muchísimos hindúes que piensan como yo. Mi visión de la India es la de un mexicano, no la de un inglés.

—Ante la persistencia de la disputa entre el Islam y el hinduismo, ¿qué puede hacerse?

—No lo sé. La fusión no es la única solución. La vieja solución —la islámica, la cristiana— fue imponer la fe. Esto, hoy, no es posible. Queda la vía civilizadora, la de Nehru: la tolerancia, el secularismo. Un Estado moderno que no sea un Estado religioso, que acepte todas las religiones. Es muy difícil esa convivencia —ahí tenemos el desdichado ejemplo de Irlanda—, pero no es imposible.

—¿Cuáles son los peligros?

—La extrema derecha, el renacimiento de los fanatismos religiosos, como ocurre también en el Islam.

—¿No le parece que existe una incomprensión de Occidente hacia la India en relación con todos los problemas de evolución que hay dentro del sistema de castas?

—Los ingleses y todo el mundo han criticado ese sistema pero muy pocos han tratado de comprenderlo. Uno de los propósitos de mi libro, siguiendo al sociólogo francés Louis Dumont, es el de comprender en qué consiste realmente la institución de las castas. Es un problema que los indios tienen que resolver por ellos mismos. No tenemos por qué darles consejos de cómo hacer las cosas.

—¿Su visión de la India no es la de un occidental?

—¡No! Es la visión de un escritor mexicano, hispanoamericano, que encuentra coincidencias y diferencias inmensas entre Oriente en general, la India en particular, y América Latina. Mi mirada a ese mundo es de una gran simpatía. Mis escritos y mi vida muestran que no tengo nada de ese imperialismo occidental. Nunca me sentí identificado con los ingleses; incluso tenía amigos indios con los que al discutir, les decía: “Mira, lo que pasa es que entre tú y yo el obstáculo no es Shiva o Vishnú sino la reina Victoria”.

La entrevista concluye. Paz nos enseña la edición de lujo que el Círculo de Lectores de España hizo de *Vislumbres de la India*. Muestra las

fotos que acompañan al libro: las pruebas prodigiosas de la cultura india. Arquitectura y escultura. Los símbolos religiosos y los templos. Con el último oportito todavía en las manos, el reportero se despide de Octavio Paz y de Marie-José. El tiempo se nos hizo *maya*.

¿“DÍA DE LA RAZA”?

Las palabras, esas “putas”

—como les llamara el poeta—, amanecieron el 12 de octubre de 1990 atrapadas en los medios de comunicación impresos. Y un nombre ocupó la primera plana de los diarios españoles: Octavio Paz, Nobel de Literatura 1990.

ABC y *El Mundo* le dedican un suplemento especial, el primero de veinticuatro páginas tamaño carta, y el segundo, de dieciséis, en forma tabloide. Le siguen *El País* y *Diario 16*, con siete, y *El Independiente* y *La Vanguardia*, con cinco. *El Sol*, sólo tres.

Y todos con editorial. Y todos opinan lo mismo: justo, merecidísimo, incuestionable Premio Nobel de Literatura 1990. Un poeta y ensayista unió el pensamiento disímbolo de los diarios de España. Bien por las letras.

Diferentes tintas y estilos con nombre: Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Damián Bayón, María Zambrano, Rosa Chacel, Fernando Savater, Camilo José Cela, Arturo Uslar Pietri, Jorge Semprún, Pere Gimferrer, Álvaro Mutis, Jorge Edwards, Luis Rosales, Gonzalo Rojas, Antonio Gala, Julián Marías y un sinnúmero de intelectuales se unen a la felicitación por el galardón literario para Octavio Paz.

“Luchador de la libertad”, “un número uno”, “el triunfo de la poesía”, “patrimonio de la humanidad”, “la consagración de un antiguo surrealista”, “el filántropo feroz”, “un lírico universal”, frases que ya

son documento para la continuidad en la historia del “ensayista polémico” y “poeta de la unión” que es Octavio Paz.

¿Cómo se pueden sintetizar alrededor de cien páginas dedicadas en un día al poeta de *Libertad bajo palabra*? Cómo, sobre todo, cuando el propio galardonado tiene desconfianza de las palabras, que son “*aire y se las lleva el aire*”, pero al fin palabras escritas “que están destinadas a permanecer, aunque sea su duración mínima, como la de los periódicos”, un documento, “un cadáver, hasta que no lo revive un historiador”.

Una cosa es cierta: España amaneció con otro rostro al de todos los 12 de octubre desde 1492, porque el día del descubrimiento de América, el “día de la raza”, se convirtió, repetimos —al menos hoy—, en olvido momentáneo para hablar de un latinoamericano: Octavio Paz. Y aunque la conversación, dicen, es un género volátil, el tema fue Paz y no el descubrimiento de hace 498 años. Y todo, gracias a la lengua castellana.

Dice Paz en una entrevista con el poeta Manuel Ulacia: “Para que la palabra hablada sea irrevocable debemos refrenarla, atarla, detenerla”. Ahí están en la prensa española las voces capturadas de los intelectuales, sin entonación, sin miradas, sin sonrisas por el júbilo hacia el premiado. Como escribe Fernando Savater: “Le han dado el Nobel a Paz, me han dado, pues, el Nobel. Estoy muy contento, gracias”.

Es una mata de palabras, un árbol de verbos, un jardín de sinónimos en torno a Paz: “justo”, “grato”, “acertado”, “extraordinario”, “maravilloso”. Muchas palabras sin retoque, sin distinción. Pero que tienen el gusto de decirse porque en España nadie ve error en la Academia Sueca. El idioma de Cervantes nos une en torno a “Octavio Paz, una aventura intelectual de nuestro siglo, que militó en todas las vanguardias estéticas y políticas”, que “apoyó la causa de la República, pensó, rimó, fabuló en hondas páginas de ensayo y de poesía para terminar en el campo del pensamiento renovador”, dice *El Independiente*.

“Para ser justo, hay que recordar que Paz lleva medio siglo en la afirmación invariable de la democracia, especialmente necesaria en su continente que según ha dicho él mismo debe acelerar el proceso

democrático, porque las dictaduras, rojas o blancas, todas son negras”, señala *La Vanguardia*.

“Paz fue uno de los primeros intelectuales latinoamericanos en distanciarse críticamente de regímenes políticos como el cubano, en tiempos en los que sus reproches eran difícilmente entendidos. El paso de los años, y de los acontecimientos, permitió confirmar la lucidez de sus críticas. La capacidad de análisis y el talento literario han sido las constantes que ahora se premian”, según *El País*.

“La denuncia de los Estados totalitarios y autoritarios han encontrado en Paz una pluma agudísima, que puso en la picota de la Historia los discursos del fascismo, del comunismo soviético y del PRI mexicano antes de que los hechos se encargaran de corroborar su inanidad”, sentencia el *ABC*.

“Con Paz triunfa no sólo el poeta y el ensayista destacadísimo, sino el hombre de letras preocupado por su tiempo, el abanderado de la libertad y de la inteligencia crítica, el mexicano que representa a un país emergente y a un continente en ebullición”, afirma *Diario 16*.

Un periodista y escritor muy conocido en España, Francisco Umbral, sin poner reparos al merecido Nobel de Literatura de este año, sí hace una acotación fuera de todo lo antes dicho. Escribió en *El Mundo*:

“Ortega y Paz vienen a ser unos precursores del pensamiento débil, de Vattimo y algunos franceses, que son todos de derecha, una derecha con buena sintaxis... Paz ha ganado el Nobel porque es un progresista aseado, un progresista ambiguo, que es lo que Estocolmo patrocina cuando se trata de pensadores...”

Umbral remata: “Se merece el Nobel... Pero este Nobel, para qué vamos a engañarnos, puede hacer mucho daño en América, y concretamente en México, porque legitima con su indudable prestigio a un hombre que oficia de intelectual del PRI en sus charlas semanales [...], como le hubiera pasado a Rulfo si no se muere a tiempo. Los suecos, llenos de buena voluntad y fascinados por el ensayismo orteguiano de Paz, le han dado su premio, pero quizá ignoran que están ayudando a una dictadura más culpable que la de Pinochet, pues que se pone el antifaz veneciano de la democracia”.

Sólo Umbral lo dijo con esas palabras. Otros ocultaron sus diferencias con Paz, porque lo que importa es el merecido premio literario. Pero las palabras ahí están, escritas, atrapadas. Fueron flor de un día, hasta que alguien venga a desenterrarlas y sean tomadas como documento de un día, aquél en que España amaneció un 12 de octubre hablando más del Nobel de Literatura 1990 que de un “día de la raza” de hace ya 498 años. El rescate de las palabras a favor y en contra de Octavio Paz está por recuperarse.

EL DÍA DE OCTAVIO PAZ

Todo empezó la mañana

del 11 de octubre de 1990. Desde Estocolmo y desde 1901, Alfred Nobel hace estallar su dinamita. Pero esta vez la pólvora explotó en México-Nueva York: Octavio Paz había obtenido el Premio Nobel de Literatura.

En México, porque el poeta nació en Mixcoac. Es mestizo, es mexicano. ¿Por qué no iba a festejarse como día de fiesta nacional?, ¿qué motivos hay para no sentirse orgulloso y dejarse llevar por la felicidad que no tiene ideología?, ¿no pasan esas cosas con el fútbol, por qué no con la literatura? Así fue entendido por la gran mayoría. El triunfo de la razón.

Y en Nueva York, porque el poeta —cuya dirección de Avenida de Paseo de la Reforma 369, de la ciudad de México, ya conoce toda la prensa internacional— se encontraba en ella, *la babel de hierro*. Sin querer, Paz se convertía como la síntesis de la muestra de arte mexicano en el Museo Metropolitano: 30 siglos de nuestra historia cultural. Y la sonrisa de Octavio, al observar las fotos del día siguiente al 11, mostraban la misma magia de la risa de los “caritas sonrientes”, pertenecientes a la cultura totonaca. Él mismo puede descubrirse en uno de sus textos:

“¿De quién o por qué se ríe?... Con el Sol. Hay una complicidad, cuya naturaleza no acierto a desentrañar, entre sus sonrisas y la luz.”

Porque Paz pertenece al Sol, no a la Luna.

La noticia fue primera plana en todo el mundo. Y la reacción unánime: es de los mejores galardonados de literatura, de ese calibre, otorgado por

la Real Academia Sueca. “Ya era tiempo”, se escribió en Estados Unidos. “Es el *grand old man* de la literatura latinoamericana”, dijo el *Times* de Londres. Y *Liberation* en París, recordaba que las opiniones sobre el mundo y la poesía están más allá de las rivalidades nacionales. Menos mal.

En España y en México, el 12 de octubre era un día clave: el descubrimiento de América, en 1492. “El día de la raza” tuvo otro fondo de discusión en España. Había triunfado una vez más la lengua castellana hablada en América.

La poesía apasionada de Paz con amplios horizontes: el místico, el surrealista y el lingüístico. O bien su empeño en el barroco, el romanticismo y el simbolismo, hasta la literatura clásica de España, Inglaterra y Francia. El gran admirador de los barrocos Góngora y Quevedo, así como de Mallarmé, Rimbaud, Wordsworth. O Eliot. Paz es un devorador de libros y de ideas. Se alimenta para después vertirlas en sus ensayos. ¿No es eso bondad y maldad?

Pero Paz es un hombre polémico. ¿Quién que no sea buen escritor no es polémico? Y apasionado. Él mismo ha confesado ser la encarnación de sor Juana Inés de la Cruz. Y surgió la polémica. Y la pasión en torno a su vida y obra e ideas. Pero volvió a triunfar la razón: un premio más que merecido. Un orgullo para México, aunque suene a palabras oficialistas. Ni modo. Basta con mantener la distancia con el *Príncipe*. ¿Todos hacen lo mismo?

Hoy, la dinamita no deja de provocar polvaredas. Han pasado ya 59 días desde que la noticia invadió los medios de comunicación. Y no se deja de escribir del tema. Y el 10 de diciembre, sí, será la entrega oficial del Premio Nobel de Literatura 1990 a Octavio Paz.

Y, desde Estocolmo, se lo contamos. ¿El fin o el principio? El principio no tiene fin, como el mar inabarcable. ¿Será, como dice Paz, hoy un día como los otros?: “Bajo el mismo Sol de todos los días, estoy vivo, y río. Mi risa resuena en el cuarto con un sonido de guijarros cayendo en un pozo. ¿La risa humana es una caída, tenemos los hombres un agujero en el alma? Me callo, avergonzado. Después, me río de mí mismo.”

Y que conste que en Estocolmo no sale el sol en más de siete meses. Aunque los suecos dicen que sí sale, pero no brilla. Sin embargo, la dinamita de Alfred Nobel proyecta todas las luces sobre aquella ciudad.

CON LAS OREJAS DE BURRO

“No: el tema de mi discurso

no se lo puedo decir”, fue la primera negativa de Octavio Paz.

—¿Es un secreto?

—No, pero debo ser reservado.

—Seguro, don Octavio, que son todas sus ideas vertidas en letra escrita.

—Bueno, sí, mis ideas sobre la literatura de América, del continente americano en sus tres grandes divisiones: la lengua española, la lengua portuguesa, la lengua inglesa y su relación con las literaturas europeas.

—Y su concepción de un hombre desilusionado con la izquierda.

—Para mí, la izquierda no ha muerto, aunque ya no creo ni en la izquierda ni en la derecha. Creo en la democracia; hay que votar por ella. Y luchar en contra del nacionalismo y el fundamentalismo que se ha extendido en distintas partes del mundo.

“Éste ha sido un siglo cruel”, dice el poeta mexicano, tras añadir:

—La poesía es básica para la humanidad. Hay que leer poesía. Y es difícil escribirla en una época tan comercializada como la nuestra. Porque la poesía no es una mercancía.

—Pero la poesía también son palabras. Y Elias Canetti ha dicho que las palabras son el poder. El 10 de diciembre usted será galardonado con el Nobel de Literatura. ¿Qué se premia en Octavio Paz?

—He dicho que soy una parte de la literatura mexicana. Y espero que eso mis queridos malquerientes no me lo nieguen, por lo menos.

Escribo en español y formo parte de la literatura mexicana. Tengo un lugar, no sé cuál, tal vez modesto, en la tradición literaria de nuestro país.

—No puede negar que está emocionado.

—Emocionado y bien. Me siento muy bien.

—¿Ganaron las ideas de Octavio Paz con la premiación del Nobel?

—El premio me lo dan por mi poesía. Y lo que ahora está ocurriendo en el mundo confirma muchas de mis precisiones: esto es mejor premio que un Nobel, ¿no cree?

—El premio, dicen, ha suscitado envidias en México.

—Es una minoría la que siempre ha hecho una profesión de la amargura, y una vocación de los pequeños espasmos rabiosos. Pero eso no tiene importancia.

—Por fin se va a conocer otra forma de hablar del mexicano, que no sea la de *Cantinflas*.

—Lo de *Cantinflas* fue una invención poética genial. Sin embargo, mis obras fueron traducidas a otros idiomas antes del Premio Nobel.

—¿Está satisfecho de sus traducciones?

—Sí: he tenido buena suerte con mis traductores. No soy el único: creo que hay otros escritores mexicanos que ya se están dando a conocer en otros idiomas. Esto me alegra.

—¿Cuál es su corriente literaria?

—Somos parte de un gran movimiento de la literatura en la lengua española en América. Esto me parece esencial. Estaría bien que se dieran cuenta en México de que la literatura mexicana forma parte de un conjunto que es la literatura de Hispanoamérica, es decir, la literatura de América escrita en español. Y digo Hispanoamérica para distinguirla de la otra literatura, la de Brasil, escrita en portugués.

—En 1981 estaba usted entre los posibles candidatos al Nobel de Literatura. En ese tiempo respondió a este reportero para el diario *Uno más uno* sobre los premios: que era como ponerle a uno orejas de burro. ¿Cómo se siente ahora?

—Me siento bien.

—¿Se siente bien con las orejas de burro?

—¡Por supuesto!

Octavio Paz llegó a Estocolmo el 6 de diciembre, dos palmas españolas aplaudieron a ritmo de flamenco cuando el poeta irrumpió en el salón Vip del aeropuerto de Irlanda, la mañana del miércoles. Zumbido de cámaras fotográficas. Había llegado el Premio Nobel de Literatura 1990.

—¿Qué relación tiene Paz con la literatura sueca?

—Entré en relación con la literatura sueca cuando vivía en París, en los años sesenta. Ahí conocí a un poeta sueco-rumano, Pierre Zeekeli; juntos hemos traducido a Ekelof, Martinson, Lundkvist y Lindgren. Siempre me ha interesado la traducción de poesía. Es otra manera de escribirla y de vivirla.

Toda la poesía moderna se ha vuelto sobre sí misma. Se refleja sobre su propia naturaleza. Por ello, he dedicado buena parte de mi tiempo a escribir ensayos. No veo ninguna diferencia entre los escritores líricos y los críticos: ambos se complementan.

—Un tiempo que ahora es compensado con millones de pesos.

—No he pensado en el dinero. El dinero no es lo más importante. Lo que importa es el contacto con los lectores. La mayor recompensa es sentir la confianza del lector.

Octavio Paz se disculpa. Está rodeado de periodistas, todos en busca de una confesión. Esperamos el momento propicio para la entrevista amplia con el poeta de *¿Águila o sol?*

UNA POLÍTICA FUNDAMENTADA EN LA POESÍA

Arthur Lundkvist,*

miembro de la silla número 18 del jurado que decide la nominación del Nobel de Literatura, está realmente feliz. Finalmente, su candidato desde 1975, Octavio Paz, es el galardonado este año por la Academia Sueca.

Lundkvist es poeta, y ha sido traducido al español por el propio Octavio Paz. El sueco está ya muy cansado pues 86 años y un problema cardíaco lo tienen inmovilizado. No irá a la premiación. Desde su casa, en el barrio de Salna, verá la ceremonia por televisión. Y el domingo, el poeta de *Árbol adentro* le hará una visita personal.

—Ya me había dado por vencido. Cada año era lo mismo. Votaba por Paz. Y perdía. Este año, cosas de la vida, no voté por él. Supongo que el hecho de que desistiera de mi propósito contribuyó a que el poeta ganara.

Su mujer, María Winé, lo atiende amorosamente. Todo su contacto con el mundo es por teléfono, correspondencia, o a través de la Academia Sueca. El poeta aprendió español desde muy joven. Visitó México. Quiso encontrar el arte en lo más expresivo de nuestro país, no dentro de la literatura. Pero conoció a Paz, la poesía de Paz. Y cambió todo su concepto sobre México y su cultura.

* Falleció en 1993.

—He seguido a Paz paso a paso. Leo todo lo que publica tan pronto como sale. Él siempre ha sido una persona muy controvertida en su país. Unos lo califican de radical; otros, de reaccionario. Yo considero que su postura política es muy compleja. Porque su política se fundamenta en la poesía. Paz mismo asegura que cuando la historia se revela, la imagen se vuelve acto y nace la poesía. La poesía entra en acción. Eso es lo que lo impulsa en la política.

Fue Lundkvist quien introdujo a Paz en Suecia, desde 1960, cuando él mismo tradujo al sueco *La estación violenta*. Ahí, Lundkvist escribe en la presentación: “Paz es una combinación fantástica y fugaz del pensamiento inagotable. Es un futurista. En él triunfa la poesía de México”. Es el mismo Lundkvist que luchó por otro poeta latinoamericano: Pablo Neruda.

—En ese entonces yo tenía pocos años de pertenecer a la Academia Sueca y había empezado a luchar por Neruda. Pero esa lucha sólo duró dos años para que el chileno recibiera el Nobel. Lo de Paz fue diferente.

Abusar de un hombre cansado por la enfermedad y los años, no es justo. Una conversación corta, muy corta.

—Cuando supo que estaba enfermo, me llamó para decirme que le gustaría mucho visitarme, pero no quería presionar bajo ningún aspecto, siendo yo miembro del jurado de los Nobel. Eso se acabó. Hoy Paz es el Nobel de este año. Y yo espero su visita del domingo con enorme satisfacción. Estoy feliz por Octavio Paz.

LAS LITERATURAS DE AMÉRICA

“Gracias” fue la primera

palabra de Octavio Paz en la Academia Sueca. Y el tema de su texto leído: las lenguas europeas que se hablan en América —portuguesa, inglesa, francesa y española—, junto con el sentido de la modernidad, sin dejar de hablar alrededor de su pensamiento político acerca del fin de las ideologías: “el determinismo histórico ha sido una costosa y sangrienta fantasía”.

En diecinueve páginas, el premio Nobel de Literatura 1990 mereció por su lectura un aplauso interminable que sólo él pudo detener. Diecinueve páginas en que condensó sus ideas vertidas en sus obras. Todo, mediante la poesía. Porque, dice, “los poetas saben algo: el presente es el manantial de las presencias”.

Si se intentara hacer una nota informativa del discurso, ¿por dónde empezar; por lo político o por lo cultural? ¿Cómo reducir las palabras escritas, pensando para un texto integral, en una nota para diario?

Lo político: “Las lenguas son realidades más vastas que las entidades políticas e históricas que llamamos naciones. Un ejemplo de esto son las lenguas europeas que hablamos en América”. O bien: “¿Pero qué es la posmodernidad sino una modernidad aún más moderna?” Lo más obvio: “Confiados en que eran dueños de las llaves de la historia, edificaron poderosos Estados sobre pirámides de cadáveres. Esas orgullosas construcciones, destinadas en teoría a liberar a los hombres, se

convirtieron muy pronto en cárceles gigantescas. Hoy las hemos visto caer; las echaron abajo no los enemigos ideológicos sino el cansancio y el afán libertario de las nuevas generaciones. ¿Fin de las utopías? Más bien fin de la idea de la historia como un fenómeno cuyo desarrollo se conoce de antemano.”

También se escuchó el nombre de México en la sala de la Real Academia Sueca. Y el nombre de Revolución mexicana. Dijo:

“A diferencia de las otras revoluciones del siglo xx, la de México no fue tanto la expresión de una ideología más o menos utópica, como la explosión de una realidad histórica y psíquica reprimida. No fue la obra de un grupo de ideólogos decididos a implantar unos principios derivados de una teoría política; fue un sacudimiento popular que mostró a la luz lo que estaba escondido. Por esto mismo fue, tanto o más que una revolución, una revelación.

”México buscó el presente fuera y lo encontró dentro, enterrado pero vivo. La búsqueda de la modernidad nos llevó a descubrir nuestra antigüedad, el rostro oculto de la nación. Inesperada lección histórica que no sé si todos han aprendido: entre tradición y modernidad hay un puente. Aisladas, las tradiciones se petrifican y las modernidades se volatilizan; en conjunción, una anima a la otra y la otra le responde dándole peso y gravedad.”

¿Y el aspecto cultural del discurso no es noticia? ¿No es importante que se nos diga, por ejemplo, la situación peculiar de nuestra literatura frente a las de Inglaterra, España, Portugal y Francia? Octavio Paz escribe:

“Nuestras literaturas, las de América, son literaturas escritas en lenguas trasplantadas. Las lenguas nacen y crecen en el suelo, las alimenta una historia común. Arrancadas de su suelo natal y de su tradición propia, plantadas en un mundo desconocido y por nombrar, las lenguas europeas arraigaron en las tierras nuevas, crecieron en las sociedades americanas y se transformaron. Son las mismas plantas y son una planta distinta.”

Paz, sin negar la relación entre una lengua de América y la de Europa —“una relación que nunca se ha roto”—, confiesa que sus clásicos

“son los de mi lengua y me siento descendiente de Lope y de Quevedo como cualquier otro español... pero no soy español. Creo que lo mismo podrían decir la mayoría de los escritores de los Estados Unidos, Brasil y Canadá frente a la tradición inglesa, portuguesa y francesa.

”Somos y no somos europeos. ¿Qué somos entonces? Es difícil definir lo que somos pero nuestras obras hablan por nosotros.”

Poco más de 40 minutos duró la lectura. Silencio total. Sólo al cambiar de página se escuchaba el ruido que hace el papel al tocarlo. Octavio Paz tocó todos los temas: la gran novedad de este siglo, la aparición de las literaturas de América. La angloamericana coincide con el ascenso histórico de Estados Unidos. La nuestra, la de América Latina, “con las desventuras y convulsiones políticas y sociales de nuestros pueblos”. Así, para tocar el tema de la política nuevamente, “los crepúsculos de los imperios y las perturbaciones de las sociedades coexisten a veces con obras y momentos de esplendor en las artes y en las letras”.

Y regresamos a México: “Los españoles encontraron en México no sólo una geografía sino una historia. Esa historia está viva todavía: no es un pasado sino un presente... nos habla en el lenguaje cifrado de los mitos, las leyendas, las formas de convivencia, las artes populares, las costumbres. Ser escritor mexicano significa oír lo que nos dice ese presente — esa presencia—. Oírla, hablar con ella, descifrarla: decirla...”

Si la felicidad es un instante, Octavio Paz representaba ese instante. Se le veía radiante. “Estoy rodeado de amigos y eso me reconforta”, nos dijo poco antes de su discurso. Paz —era irremediable— recordó sus primeros años de existencia: “Vivía en las afueras de la ciudad de México, en una vieja casa ruinoso con un jardín selvático y una gran habitación llena de libros. Primeros juegos, primeros aprendizajes. El jardín se convirtió en el centro del mundo y la caverna biblioteca en caverna encantada... había una higuera, templo vegetal, cuatro pinos, tres fresnos, un hule de noche, un granado, herbazales, plantas espinosas que producían rozaduras moradas... El tiempo era elástico: era espacio giratorio. Mejor dicho: todos los tiempos, reales o imaginarios, eran ahora mismo.

”Tendría unos seis años y una de mis primas me enseñó una revista norteamericana con una fotografía de soldados desfilando por una gran avenida, probablemente de Nueva York. ‘Vuelven de la guerra’, me dijo. Esas pocas palabras me perturbaron como si anunciaran el fin del mundo o el segundo advenimiento de Cristo... Unos años antes había terminado la guerra y sabía que los soldados desfilaban para celebrar su victoria; para mí aquella guerra había pasado en otro tiempo, no ahora ni aquí. La foto me desmentía. Me sentí, literalmente, desalojado del presente.”

Otra certeza política que acaso podría ser un encabezado periodístico que anuncie el discurso de Paz:

“Estamos al fin de un periodo histórico y al comienzo de otro. ¿Fin o mutación de la Edad Moderna? Es difícil saberlo. De todas formas, el derrumbe de las utopías ha dejado un gran vacío... Por primera vez en la historia los hombres viven en una suerte de intemperie espiritual... La nuestra es la primera que se apresta a vivir sin una doctrina metahistórica; nuestros absolutos —religiosos y filosóficos, éticos y estéticos— no son colectivos sino privados... Imposible saber si las tensiones y conflictos de esta privatización de ideas, prácticas y creencias que tradicionalmente pertenecían a la vida pública no terminarán por quebrantar la fábrica social.

”Los hombres podrían ser poseídos nuevamente por las antiguas furias religiosas y por los fanatismos nacionalistas. Será terrible que la caída del ídolo abstracto de la ideología anunciase la resurrección de las pasiones enterradas de las tribus, las sectas y las iglesias. Por desgracia, los signos son inquietantes... Es cuerdo abstenerse de legislar sobre el porvenir... El ocaso del futuro anuncia el advenimiento de hoy.”

Quien ha leído *Tiempo nublado* o *El ogro filantrópico* no se sorprenderá de las palabras de Octavio Paz. Lo ha escrito innumerables ocasiones en forma de certeza política: en la historia no se puede prevenir el futuro que vendrá. Pero sí se puede luchar contra el mercado que sobre todas las cosas se hace, incluso el hombre. Dice:

“El tema del mercado tiene una relación muy estrecha con el deterioro del medio ambiente. La contaminación no sólo infesta el aire, a los ríos y a los bosques, sino a las almas... Se convierte a las ideas, los sentimientos, el arte, el amor, la amistad y las personas mismas en objetos de consumo.”

La verdad, no hay nada mejor que leer el texto completo de Paz. Una nota escapa a todo el contenido. Es una idea global. Un discurso que aplaudieron más de 500 personas apiñadas en la sala de la Real Academia Sueca. Todo un acontecimiento: un mexicano, que se reconoció como tal en su texto, es ya premio Nobel de Literatura 1990. ¿Por qué no festejarlo todos sin excepción? Porque el lunes, cuando reciba el galardón, todos seremos Paz.

Por lo mientras, ¡vayamos a cenar!

*Marie-José y Octavio Paz durante la
entrega del Premio Nobel de Literatura,
10 de diciembre de 1990*
Colección de Marie-José Paz.



UNA DE VIKINGOS

Les cuento que no es

un cuento y no puede empezar con el “había una vez”. Sin embargo, lo parece porque hay en la historia princesas y reyes que visten de largo y de frac. Y un protagonista: el mexicanísimo Octavio Paz que este 10 de diciembre recibió el Premio Nobel de Literatura 1990. El lugar: en la tierra de los bárbaros, esos feroces guerreros que llegaron a esta parte del mundo cuando empezó a derretirse la enorme capa de hielo, en otros siglos.

Hoy todo aquello es arqueología. Hoy, todo esto es como un guión para ser filmado. Y en el teatro Concert Hall se ensayó desde la mañana la ceremonia de entrega de los premios Nobel a los galardonados en las ramas de Química, Física, Medicina y Fisiología, y Literatura.

El termómetro marcaba cero grados centígrados. Nos salvamos, porque aquí la temperatura en estos tiempos baja a menos diez (¡y el reportero con una simple gabardina!).

Estocolmo: una ciudad con 700 años de existencia, donde nació un hombre y el nombre de un premio: Alfred Nobel, el inventor de la dinamita, que donó su fortuna para crear una Fundación y otorgar galardones a lo más representativo del mundo en las ciencias y las artes ya anunciadas.

El rito empezó a las 4:30 de la tarde. Una tarde oscura, invernal, sueca. Mozart, Strauss, Beethoven, fueron conjurados al evento, y la

Orquesta Filarmónica de Estocolmo los interpretó a la perfección. Cada pieza anunciaba un premiado. En cada instante, las manos de Paz acariciaban sus labios, se arreglaba el pelo. Y, a veces, sus manos jugaban con sus propios dedos. Era como el niño de Mixcoac que silba entre dientes, el mismo niño que inventa alas y echa a volar profecías.

¿Hay que hablar en una crónica de las esmeraldas y brillantes que portaba la reina Silvia y toda su corte? Lars Gyllensten, de la Academia Sueca, hace un panorama general de todos los premiados. Cecilia Jarslkog se refiere en especial a los de Física: Jerome I. Friedman, Henry W. Kendall y Richard E. Taylor.

Fanfarrias para la entrega de los premios. El rey Gustavo hace los honores y ofrece la medalla Nobel del galardón. Sigue Elias Corey, de Química, y luego los de Medicina y Fisiología: Joseph E. Murray y E. Donnall Thomas.

Fuera del Concert Hall, velas de Amnistía Internacional buscando el respeto a los derechos humanos. ¿Pero es que todavía no los respetan? Dentro, Octavio Paz recibe a las 17:20 horas el Nobel de Literatura 1990. Y es ovacionado con 59 segundos de palmadas. Todos los pocos mexicanos que estábamos en el acto —no más de 50— asistimos como testigos por México. Un instante de emoción se le debe de perdonar a cualquiera, ¿o no?

El rito ceremonial termina. Todos los suecos cantan su himno nacional.

Los reyes abandonan la sala. Música de despedida...

¡Vámonos al banquete! A comer perdiz, pescado, vino y champaña. A brindar con Alfred Nobel y los reyes. Las fotos con la reina. Nadie se mueve. Paz busca con los ojos a Marie-José siempre...

¡Vámonos a la fiesta!

Nadie dio importancia al hecho de que el actor de Ingmar Bergman, Max von Sydow, tomaba parte del *show*. La cena, de primera. La música, excepcional. El órgano más grande de Estocolmo sonó a toda su capacidad. El trompetista por poco nos lleva, ahora sí, a un orgasmo. Pompas ricas de colores... y izas! que aparece un mariachi rascuachón

proveniente de París, ¡hazme el favor! Más bien sonido triste. Pero esa noche todo lo perdonamos, porque alcanzamos a ver a varios fantasmas en la sala: Juan Rulfo, Alfonso Reyes, el grupo completito de los Contemporáneos. Pablo Neruda — con sus ojos de sonámbulo— contemplaba la cara sonriente de Paz, y también, cómo no, Jorge Luis Borges.

A Paz lo lleva de la mano a la cena la princesa Cristina y a Marie-José el primer ministro, Ingvar Carlsson. Todo se hace con precisión cronométrica. En orden. Disciplina. Los meseros, más elegantes que muchos que portaban frac. Afuera, frío. Dentro, calor. Y pensar que el año pasado nevó cuando Camilo José Cela recibió su Nobel de Literatura. El vino rojo empieza a subir, después del champaña y el vino blanco. Y claro, aparece Jonathan, el amado. Colorado, enrojecido, es la llama del amor. Era la magia de la noche.

Octavio Paz sigue con su carita luminosa. Sube al estrado, dice su discurso:

Es grande el cielo
y arriba siembran mundos.
Imperturbable,
prosigue en tanta noche
el grillo berbiquí.

“Estrellas, colinas, nubes, árboles, pájaros, grillos, hombres: cada uno en su mundo, cada uno un mundo —y no obstante todos esos mundos se corresponden—. Sólo si renace entre nosotros el sentimiento de hermandad con la naturaleza podremos defender a la vida. No es imposible: *fraternidad* es una palabra que pertenece por igual a la tradición liberal y a la socialista, a la científica y a la religiosa.

”Alzo mi copa — otro antiguo gesto de fraternidad— y brindo por la salud, la ventura y la prosperidad de Sus Majestades y del noble, gran y pacífico pueblo sueco.”

Durante 180 segundos escuchamos el “Brindis” del poeta. Un poeta que palpita, exuda felicidad.

La hora del baile inicia. Y como todos los bailes de esta índole empiezan con un vals, pues así fue aquí. Marie-José mira a Octavio como la primera vez que se conocieron en la India. Y bailaron. Ella con su vestido de terciopelo rojo bermellón, su pelo rubio y largo, adornado con listones; él, de frac riguroso, como un pingüino que sale a pasear a la novia, en una faena jubilosa, de triunfador.

La noche apenas empezaba. Eran las 10:00... y el único que no podía participar del cuento era el reportero que tenía que enviar la reseña antes de las 12:00 para su publicación. Como la Cenicienta, abandonó el palacio, corrió a la Sala de Prensa y, en el trayecto, se le metió el agua helada a su zapato roto. Corría y el frío le golpeaba en la cara. Llevaba las imágenes para narrarlo todo pero el tiempo era muy corto para captarlo lo mejor posible.

Y en el trayecto, el cuento de los vikingos se le olvidó, porque hoy los suecos son socialdemócratas. Aquellos bárbaros que nos cuentan las leyendas ya desaparecieron hace cientos de años. Y hoy, Suecia es uno de los mejores sistemas para la convivencia internacional.

Una cosa resulta cierta de todo esto: Octavio Paz pasó a la historia de los Nobel de Literatura que otorga la Academia Sueca, año con año. ¿Quieren que se los cuente otra vez?

EL POETA EN SU TIERRA

Es 31 de marzo de 1994:

Octavio Paz cumple 80 años. ¿Para qué presentarlo? Acaso decir que vive intensamente el proceso de una entrevista: una forma de corroborar sus ideas y sujetarse a todo tipo de interrogaciones. Nada lo descarta: la pregunta más tonta brinda la oportunidad de saber sobre sus juegos de infancia y su posición frente a la muerte. Poesía y política, revolución e ideologías, comunismo y capitalismo, izquierda y derecha; Chiapas, México y Colosio son los temas de esta larga conversación, en donde las respuestas son sugerentes, claves para conocer al poeta en su tierra.

—¿Qué marcó primero a Octavio Paz, la poesía o la política?

—Nací el 31 de marzo de 1914, el año en que estalla la primera gran guerra y, en México, el año de la ocupación norteamericana de Veracruz, la caída de Huerta y la gran división de los revolucionarios triunfantes. Desde la época de la Intervención francesa y el Imperio hasta los años de la Revolución, la vida privada de mi familia paterna se confundió con la vida pública de México. La política es lucha por el poder pero, asimismo, es lucha de ideas. Mi familia era liberal y las divinidades tutelares de la casa eran los héroes del liberalismo y los grandes revolucionarios franceses... Yo nací entre libros. Uno de mis grandes placeres era hojear, con un primo, los gruesos volúmenes de historia de mi abuelo y detenernos en sus estampas: la toma de Jerusalén por los cruzados, el suplicio de Cuauhtémoc, el Juramento del Juego de Pelota, la batalla de Trafalgar...

Nuestros juegos infantiles eran mojigangas heroicas: los duelos de D'Artagnan, las cabalgatas del Cid, la lámpara de Aladino o las hazañas en las praderas del Oeste de Búfalo Bill. El amor a lo maravilloso mueve a los niños. Y lo maravilloso, para nosotros, era sobre todo la acción. La historia es también acción y por esto los juegos infantiles, sin excluir a los juegos eróticos, son el comienzo, el prólogo de la historia. Muchos años después, en *Pasado en claro*, al recordar los juegos de mi niñez, encontré en ellos una profecía de mi pasión por la historia y por la política. Como la historia, el juego infantil es una acción cuyo sentido último se nos escapa. Quizá la historia, como el juego, es aprender a morir, una escenificación o una alegoría de la muerte.

Y yo en la muerte descubrí al lenguaje:

El universo habla solo
pero los hombres hablan con los hombres:
hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio:
el corral de los juegos era historia
y era historia jugar a morir juntos.

(Pasado en claro)

—Es una visión negra del juego de los niños y de la historia.

—Negra y luminosa. La historia es el lugar de prueba de los hombres. No sabemos a ciencia cierta cuál es su significado pero en la historia —es decir, en la vida en común— el hombre se realiza en lo más alto: la camaradería, la fraternidad, la acción colectiva, el sacrificio. La vida humana —cualquier vida— es historia pues la vivimos frente, entre, contra y con los otros. Y la vida hay que vivirla... El juego infantil es una acción ficticia que nos enseña a vivir y a morir. Parece extraño que, al hablar de historia y de política, hable del juego infantil. Extraño y natural. El juego es misterioso: es una acción imaginaria y que, para los jugadores, es profundamente real. Es una representación y es una iniciación... En resumen: la época en que nací y en la que me formé, así como mi tradición familiar, explican en buena parte mi pasión por la

historia viva: la política. Pero también los juegos infantiles fueron una verdadera iniciación. Aquí interviene otra pasión, la más poderosa: la poesía. A su vez, la poesía es un juego. Un salto mortal. Poesía e historia no son, tal vez, sino las dos caras de la misma enigmática realidad. Ambas están presentes en nuestra infancia.

—Mi pregunta obedecía a lo siguiente: usted ha hablado muchas veces de la contraposición que vivió en los años treinta, ya adolescente, entre sus ideas políticas y sus convicciones estéticas.

—Al principio no me pareció que hubiese una oposición entre la política, que yo concebía en esos años como una actividad revolucionaria, y la poesía. Para mí la poesía era, en ella misma, revolucionaria. De ahí el título de mi primer libro (un balbuceo más que un libro): *Raíz del hombre*. Era poesía erótica y a mí me parecía que, por eso mismo, era poesía revolucionaria. Repetía la frase de Marx: “el radicalismo llega a la raíz”. El amor, el sexo, eran la raíz de hombres y mujeres. La poesía y la actividad revolucionaria no eran esencialmente diferentes, aunque sus modos de operación fuesen distintos. La contradicción era accidental. Las contradicciones esenciales aparecieron un poco más tarde, cuando me enfrenté a la realidad de la política y, específicamente, de la política revolucionaria.

Durante muchos años, incluso cuando ya había abandonado la fe en la política revolucionaria comunista, seguí creyendo que la poesía prefiguraba una verdadera revolución del espíritu. Todavía en 1950, en *¿Águila o sol?*, en la sección final (“Hacia el poema”) digo: “Cuando la Historia duerme, habla en sueños: en la frente del pueblo dormido el poema es una constelación de sangre. Cuando la Historia despierta, la imagen se hace acto, acontece el poema: la poesía entra en acción”. Ya no estaba poseído por la fe en la política revolucionaria y, no obstante, aún permanecía intacta mi creencia en los poderes liberadores de la poesía.

Hoy no creo que la poesía puede cambiar al mundo. La poesía nos ilumina, nos revela rostros secretos de nosotros, puede *encantarnos*. Y sobre todo: puede volver *otro* al mundo, puede mostrar la otra cara de

la realidad. Yo no podría vivir en un mundo sin poemas porque la poesía salva al tiempo, salva al instante: sin matarlo, sin quitarle vivacidad, lo presenta y lo fija. En la poesía hay una unión, transitoria, entre fijeza y movimiento, entre lo permanente y lo instantáneo.

—¿Ésas son algunas de las razones por las que suprimió muchos de sus poemas políticos?

—Las razones que acabo de darle son de orden existencial y filosófico (perdón por la pedantería). También hubo, quizá de manera preponderante, razones de gusto literario y estético. Recuerdo que en esos años —hablo de 1936 o 1937— tuve una discusión con Jorge Cuesta. Él me decía: “usted siempre habla de la pureza y de la libertad de la poesía; sin embargo, en lugar de imitar a los surrealistas —que hacen política pero no escriben poesía política— usted sí escribe poesía política”. Respondí: “Mis poemas políticos no obedecen al dictado del partido ni los considero propaganda. Los he escrito movido por el mismo impulso que me lleva a escribir poemas de amor, poemas sobre un árbol o acerca de un estado de ánimo cualquiera. Todos ellos expresan mi realidad de hombre”. Era sincero: nunca creí en la poesía de propaganda, incluso cuando, sin darme cuenta del todo, incurría en ella. Fui ingenuo...

—Después retiró muchos de esos poemas políticos de su obra poética. ¿Por qué?

—En primer término: no fueron muchos. Además, no suprimí únicamente poemas políticos. Si usted busca, encontrará que son más los poemas desechados por razones de orden estético. Me parecieron y me siguen pareciendo titubeos. Los poemas políticos suprimidos son únicamente cuatro o cinco; los otros, más de sesenta. Ahora que están publicando mis Obras Completas, he tenido que enfrentarme a la penosa verdad: ¿qué hacer con los poemas suprimidos? Decidí coger al toro por los cuernos. En el tomo XII, que aparecerá a fines de este año o a principios del próximo, intitulado *Primeras letras*, he incorporado los poemas suprimidos. Me doy cuenta de que se trata de un artificio pero no hay remedio. Los poemas que aparecen en *Primeras letras*, más de ochenta, son tentativas y deben distinguirse de los que figuran en la *Obra poética*.

Los poemas incluidos en *Primeras letras* comprenden varios periodos: uno, no recogido nunca en libro, compuesto por composiciones escritas en 1931, cuando era un mocoso (tenía 17 años) y por otras de mi época en la Preparatoria, cuando hicimos *Barandal* y, después, *Cuadernos del Valle de México*; enseguida, un grupo de poemas —los publico porque no tengo más remedio, son los que menos me gustan— publicados en un folleto por Miguel N. Lira: *Luna silvestre*; después, íntegro, *A la orilla del mundo*, un libro publicado en 1942 y que reúne varios libros o colecciones: *Raíz del hombre*, *Bajo tu clara sombra*, *Noche de resurrecciones*, etcétera; a continuación *Entre la piedra y la flor* (primera versión de mi extenso poema sobre Yucatán) y los *Cantos españoles* (tres poemas sobre la guerra de España); en fin, lo que queda de una serie llamada *Vigilias*. ¿Por qué republico todo eso? Porque si no lo hago yo, lo harán otros el día en que muera. Ésa es la horrible costumbre moderna. Aunque esos textos no tienen verdadero valor literario, son parte de mi formación poética. Son mi prehistoria. Aclaro que no hay nada inédito, excepto un poema intitulado “Poema de la mujer asesinada”. Es divertido, un *pastiche* de la vanguardia poética de esos años.

—Usted es muy dado a la corrección de su propia obra.

—He corregido mucho, sí. Estaba y estoy poseído por un sentimiento de inseguridad. También por la manía de la perfección, una manía que nace, quizá, de la insatisfacción ante lo hecho. A veces me pregunto si hice bien o mal. Tal vez la primera versión era la más espontánea o la mejor. Ya es muy tarde para arrepentirme. Esas ediciones andan por ahí, entre el público, que es el verdadero juez. El público y el viento son los que escogen al final. Yo me consolaría si quedasen de mí una docena de poemas. ¿Cuáles? No lo sé...

—¿Qué papel tiene la poesía entre el Estado y la sociedad? En *El arco y la lira* hay un ensayo sobre este tema.

—Sigo pensando lo mismo. En aquel capítulo de *El arco y la lira* (un pequeño ensayo por sí solo, como su título lo dice: “Poesía, sociedad y Estado”), procuré distinguir entre el arte que expresa las creencias, ideas y valores de una comunidad y el arte estatal. Ejemplo de lo primero fueron

el arte griego en el periodo de la democracia ateniense y el arte religioso medieval. Le leeré un párrafo de lo que digo en ese texto: “el arte griego —me refería a la tragedia clásica y a la comedia de Aristófanes— participó en los debates de la ciudad porque la naturaleza misma de la polis democrática exigía la libre opinión de los ciudadanos sobre los asuntos públicos... El arte gótico (lo mismo puede decirse del románico) no fue obra de papas o de emperadores sino de las comunidades, las ciudades y las órdenes religiosas...” Y concluía: “las relaciones entre el Estado y la creación artística dependen, en cada caso, de la naturaleza de la sociedad a que ambos pertenecen. Pero en términos generales el examen histórico corrobora que no solamente el Estado jamás ha sido creador de un arte de veras valioso sino que cada vez que intenta convertirlo en instrumento de sus fines acaba por desnaturalizarlo y degradarlo. Así, el *arte para pocos* casi siempre es la libre respuesta de un grupo de artistas que, abierta o solapadamente, se opone a un arte oficial o a la descomposición del lenguaje social. Góngora en España, Mallarmé ante los filisteos del Segundo Imperio y la Tercera República, son ejemplos de artistas que, al afirmar su soledad y rehusarse al auditorio de su época, logran una comunicación que es la más alta a la que puede aspirar un creador: la de la posteridad”.

He defendido el “arte para pocos” no por una superstición aristocrática o elitista sino porque siempre implica una protesta y una negación del gusto oficial. Esto es particularmente cierto en la época moderna, desde el simbolismo hasta nuestros días. Cuando se habla de la crítica a la sociedad moderna, la mayoría se refiere a los economistas, los sociólogos, los psicoanalistas y otros profetas. Sin embargo, las descripciones y retratos más veraces y profundos de la sociedad contemporánea y de sus vicios, deformidades e iniquidades han sido obra de grandes escritores y poetas. Un Kafka, un Eliot, un Proust. Y hay algo más: la vida secreta del hombre y de la mujer del siglo xx, los sentimientos de amor, odio, la atracción física, la fascinación por la muerte, el ansia de fraternidad, el asco y el éxtasis, todo ese universo que es cada ser humano, ha sido el tema de los poetas y novelistas contemporáneos. Es un mundo que no ha sido

estudiado ni tratado por los pensadores políticos modernos y aún menos por los sociólogos y los economistas. Para conocer, lo que se llama *conocer*, al hombre moderno, no hay que leer un tratado de economía sino una novela de Faulkner o un poema de Neruda.

Hay una anécdota de Lenin que a José Revueltas le gustaba contar y que a mí me escandalizaba. Según parece, oyendo una sinfonía de Beethoven, Lenin dijo: “No habría que oír esta música pues al oírla dan ganas de abrazar al vecino, incluso si es un burgués. Y en esta época no hay que abrazar sino golpear”. La pedagogía de los bolcheviques era cruel y terminó en la construcción de inmensos campos de concentración que les parecían “escuelas de reeducación por el trabajo”. La poesía ha sido la gran ausente del pensamiento político moderno. ¡Y así nos ha ido! Una de las cosas reconfortantes de Marx es la frecuencia con que cita a los grandes poetas. A casi todos los marxistas del siglo XX —y a los grandes politólogos de otras tendencias— se les ha olvidado que el hombre es un ser de pasiones, sentimientos, sueños, deseos, impulsos conscientes e inconscientes. Olvidar todo esto, en la esfera de la política, lleva a la deshumanización.

Si después del fracaso del socialismo autoritario nace un nuevo pensamiento político, tendrá que incorporar toda la herencia viva de la poesía y la literatura de la edad moderna. Aquél que quiera saber algo de los hombres, deberá de leer a Shakespeare: ahí está develado el misterio de la política... El tema de la enajenación ha sido incansablemente tratado, después de Hegel, por sociólogos, psicólogos y por muchos escritores políticos. Todas esas lucubraciones palidecen ante *The Waste Land*. El poema de Eliot nos revela la desolación de la ciudad moderna: edificios de piedra, hierro y vidrio recorridos por sombras, los hombres modernos. El reino de la esterilidad.

—Siempre ha tenido un acercamiento a la política desde una perspectiva poética. ¿Por qué Octavio Paz tiene fascinación por la política, si la poesía y la política son dos lenguajes diferentes?

—La política es fascinante porque nos muestra la faz de la historia. Y la historia es el tiempo humano, el tiempo encarnado en las vidas de

unos hombres que son mis contemporáneos. Además, soy hijo de una vieja tradición poética. En Dante la poesía es inseparable de la filosofía, del amor y de la política. Lo mismo ocurre con Milton y, en la edad moderna, con Whitman y con Víctor Hugo. En el siglo XX los ejemplos son tantos y tan conocidos que no vale la pena mencionarlos. Por otra parte, cuando escribo acerca de asuntos políticos, trato siempre de hacerlo en términos políticos y morales. Para mí la relación entre política y moral es esencial. Cada una tiene su ámbito propio pero hay vasos comunicantes entre ellas. Por último: recuerde lo que le dije acerca de la función subversiva, rebelde, de la poesía en el mundo moderno... En realidad, me he ocupado poco de política. Compare mis textos políticos con lo que he escrito, en prosa y en verso, sobre otros asuntos: el erotismo, el amor, la antropología, la historia, el fenómeno poético, los poetas contemporáneos, el arte, la vida mexicana. Para mí, la política no ha sido una pasión exclusiva. Ni siquiera una pasión predominante.

—Le preguntaba lo anterior porque hay gente que piensa que una cosa es el poeta Octavio Paz y otra el pensador político Octavio Paz. Algunos aceptan al poeta, no al político.

—Bueno, es una división lícita aunque superficial.

—Hace un rato habló de Lenin y de Marx. Usted se ha considerado un interlocutor de la izquierda: ¿por qué?

—Porque nací con la izquierda. Me eduqué en el culto a la Revolución francesa y al liberalismo mexicano. En mi juventud hice mía la gran y prometeica tentativa comunista por cambiar al mundo. La idea revolucionaria fue y es un proyecto muy generoso. Mis afinidades intelectuales y morales, mi vida misma e incluso mis críticas, son parte de la tradición de la izquierda. No olvide que lo que hoy llamamos *izquierda*, comenzó en el siglo XVIII como un pensamiento crítico. La gran falla de la izquierda —su tragedia— es que una y otra vez, sobre todo en el siglo XX, ha olvidado su vocación original, su marca de nacimiento: la crítica. Ha vendido su herencia por el plato de lentejas de un sistema cerrado, por una ideología... A pesar de que mi diálogo con la izquierda se ha transformado con frecuencia en disputa, nunca se ha interrumpido. Al menos

por mi parte. En mi fuero interno converso y discuto silenciosamente con mis adversarios. Son mis interlocutores... Se trata de un diálogo en vías de extinción: pronto no habrá derecha ni izquierda. De hecho esa división ha desaparecido casi enteramente en Europa.

Los grandes temas que, muy probablemente, apasionarán a la gente en el siglo XXI serán muy distintos a los que han preocupado a la izquierda en el siglo XX. Me refiero a temas no previstos por el pensamiento marxista, como la cuestión ecológica. En el siglo XXI los hombres se enfrentarán a una gran amenaza, tal vez la más grave de nuestra historia desde el periodo paleolítico: la supervivencia de la especie humana. No pienso nada más en las terribles y tal vez irreparables destrucciones del medio natural por la alianza de la técnica y el espíritu del lucro del régimen capitalista, sino también en otros peligros: los avances de la biología genética y la tentativa por *manufacturar* —ésta es la palabra— artefactos inteligentes. Nos amenaza una nueva barbarie fundada en la técnica.

—Ahora mismo, con esas predicciones, usted sigue siendo un interlocutor muy incómodo para la izquierda, ¿no cree?

—No he sido ni soy más incómodo que León Trotski. El revolucionario ruso nunca dejó de ser de izquierda y, sin embargo, fue visto como un verdadero demonio. No oso compararme con Trotski sino que subrayo, con su ejemplo, la incapacidad que ha mostrado la izquierda para soportar a sus críticos. Nietzsche decía que el valor de un espíritu se mide por su capacidad para enfrentarse a la crítica, asimilarla y transformarla.

—Usted ha modificado mucho su pensamiento político en relación al comunismo. Sus críticas empezaron por los años cuarenta.

—Mis primeras dudas comenzaron en España por los métodos abominables que emplearon los comunistas para combatir a la oposición de izquierda, es decir, a los anarquistas, al POUM y a los trotskistas. Después, la disputa entre los estalinistas y los trotskistas me abrió los ojos sobre muchas cosas. Hice más las críticas del trotskismo al estalinismo. Posteriormente, asumí las críticas al trotskismo de mucha gente que no

era trotskista, como Victor Serge. Mi gran ruptura ocurrió al comenzar la década de los años cincuenta, cuando descubrí la existencia de campos de concentración en la Unión Soviética.

—Con todo respeto, ¿le parece aplicable a su persona el término de anticomunista?

—No. Es reducirme a una actitud muy negativa e ignorar todo lo que he querido ofrecer de positivo. Es tonto y mezquino llamarme anticomunista. Tonto porque no me define; mezquino porque se me quiere reducir a un *anti*.

—¿Cómo se definiría a nivel político?

—No quiero ni puedo definirme. No sé cómo podría hacerlo. Cada hombre es un ser complejo y difícil de entender. Yo no soy una excepción.

—¿No teme, como usted dijo de Trotski, morir en “una cárcel de conceptos”?

—Yo no tengo un sistema hecho de conceptos. Trotski fue un pensador notable, un gran dirigente y un gran estratega. Una figura admirable y patética. Yo soy apenas, si algo soy, un poeta. No postulo ningún absoluto. Trotski murió encerrado en la convicción de que la revolución era la verdad histórica del siglo XX; hoy sabemos que se equivocó. Lo repito: sólo soy un poeta...

—Un poeta que defiende con gran pasión su pensamiento político.

—Sí, pero no como si fuese una verdad absoluta. Mis ideas son opiniones. Las defiende y las he defendido por fidelidad a mi verdad relativa. Esto me ha convertido en una persona difícil, detestada por mucha gente. Lo siento. Mi actitud no ha sido la del político ni la del escritor que, en busca del éxito y la fama, adula a sus lectores. Hay que arriesgarse a ser impopular. ¡Qué más quisiera uno que ser querido por todos! No quise hacer una “carrera” literaria; quise ser fiel a mí mismo.

—Se habla mucho del fin de las utopías. ¿O fin de las dictaduras comunistas? ¿Habrá también fin del liberalismo y del capitalismo?

—La expresión “fin de las utopías” se ha extendido en todo el mundo. A Marx le habría escandalizado. Y con razón. Él siempre subrayó que su socialismo no era utópico sino científico. Lo mismo dijo Engels y

todos los marxistas, de Bernstein a Kautsky, de Rosa Luxemburgo a Lenin. Si se quiere ser exacto, hay que hablar del fin de un tipo de socialismo que se pretendió científico: el marxismo. Los supuestos centrales del pensamiento marxista han sido refutados por la historia. Por ejemplo, una de sus afirmaciones esenciales consistía en ver al proletariado como a una clase universal y revolucionaria *per se*. Ha pasado más de un siglo desde que apareció el *Manifiesto comunista* y no han surgido revoluciones proletarias, en el sentido verdadero de la palabra, en ningún país desarrollado. ¿Qué queda del marxismo? Muchas cosas y algunas de ellas muy valiosas. Queda su temple crítico y, sobre todo, su legado moral.

El liberalismo tampoco me parece un pensamiento político eterno. El liberalismo, aparte de haberse mostrado impotente, por lo menos hasta ahora, para resolver graves problemas, como el desempleo, no responde a más de la mitad de las cuestiones esenciales que los hombres se hacen. El liberalismo nada nos dice sobre la igualdad y la fraternidad. A mí no me satisface ni nunca me ha parecido un ideal de vida el mundo que nos ofrecen las democracias liberales capitalistas. Vivimos hoy una pausa histórica porque las recetas revolucionarias y las del liberalismo han mostrado muchas insuficiencias. Hay que elaborar un nuevo pensamiento político. A esto me refería cuando hablé de la caducidad de los términos “izquierda y derecha”.

Un nuevo pensamiento político debería volver a los clásicos de nuestra tradición. También tendría que rescatar lo rescatable del gran siglo XIX: el pensamiento libertario y el socialista. Tendría que tener en cuenta a la ciencia, sobre todo a la biología molecular y a la genética. Por último, no temo repetirme, debería recoger las visiones sobre el hombre y la sociedad que nos han dejado nuestros grandes poetas y novelistas. Concebir un nuevo modelo de sociedad implica reconsiderar nuestras ideas acerca de la propiedad privada y sus límites; el nacionalismo, en su esencia legítimo pero que se ha vuelto la enfermedad ideológica de este terrible fin de siglo; la democracia... Es claro que debemos repensar la cuestión de la democracia. El modelo político que nos presentan las sociedades

desarrolladas es una versión degradada del ideal democrático. Es irónico: mientras nosotros luchamos por convertir a México en una verdadera democracia, en las democracias europeas y en la norteamericana aparecen lacras que no previeron los fundadores. En *Itinerario* me he ocupado sobre esto, con alguna extensión. Naturalmente lo que digo ahí son opiniones; no son ni quieren ser una teoría o un sistema.

—Me parece que tiene usted una visión optimista del futuro.

—¿Le parece? Yo diría lo contrario. No me resigno a este desastroso fin de siglo, lleno de sangre, lodo y estupidez. ¿Comienza una nueva edad bárbara, como la de los siglos oscuros después del fin de la Antigüedad grecorromana? Ya le dije lo que temo: la barbarie técnica.

—¿Llegará el hombre a superar las ideologías?

—Las ideologías nacen y mueren. Son más resistentes las ideas y aún más las creencias. Más abajo, más hondo, están los sentimientos y las emociones. El secreto de la perennidad de las religiones es que son una respuesta a los sentimientos más profundos del hombre. La muerte, la conciencia de morir, es la señal del nacimiento del hombre: al nacer sabemos que moriremos. Por esto, porque somos mortales, tenemos religiones. O sucedáneos groseros de la religión, como las ideologías y las supersticiones. Unos pocos, los más valientes, en lugar de creencias religiosas tienen convicciones filosóficas. Entre la religión y la filosofía están la poesía, la literatura y el arte: no son una respuesta sino una expresión de la condición humana. Por esto el arte y la poesía duran más que las religiones y las filosofías: ya nadie cree en Zeus o en Palas Atenea, pero muchos siguen leyendo la *Odisea* y la *Ilíada*. Casi nadie cree en los milagros que pinta Giotto pero su pintura permanece. Tampoco es necesario ser budista para contemplar y amar los frescos de Ajanta.

—¿Algún día ha pensado que la poesía podría ser el alimento espiritual de la sociedad?

—Siempre lo he creído. Incluso ahora. ¿Se ha fijado que en tiempos de guerra o de revoluciones la gente lee más poesía que en épocas de paz? La poesía es un arte sintético: en una frase expresa un mundo. En esto, la poesía lírica es superior a la novela y a la poesía épica. ¿Quiere saber lo

que son los celos para un enamorado? Lea a Catulo. Lo dice en dos líneas: “Amo y odio —no sé por qué pero lo sufro...”

—¿Dividiría su trabajo poético de su pensamiento político?

—Lo divido, sí. Mis textos políticos están fechados y no están destinados a durar. Yo no soy un pensador político: soy un hombre con ciertas ideas políticas y con algunas opiniones. No le ofrezco a mis contemporáneos un sistema o una filosofía. Mis opiniones son circunstanciales y, en cierto modo, pragmáticas. Son el resultado del ejercicio de mi libertad como ciudadano. Mi pasión por algunos temas políticos es de orden moral y ha sido una consecuencia, como le dije al principio de nuestra conversación, de mi interés infantil por la historia. Niño aún, descubrí que el hombre es diverso y cambiante. Cada época y cada civilización es distinta. El amor a la historia me llevó a descubrir a los otros: culturas ajenas, épocas lejanas. De ahí mi interés por el mundo precolombino, por la India o por el Extremo Oriente. También por la historia de Occidente, comenzando por la de España: somos españoles por la cultura. En México descubrí que era europeo; en Europa descubrí que era mexicano.

Los otros son parte de mi destino terrestre. Sin ellos no puedo ni comprenderme ni existir verdaderamente. Me parece que todo lo que acabo de decirle explica, no sé si cabalmente, mis escritos no sólo sobre temas políticos sino sobre otras civilizaciones o asuntos de antropología, como mi pequeño libro acerca de Levi-Strauss. Otro libro mío que toca estas cuestiones desde un ángulo distinto al usual es *Conjunciones y disyunciones*. Es un examen del erotismo indio y oriental (tantrismo y taoísmo) frente al erotismo cristiano protestante y al moderno. Me parece que ahí expongo ideas que tienen alguna originalidad. Ese librito forma parte de un grupo de obras mías que giran en torno a lo que llamaba Fourier la “atracción pasional”, es decir, la ley de la universal gravitación erótica. Una ley no menos poderosa que la de Newton. Me refiero a libros como *La llama doble*, el ensayo sobre Sade y otros textos.

—Todo esto nos ha alejado mucho de la política.

—No tanto. La política es el arte de convivir con los otros. Todos mis escritos están en relación —incluso en convivencia— con lo que a

veces se llama la *otredad*. En mis poemas más íntimos, en los que hablo conmigo mismo, hablo con el *otro* que soy; en mis poemas eróticos, con la *otra*; en mis escritos en los que toco temas de religión, metafísica o filosofía, interrogo a lo *Otro*. Los hombres y las mujeres vivimos siempre con los *otros* y *ante* lo *Otro*. Esto y aquello: pertenecemos a dos mundos distintos e inseparables. Al comenzar nuestra charla hablamos de los juegos infantiles como una representación y una iniciación del juego trágico de los adultos: vivir y morir. El juego infantil requiere, para desplegarse, un espacio mágico que lo separa automática y efectivamente del espacio real. Esa separación es también unión. El espacio mágico del juego posee una realidad que, a pesar de ser imaginaria, no es menos real que la de la realidad. El jardín es el ejemplo más claro y universal de un espacio mágico profundamente real. Es el teatro de nuestros juegos pasionales.

—En sus poemas hay muchos jardines.

—Sí, hay muchos y todos ellos son el mismo jardín: es el espacio de la revelación. El jardín es naturaleza pero naturaleza transfigurada. El jardín es uno de los mitos más antiguos y aparece en todas las civilizaciones. Piense en el Jardín del Señor, en el Edén, en el Paraíso Terrenal. Es el reino perdido: la inocencia del primer día. El jardín simboliza la unidad primordial, fundada en el pacto entre todos los seres vivos. En el paraíso el agua habla y conversa con el árbol, con el viento, con los insectos. Todo se comunica, todo es transparente. El hombre es parte del todo. La ruptura del pacto, la expulsión del jardín, es el comienzo de la inmensa soledad cósmica: las cosas, desde los átomos a los astros, caen en sí mismas, en su realidad solitaria; los hombres caen en el abismo transparente de su conciencia, en su *sinfin*... El jardín restaura, así sea parcial y provisionalmente, el pacto del principio, la unidad original de la pareja, la reconciliación con la totalidad cósmica. En algunos poemas míos, a pesar de sus palmarias imperfecciones, alienta esa aspiración hacia esa realidad plenaria que simboliza el jardín en su fantástica geometría hecha del cielo y agua, árboles y prado, flores, pájaros, perros, insectos, reptiles, gatos. El jardín es el teatro de los juegos de la infancia y de los juegos pasionales del amor. En mi caso, dos jardines:

el de mi niñez, en Mixcoac, y el de mi madurez, en Delhi. Hablo de ellos en “Cuento de dos jardines”...

La existencia de jardines en todas las civilizaciones y sociedades se explica, quizá, por la universalidad del deseo que satisface esa singular creación. Nostalgia de la unidad primordial entre el mundo humano y el mundo natural. Restaurar esa unidad, así sea precariamente, es entrever nuestra condición original:

La pareja es pareja
porque no tiene Edén,
Somos los expulsados del Jardín
y estamos condenados a inventarlo...

—Hablemos de las revoluciones. Ha escrito usted que las revoluciones son “una pasión generosa y un fanatismo criminal, una iluminación y una oscuridad”. Hemos vivido dos siglos de revoluciones: ¿hay otro camino en busca de la igualdad y la justicia?

—Sí, hay otros caminos. No todas las transformaciones sociales han sido obra de la violencia revolucionaria. Tampoco es cierto que la violencia sea la partera de la historia. Con frecuencia los frutos de esos partos violentos han sido fetos. Las revoluciones, como las religiones, son iluminación y oscuridad: san Francisco de Asís y el inquisidor Torquemada, Marx y Stalin. La tendencia de las religiones y de las revoluciones a transformarse en regímenes que practican el terror desde lo alto — los ejemplos modernos son el nazismo y el fascismo, las dictaduras comunistas y el Islam— se explica, sobre todo, porque esas ideologías introducen en la política nociones e ideas absolutas. La política, por definición, es el reino de los valores relativos; la tiranía, en cambio, se presenta casi siempre enmascarada por un absoluto: un hombre, una idea, un fetiche.

—No se puede condenar de una manera absoluta a la violencia.

—Claro está que no. Tampoco hay que idealizarla.

—La revuelta de Chiapas ha provocado quiebras y rupturas en el sistema político mexicano.

—Me alegra que usted la llame *revuelta* y no *revolución*. El levantamiento de Las Cañadas no es ni por sus dimensiones ni por su programa, una revolución. Por lo demás, con o sin conflicto chiapaneco, el sistema político mexicano tenía que experimentar la crisis por la que ahora atraviesa. Desde hace más de veinte años indiqué que, si no se hacían ciertas reformas democráticas, el sistema y el país entero se exponían a graves trastornos. Si no hubiese ocurrido lo de Chiapas, se habrían presentado otros conflictos. Las reformas electorales, aunque tarde, se han hecho y se están haciendo. Lo que debemos hacer ahora, especialmente después del cobarde asesinato de Luis Donaldo Colosio, es afianzar esas reformas y lograr que se realicen unas elecciones limpias. La disyuntiva es clara: o logramos crear las condiciones políticas para instaurar de manera pacífica una auténtica democracia o regresaremos a una época que las generaciones actuales no conocen pero que yo viví en mi infancia: revueltas, desórdenes y la perpetua amenaza de una dictadura personal (Carranza, Obregón, Calles). El asesinato de Colosio ha desenterrado muchos fantasmas. Hay que evitar el regreso del pasado. Y la única manera es afirmar los valores democráticos y los métodos pacíficos.

—¿Y las autonomías para las comunidades indígenas?

—Depende de lo que se entiende por autonomías. Apruebo con calor la idea, si se trata de preservar las culturas indígenas y de vivificarlas y renovarlas; la repruebo, si se pretende otorgar a grupos minoritarios un estatuto jurídico, legal y político distinto al del resto de los mexicanos. No puede haber dos leyes ni dos naciones. Sería traicionar al proyecto nacional, un proyecto que comenzó en el siglo XVI y al que las Constituciones de 1857 y de 1917 le dieron plena actualidad y vigencia. México no nació como una confederación de naciones. En este sentido las autonomías políticas significarían un regreso al mundo precolombino y a su pluralidad de pueblos en lucha perpetua unos contra otros. En México no ha habido nunca “reservaciones” para los indios. Hay que satisfacer las justas demandas de las comunidades, hay que ponerlas en igualdad de circunstancias y oportunidades con el resto de la sociedad

mexicana, no hay que apartarlas ni segregarlas. Esto último sería un arcaísmo suicida.

—Cuando hablamos del fin del siglo y pensamos en una persona con ochenta años de edad, que hoy usted cumple: ¿cómo contempla el mundo y cómo se contempla Octavio Paz a sí mismo?

—En un poema, “Elegía interrumpida”, cuento los muertos de mi casa y al hablar de mí mismo me pregunto: “¿soy el error final de sus errores?” No puedo contestar esa pregunta. Soy humano, una criatura falible, con su fardo de pecado y de algunas cosas buenas. No me arrepiento de mi pasado ni me doy golpes de pecho. Lo único que puedo decir es que sigo amando a la vida. La sensación con la que me levantaba de niño, al amanecer, cuando salía el sol en el pueblo de Mixcoac, ese aire frío de las mañanas de nuestro altiplano, me sigue pareciendo tonificante. Es un reto, una invitación a vivir.

—¿Y la muerte?

—No cierro los ojos ante ella. Al contrario, quiero tenerlos abiertos. No se vive del todo si no vivimos con ella. Platón decía que filosofar es prepararse a morir. Yo diría que la vida misma es preparación para la muerte. Vida y muerte son mitades de la misma esfera. La muerte no es lo contrario de la vida: es su consumación. Si amo a la vida, ¿cómo podría temer a la muerte?

Fotografía de Rogelio Cuéllar, 1975.



AGRADECER Y DEDICAR

A René

Nájera Corvera, por la idea original de reunir estas entrevistas. Al *Unomásuno* de Manuel Becerra Acosta, y a *La Jornada* de Carlos Payán Vélver, por las facilidades para la realización de mi trabajo de reportero.

A Guillermo Arreola, por su colaboración en la edición de este libro —y más—. A Marie-José Paz, por el cuidado en la selección de las fotografías. A Elena Poniatowska, por sus sugerencias cuando este libro no existía.

Gracias: Carlota Orozco, por tu hospitalidad en Estocolmo. Mis amigos de España: Javier Barbancho y Liliana Jacott, por su entrañable solidaridad. A Adriana Malvido, por nuestra amistad. A la periodista Dorothea Hahn —una alemana en París—, por las acaloradas discusiones sobre nuestro oficio.

La primera vez que se publicó este libro fue gracias a la iniciativa de la editora Consuelo Sáizar: Mi reconocimiento y amistad. Ahora que se vuelve a editar, debo agradecer a Luis Castro Obregón, presidente del Partido Nueva Alianza, sus diligencias.

Finalmente, y por ser éste mi primer libro de entrevistas, quiero dedicarlo a dos criaturas adorables: Leopolda Villegas y Francisco Peralta: mis padres.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Aguilar Camín, Héctor, 44
Alberti, Rafael, 97
Alejandro Magno, 96
Alighieri, Dante, 97, 170
Álvarez Bravo, Manuel, 89
Aragon, Louis, 95
Aridjis, Homero, 43
Aristófanes, 57, 168
Aron, Edith, 104
Artaud, Antonin, 87, 88
Asiain, Aurelio, 73
Aspe, Pedro, 71

B

Balthus, Balthasar Klossowski, llamado, 89
Batista, Fulgencio, 53
Baudelaire, Charles Pierre, 26, 87, 98
Bayón, Damián, 139
Beethoven, Ludwig van, 159
Beltrán, Nefthalí, 43
Bergman, Ingmar, 160
Bernárdez, Aurora, 105, 106
Bernstein, Eduard, 173
Bianco, José, 21, 100, 104, 107

Bioy Casares, Adolfo, 100, 104
Bolívar, Simón, 60
Borges, Jorge Luis, 23, 30, 40, 46, 97, 104, 105, 161
Breton, André, 21, 87, 88, 89, 90, 118
Búfalo Bill, William Fedrerick Cody, llamado, 164
Buñuel, Luis, 90, 94
Burroughs, William, 91

C

Cabrera Infante, Guillermo, 139
Calles, Plutarco Elías, 79, 133, 178
Campos, Haroldo de, 82
Camus, Albert, 118
Canetti, Elias, 145
Cantinflas, Mario Moreno Reyes, llamado, 146
Cárdenas, Cuauhtémoc, 30, 65, 66, 71
Cárdenas, Lázaro, 30, 78
Carlsson, Ingvar, 161
Carranza, Venustiano, 178
Carpentier, Alejo, 88
Carter, James, 59
Castillo Nájera, Francisco, 129
Castro, Fidel, 60, 77, 105, 106, 107
Catulo, 175
Cavafis, Constantin, 26
Cela, Camilo José, 139, 161
Celan, Paul, 104
Cervantes Saavedra, Miguel de, 37, 47, 140
Chacel, Rosa, 139
Chamberlain, Owen, 59
Charlot, Jean, 88
Chumacero, Alí, 43
Colina, José de la, 87
Colosio Murrieta, Luis Donaldo, 163, 178
Colle, Pierre, 89
Corcuera, Carmen, 89
Corey, Elias, 160
Cortázar, Julio, 21, 36, 46, 103, 104, 105, 106, 107
Cruz, Sor Juana Inés de la, 29, 35, 144
Cuesta, Jorge, 21, 43, 118, 166

D

Dalí, Salvador, 43
Darío, Rubén, 22, 61, 97, 98
Delacroix, Eugène, 87
Délano, Luis Enrique, 96
Desnos, Robert, 87, 88
Donnall, Thomas E., 160
Dumont, Louis, 136

E

Echeverría Álvarez, Luis, 67
Edwards, Jorge, 139
Ekelof, Gunnar, 147
Eliot, Thomas Sterns, 25, 26, 126, 144, 168, 169
Engels, Friedrich, 172
Estrada, José María, 88

F

Faulkner, William, 169
Ferry, Gabriel, 88
Flores Olea, Víctor, 117
Fourier, Charles, 175
Francisco de Asís, San, 177
Franco, Ernesto, 82
Friedman, Jerome I., 160
Fuentes, Carlos, 21, 79, 109, 118

G

Gala, Antonio, 139
Galileo, Galilei, llamado, 96
Gandhi, Indira, 133
Gandhi, Mahatma, 133
Gandhi, Rajiv, 133
Gaos, José, 117
Garbo, Greta, 96
García, Alan, 72
García Lorca, Federico, 97
García Terrés, Jaime, 109

Gimferrer, Pere, 82, 139
Ginsberg, Allen, 91
Giotto, Angelo, 174
Góngora y Argote, Luis de, 39, 98, 144, 168
Gorostiza, José, 129
Guadalupe, Virgen de, 130
Guerra, Ricardo, 117
Guevara, Ernesto, El Che, 105, 106
Guevara R., Gabriel, 28
Gustavo, Rey de Suecia, 160
Gyllensten, Lars, 160

H

Hegel, Georg Wilhelm, 169
Hidalgo y Costilla, Miguel, 29
Hitler, Adolf, 95
Hölderlin, Johann Christian Friedrich, 25
Huerta, Victoriano, 163
Hugo, Victor, 26, 98, 170
Izquierdo, María, 79, 96

J

Jacob, Max, 89
Jarslkog, Cecilia, 160
Jiménez, Juan Ramón, 97, 98
Juárez, Benito, 13, 56

K

Kafka, Franz, 168
Kahlo, Frida, 79, 89, 90
Kautsky, Karl Johann, 173
Keaton, Buster, 96
Kendall, Henry W., 160
Kerouac, Jack, 91
Kruschef, Nikita, 95

L

Las Casas, Bartolomé de, 45
Lenin, Vladimir Ilich Ulianov, llamado, 169, 170, 173
Levi-Strauss, Claude, 175
Lira, Miguel N., 167
López Portillo, José, 67
López Velarde, Ramón, 79
Lundkvist, Arthur, 30, 147, 149, 150
Luxemburgo, Rosa, 173

M

Machado, Antonio, 98, 118
Madero, Francisco I., 56, 79
Madrid Hurtado, Miguel de la, 51, 67, 72
Mallarmé, Stephane, 98, 144, 168
Marcos, Subcomandante, 28
Marías, Julián, 139
Marichal, Juan, 28
Mario Santi, Enrico, 82
Martinson, Harry, 147
Marx, Karl, 165, 169, 170, 172, 177
Matamoros, Blas, 82
Mayakovski, Vladimir Vladimirovic, 42
Milán, Eduardo, 82
Milton, John, 97, 170
Monsiváis, Carlos, 17, 28, 36, 44
Mozart, Wolfgang Amadeus, 159
Murray, Joseph E., 160
Mutis, Álvaro, 139

N

Nájera Corvera, René, 29
Nehru, Jawaharlal, 136
Neruda, Pablo, 20, 21, 23, 30, 40, 42, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 105, 129,
150, 161, 169
Newton, Isaac, 175
Nietzsche, Friedrich, 171
Nobel, Alfred, 143, 144, 159, 160

O

Obregón, Álvaro, 178
Ortega y Gasset, José, 141

P

Pacheco, José Emilio, 43
Panero, José Luis, 82
Paz, Ireneo, 45
Paz, Marie-José, 17, 27, 79, 95, 100, 106, 125, 127, 137, 157, 160, 161, 162
Pellicer, Carlos, 21, 94
Péret, Benjamin, 87, 88
Pinochet Ugarte, Augusto, 19, 98, 99, 141
Platón, 37, 39, 179
Ponce, Manuel, 43
Poniatowska, Elena, 21, 27, 36, 109, 110, 111
Portilla, Jorge, 117, 118
Posada, José Guadalupe, 88
Pound, Ezra, 42
Prescott, William H., 55
Proust, Marcel, 168

Q

Quevedo y Villegas, Francisco de, 97, 144, 153

R

Ramos, Samuel, 117
Reagan, Ronald, 51, 58, 59
Retes, Ignacio, 28
Revueltas, José, 21, 169
Reyes, Alfonso, 19, 98, 129, 161
Rimbaud, Arthur, 26, 88, 144
Rivera, Diego, 43, 89, 121
Rojas, Gonzalo, 139
Rojo, Vicente, 121
Rosales, Luis, 82, 139
Rossi, Alejandro, 117, 118
Rulfo, Juan, 30, 79, 105, 141, 161

S

Sade, Donatien-Alphonse-François, marqués de, 175
Salinas de Gortari, Carlos, 18, 30, 51, 67, 71, 72, 75, 76
Sarduy, Severo, 21, 139
Sartre, Jean Paul, 81, 106, 118
Savater, Fernando, 28, 139, 140
Scherer, Julio, 110
Schopenhauer, Arthur, 126
Semprún, Jorge, 139
Serge, Victor, 172
Shakespeare, William, 41, 169
Shärer-Nussberger, Maya, 82
Shuster, Jean, 91
Stalin, Jósiv, 30, 95, 110, 177
Stanton, Anthony, 82
Strauss, Johann, 159
Sydow, Max von, 160

T

Tamayo, Rufino, 79, 89, 119, 121
Taylor, Richard E., 160
Tejada, Roberto, 28
Thatcher, Margaret, 59, 66
Thoreau, Henry, 57
Toledo, Francisco, 29, 121
Torquemada, José de, 177
Torre, Guillermo de, 98
Trotski, León, 21, 45, 89, 171, 172

U

Ulacia, Manuel, 82, 140
Umbral, Francisco, 141, 142
Uranga, Emilio, 117, 118
Urrutia, Matilde, 95
Uslar Pietri, Arturo, 139

V

Vallejo, César, 23, 42, 97
Vargas Llosa, Mario, 72
Varo, Remedios, 87
Vasconcelos, José, 15, 21, 60, 127
Vega, Fausto, 117
Vega, Lope de, 98, 153
Victoria, Reina de Suecia, 136
Villaurrutia, Xavier, 21, 23, 43, 44, 93
Villon, François, 44
Villoro, Luis, 117

W

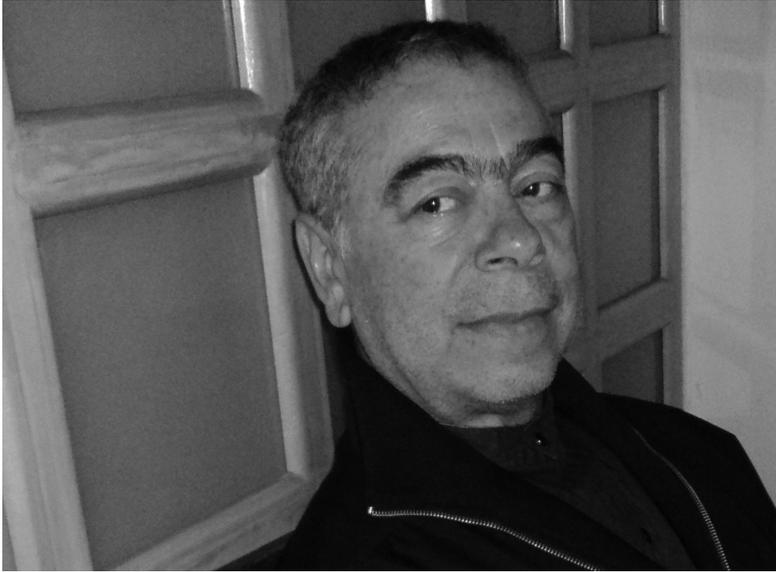
Whitman, Walt, 25, 170
Winé, María, 149
Womack, John, 55
Wordsworth, William, 144

X

Xirau, Anna, 109
Xirau, Ramón, 109

Z

Zambrano, María, 139
Zapata, Emiliano, 13, 78
Zedillo Ponce de León, Ernesto, 51
Zeekeli, Pierre, 147



© Guillermo Arreola

Braulio Peralta ha desarrollado en 35 años el oficio de periodista y editor. Estudió las carreras de Comunicación y Literatura, en la UNAM, e Historia del Arte, en el Museo del Prado, en Madrid. Tiene tres premios nacionales: El Gallo Pitagórico, en el marco del Festival Internacional Cervantino, en 1981. El de Periodismo Cultural Fernando Benítez, en 2003, en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, y el Nacional de Testimonio Chihuahua, en 2005. Y un premio internacional: el Pen Club a la “excelencia periodística”, en 2011, por su lucha de los derechos humanos por las minorías. Fue director editorial de Plaza y Janés, y de Random House Mondadori, y editor del Grupo Editorial Planeta. Sus libros: *De un mundo raro* (editorial Conaculta) y *Los nombres del arco iris* (Editorial Nueva Imagen) y coordinador del libro: *Tres generaciones*, la obra de Francisco Toledo, Julio Galán y Rodolfo Morales. Coautor de varios libros colectivos y diversas antologías. Fundador del diario *La Jornada*. Escribe en *Milenio diario*.
e-mail: juanamoza@gmail.com

COMISIÓN ESPECIAL PARA CONMEMORAR
EL CENTENARIO DEL NATALICIO
DE OCTAVIO PAZ

Presidencia

Dip. Sonia Rincón Chanona
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PARTIDO NUEVA ALIANZA

Secretaría

Areli Madrid Tovilla
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Adriana González Carrillo
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Roberto López González
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Integrantes

Judit Magdalena Guerrero López
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Zuleyma Huidobro González
GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Magdalena del Socorro Núñez Monreal
GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

CONSEJO EDITORIAL

Dip. Tomás Brito Lara
Presidente
Grupo Parlamentario del PRD

| | |
|--|--|
| Dip. José Enrique Doger Guerrero <i>Titular</i> | Dip. Juan Pablo Adame Alemán <i>Titular</i> |
| Dip. Eligio Cuitláhuac González Farías <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario del PRI | Grupo Parlamentario del PAN |
| Dip. Ricardo Astudillo Suárez <i>Titular</i> | Dip. Alberto Anaya Gutiérrez <i>Titular</i> |
| Dip. Laura Ximena Martel Cantú <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario del PVEM | Dip. Ricardo Cantú Garza <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario del PT |
| Dip. Luis Antonio González Roldán <i>Titular</i> | Dip. José Francisco Coronato Rodríguez <i>Titular</i> |
| Dip. José Angelino Caamal Mena <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario de Nueva Alianza | Dip. Francisco Alfonso Durazo Montaña <i>Suplente</i> Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano |

Mtro. Mauricio Farah Gebara
Secretario General

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas
Secretario de Servicios Parlamentarios

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género
Centro de Estudios de las Finanzas Públicas
Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable
y la Soberanía Alimentaria
Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias
Centro de Documentación, Información y Análisis

Édgar Piedragil Galván
Secretario Técnico del Consejo Editorial

El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz
de Braulio Peralta
se terminó de imprimir
en los talleres de Offset Rebosán,
en la ciudad de México,
en agosto de 2014.
Año del Centenario del Natalicio
de Octavio Paz.

El tiro consta de 10,000 ejemplares

Seguramente la crónica más original publicada en México de la entrega del Premio Nobel a Octavio Paz fue la que escribió Braulio Peralta, entonces corresponsal de *La Jornada* en España. Desde el simbólico día de la raza del año de 1990 —cuando se anuncia el dictamen de la Academia Sueca en favor de Paz—, hasta la suntuosa ceremonia de entrega del premio en Estocolmo, Braulio acompaña al poeta y su reseña nos lo hace entrañable y familiar porque Braulio conoce bien a Octavio y se mueve en torno a él como pez en el agua.

Braulio Peralta, entrevistó al poeta entre 1981 y 1996 a lo largo de 15 años hasta formar este libro. Se trata de un acercamiento a los grandes temas de Octavio Paz, sus encuentros con los surrealistas, con Neruda, con Cortázar, con el filósofo Jorge Portilla. Algunas entrevistas dan cuenta de sucesos destacados y relevantes; otras nos muestran, a través del tiempo, la coherencia del pensamiento de Paz respecto a temas de interés universal: la poesía (“Admiro al Narciso que rompe el espejo...”), los libros y las bibliotecas, los lectores, el mercado del arte, la democracia (“Yo no creo ni en la izquierda ni en la derecha. Creo en la democracia; hay que votar por ella”), el capitalismo y el comunismo, la relación Oriente-Occidente, el papel de los medios de comunicación. Braulio Peralta “extrae” de Paz su punto de vista sobre México, su gobierno, sus partidos políticos, la clase intelectual (“Los escritores no son voceros de nadie. Son su propia voz”), la relación con los Estados Unidos, los campesinos, el nacionalismo, el caudillismo, las elecciones, la reforma electoral, la deuda externa, la autonomía de las comunidades indígenas.

Asimismo descubrimos al poeta en su intimidad, en su soledad, en sus relaciones afectivas, sus encuentros y desencuentros, su relación con la muerte.

Peralta aborda a Octavio Paz con perspicacia, con reverencia y con un profundo conocimiento de su obra. No hace ninguna pregunta en balde, ninguna observación al aire. Riguroso, Braulio aporta una visión de Paz accesible, siempre lúcido y contundente.

Octavio Paz revisó y corrigió con su puño y letra el original de Braulio Peralta para su publicación. *El poeta en su tierra. Diálogos con Octavio Paz* es por lo tanto un libro autorizado, que aporta una visión del poeta que, al enriquecerlo, nos enriquece.

ELENA PONIAKOWSKA



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

COMISIÓN ESPECIAL
PARA CONMEMORAR EL
CENTENARIO DEL NATALICIO
DE OCTAVIO PAZ